



Autores Varios

Bruguera 34° Selección

Comentario [LT1]:

ÍNDICE

Presentación: La ciencia ficción no es monárquica, por Carlo Frabetti

Nave de sombras (*Ship of shadows* © 1969) Fritz Leiber.

La granja de los animales (*Animal Farm* © 1972) Alfred Bester.

Dientes largos (*Longtooth* © 1970) Edgar Pangborn.

PRESENTACIÓN - LA CIENCIA FICCIÓN NO ES MONÁRQUICA

La ciencia ficción, una de las grandes desmitificadoras de nuestro tiempo, ha impugnado, en un momento u otro, de una forma u otra, la mayoría de los prejuicios básicos de nuestra cultura, como corresponde a un género eminentemente crítico y especulativo, que busca, más allá de lo cotidiano, más allá de lo admitido, el rostro oculto de las cosas y sus posibilidades latentes.

Y uno de los prejuicios que más asiduamente ha impugnado la ciencia ficción —la buena ciencia ficción— es el ridículo antropocentrismo de la moral cristiano-burguesa, la arbitraria ecuación inteligencia = hombre.

Esto queda claro por el mero hecho de que la posibilidad de que exista vida inteligente en otros planetas es un —por no decir el— tema fundamental de la ciencia ficción. Y sólo en las peores manifestaciones del género se usa esta posibilidad para reafirmar la primacía del hombre. La ciencia ficción más madura, por el contrario, suele utilizar este recurso para mostrarnos nuestras contradicciones e invitarnos a la revisión de nuestros presupuestos: su lección es básicamente una lección de humildad.

Pero no hace falta alzar los ojos a las estrellas para pensar en otras formas de raciocinio. Mucho antes de que los científicos llegaran a la conclusión de que no hay una diferencia

radical entre la inteligencia de un hombre y la de un chimpancé, los autores de ciencia ficción se habían planteado, desde los más diversos ángulos, la posibilidad de que la inteligencia animal evolucionara hasta equipararse o superar a la humana, o —lo que es más inquietante— que seres que consideramos inferiores posean ya facultades mentales que ni siquiera podemos detectar.

En las tres novelas cortas que componen esta selección encontramos otros tantos enfoques, muy diferentes pero con un trasfondo común, del tema de la inteligencia animal. El gato «embujado» de Nave de sombras, los animales sabios de la granja de Bester y el enigmático Dientes Largos (¿oscuro eslabón perdido de la cadena de la evolución?) son muy distintos entre sí, pero todos ellos nos recuerdan que la pretensión del hombre de ser el rey de la creación no es más que eso, una pretensión. Pues, para empezar, la naturaleza, más sabia que nosotros, no es monárquica.

Carlo Frabetti

NAVE DE SOMBRAS

Fritz Leiber

Una nave embujada es algo más que corriente en la literatura fantástica. Pero cuando la nave es una enorme nave espacial de misteriosas características y quien la pilotea es Fritz Leiber, el resultado puede ser realmente insólito.

—¡Ssssonssso! ¡Nesssio! ¡Ffffeo! —bufó el gato, y mordió a Spar en alguna parte.

El cuádruple alfilerazo le hizo olvidar las náuseas de su creciente resaca, por lo que la mente de Spar flotó en la negrura de Windrush tan libre como su cuerpo.

Muy lejos, hacia el Puente o la Popa, brillaban dos o tres luces de navegación, débiles y vacilantes como fuegos fatuos.

Le llegó la visión de una nave con todas las velas desplegadas, deslizándose sobre aguas azules rizadas por el viento, contra un fondo de cielo azul. Ahora esos nombres ya no le parecían obscenos. Pudo oír el silbido del viento cargado de salitre a través de obenques y estays, su redoble contra las velas tensas y los crujidos de los tres mástiles y de todo el maderamen de la nave.

¿Qué era la madera? De algún lugar le llegó la respuesta:

—Plástico vivoooooooo.

Y ¿qué fuerza aplastaba el agua, impidiendo que se elevase en grandes burbujas, y evitando que la nave echase a volar con la quilla más arriba que los palos, dando vueltas por el aire?

En vez de parecer borrosa y difuminada como la realidad, la visión era brillante y de contornos perfectamente nítidos. Spar no dijo nada, por no tener que escuchar: «¡Muchchcho vesss tú! ¡Vidente! ¡Visssionario! ¡Linssse, que eresss un linssse!»

Tanto hablar de la vista molestaba a Spar —¡malos modales de gato!—; pero luego sintió una irracional oleada de esperanza en relación con sus ojos. Decidió que aquél no era un gato-brujo escapado de sus sueños, sino un vagabundo que se habría abierto paso a través de un

tubo de ventilación hasta el Mesón del Murciélago, interrumpiendo sus visiones. Había muchos animales extraviados aquellos días de miedo a las brujas y despoblación de la Nave, o por lo menos de la Bodega Tres.

El amanecer iluminó la Proa entonces, bañando de luz violácea el rincón delantero del Mesón del Murciélago. Las luces de navegación se ahogaban en un resplandor blanquecino cada vez más intenso. Al cabo de veinte segundos, Windrush quedó tan iluminada como en cualquier otro Día de Faena o cualquier otra mañana.

El gato avanzó contorneando el brazo de Spar; una mancha negra para sus ojos cegatos. Entre los dientes, que Spar no podía distinguir, sujetaba una mancha gris más pequeña. Spar la tocó. Tenía el pelaje más corto, pero estaba fría.

Como si le hubiera molestado, el gato saltó alejándose del desnudo antebrazo con fuerte impulso de sus patas traseras. Se asió hábilmente al obenque más próximo, una tenue línea gris que desvanecía en ambas direcciones, hacia las paredes.

Spar cambió de postura a su vez, sujetándose con los dedos los pies a su propio obenque, no más grueso que un lápiz, y bizqueó para mirar al gato. Éste le devolvió la mirada con ojos que eran dos manchas verdes casi confundidas entre el negro pelaje de su cabezota.

Spar le preguntó:

—¿Es tu hijo? ¿Está muerto?

El gato soltó su paquete gris, que permaneció flotando al lado de su cabeza.

—¿Hijo? ¡Ufff! —su voz sibilante expresó aún más desprecio que antes—. ¡Esss un ratonssssito que assesssiné, sssonssso! Los labios de Spar se frunció en una sonrisa.

—Me gustas, gato. Te llamaré Kim.

—¡Kim! Muy lisssto tú —escupió el gato—. Puesss yo te llamaré sssonssso. ¡O mejorr, nesssio!

Los ruidos aumentaron en intensidad, como siempre solía ocurrir al amanecer y al mediodía. Los obenques chirriaron. Las paredes crujieron.

Spar volvió la cabeza con rapidez. Aunque la realidad era naturalmente borrosa para él, sabía distinguir cualquier movimiento con precisión infalible.

Keeper flotaba lentamente, pero venía derecho hacia él. Sobre su cuerpo redondo y bermejo, la cabeza era una gran bola pálida cuyo centro colorado, la nariz, distraía de las dos diminutas manchas pardas que eran sus ojillos. Uno de sus robustos brazos terminaba en un brillante reflejo de plástico retráctil, y el otro en un sombrío destello de acero. A sus espaldas quedaba el cárdeno rincón de popa del Mesón del Murciélago, con la gran barra circular brillante que llamaban el Ruedo.

—¡Pedazo de vago! ¡Gandul! —fue el saludo de Keeper—. Todo el Día del Sueño roncando, mientras yo montaba guardia. Ahora te traigo tu bolsa matinal de Niebla de Luna, a ver si te despeja. —Luego añadió, en tono sentencioso—: ¡Mala noche ha sido ésta, Spar! Hombres-lobo, vampiros y brujas sueltos por los corredores. ¡Ya me guardaría yo bien de acercarme, para no hablar de las ratas y ratones! He oído a través de los tubos que los vampiros cogieron a Girlie y a Sweetheart, las muy estúpidas... ¡Vigilancia, Spar! Ahora, sóplate tu Niebla de Luna y ponte a barrer. ¡Este sitio apesta!

Alargó la mano con el brillante plástico retráctil. Con las despectivas palabras de Kim silbándole todavía en los oídos, Spar replicó:

—Creo que no voy a beber nada esta mañana, Keeper. Gachas de maíz y un poco de Vino de Luna, o mejor agua.

—Pero... ¿qué dices? —inquirió Keeper—. Me parece que no debo permitirlo. ¿No querrás que te den las convulsiones delante de los clientes? ¡Trágame, Tierra! Qué es esto?

Al instante, Spar se abalanzó sobre la mano brillante de acero. El obenque tenso vibró bajo sus pies. Con una mano apartó un cañón grueso y frío, mientras con la otra separaba del gatillo el amortiguado dedo de su interlocutor.

—No es un gato-brujo. Es un animal extraviado, nada más —explicó mientras ambos daban tumbos, rodando lentamente a través del aire.

—¡Suéltame, tarado! —estalló Keeper—. Voy a hacer que te carguen de grilletes. Se lo diré a Crown.

—Las armas de fuego son tan ilegales como los cuchillos y las agujas —replicó Spar con osadía, aunque ya empezaba a sentirse mareado y enfermo—. Tú sí que podrías verte encadenado.

Pese al tono fanfarrón de Keeper, sabía que éste le tenía miedo por su habilidad para moverse con rapidez y seguridad aun estando medio ciego.

Chocaron contra un amasijo de obenques que les hizo detenerse.

—Suéltame, he dicho —exigió Keeper, debatiéndose débilmente—. Esta pistola me la ha dado Crown, y tengo permiso del Puente para usarla.

Esto último al menos, sospechó Spar, era mentira. Keeper prosiguió:

—Además, es un arma modificada para disparar sólo bolas pesadas y elásticas. Nada que pueda perforar el casco, pero suficiente para derribar a un borracho... o para romperle el cráneo a un gato-brujo.

—No es un gato-brujo, Keeper —repitió Spar, tragando saliva para dominar las náuseas—. Sólo es un animalito perdido y muy formal, que ya ha demostrado su utilidad cazando una de las ratas que nos roban la comida. Se llama Kim. Será un buen trabajador.

La mancha distante que era Kim se alargó diferenciándose en sombras delgadas que eran las patas y el rabo; se mantenía sobre su obenque como una figura heráldica rampante.

—Ssssoy muy ssservissial —se alabó—. Y ssssanitario. Ussso los tubosss de loss dssperdisssios. Cassso rratass y rratonssitoss. Esssppío las brujass y los vampiros.

—¡Un gato que habla! —boqueó Keeper—. ¡Brujería!

—Crown tiene un perro que habla —replicó Spar con intención—. El que un animal hable no demuestra nada.

Durante todo ese rato había sujetado con fuerza el cañón de pistola y el dedo de Keeper; mientras le abrazaba estrechamente pareció notar que el dueño del Mesón del Murciélago se daba por vencido. La montaña de osamenta y músculo se transformaba en una jalea espesa que podía dominarse a voluntad.

—Lo siento, Spar —murmuró, obsequioso—. He pasado muy mala noche, y Kim me ha dado un susto. Es negro como un gato-brujo. Un error disculpable por mi parte. Le tendremos a prueba como cazador. ¡Tiene que ganarse el sustento! Ahora, toma tu bebida.

La doble bolsa flexible, tan preciosa como la Piedra Filosofal, llenó la palma de la mano de Spar. Se la llevó a los labios, pero en ese momento sus pies tropezaron involuntariamente con un obenque, y se puso a flotar a la deriva hacia el brillante Ruedo, cuya circunferencia interior podía dar cabida hasta a cuatro camareros los días de mucho ajeteo.

Spar tropezó contra la pared interior de la barra; los obenques que la retenían cedieron elásticamente para absorber el choque. Tenía la bolsa pegada a los labios, con el tapón desenroscado, mas no la había apretado aún. Cerró los ojos y, a ciegas, reprimiendo un leve sollozo, devolvió la bolsa al contenedor de la Niebla de Luna. Guiándose más bien por el tacto, sacó de la estufa una bolsa de gachas; al mismo tiempo hurtó una bolsa de café y se la escondió en un bolsillo interior. Por último cogió una bolsa de agua, la abrió, le introdujo cinco tabletas de sal y la cerró para agitarla con fuerza.

Keeper, que se había acercado flotando por detrás, le dijo al oído:

—Conque tú te tragas cualquier cosa... No te basta la Niebla de Luna, sino que necesitas un combinado. Debería descontártelo del sueldo. Verdad es que todos los borrachos sois unos tramposos, o acabáis siéndolo.

Cayendo de lleno en la celada, Spar explicó:

—Sólo es un poco de agua salada para endurecer mis encías.

—¡Pobre Spar! ¿Para qué quieres endurecerte las encías? ¿Acaso piensas compartir las ratas con tu nuevo amigo? ¡Procura que no te pille asándolas en mi parrilla! Debería descontarte la sal... ¡A barrer el local, Spar!

Kim había encontrado ya el pequeño tubo triturador y arrojó dentro de él la rata muerta, sujetándose al tubo con las patas delanteras y empujando la rata con el hocico. Cuando el cadáver de la rata entró en el mecanismo del tubo, se inició un movimiento de maceración que continuaría hasta que quedase triturada; sus restos serían tragados poco a poco, hacia la gran cloaca que alimentaba los Jardines de Diana.

Volviéndose hacia el rincón violeta, Keeper gritó:

—¡Y tú, a cazar ratones!

Spar se enjuagó las encías con agua salada tres veces seguidas, a conciencia, escupiéndola luego en un tubo para desperdicios. Vomitó un poco después de hacer gárgaras por primera vez. Luego, volviéndose para que Keeper no pudiera ver cómo sacaba las bolsas, apretó éstas poco a poco para engullir el café —más sabroso para él, en aquellos momentos, que la Niebla de Luna o aguardiente obtenido por destilación del Vino de Luna— y algunas gachas.

Con un gesto de excusa, ofreció las sobras a Kim, quien meneó la cabeza.

—Jusssto me comí un rratonsssito —dijo.

Spar se dirigió apresuradamente hacia el rincón verde, a estribor. Al otro lado de la escotilla se oyeron voces de beodos gritando con furiosa impaciencia:

—¡Abrid!

Tomando los cabezales de dos tubos aspiradores largos, Spar empezó a barrer la atmósfera, moviéndose en espiral desde el rincón verde, como una araña que construye su tela.

Desde la barra circular, a cuyo delgado mostrador de titanio sacaba brillo con perezosos movimientos, Keeper aumentó la potencia de los dos tubos. Por reacción, el movimiento en espiral de Spar se aceleró, obligándole a poner en juego todas sus fuerzas para eludir los obenques y evitar que los tubos se enredasen en ellos.

Después, Keeper echó una ojeada a su muñeca y gritó:

—¡Spar! ¿Es posible que no te hayas enterado de la hora que es? ¡Abre ya!

Lanzó al aire un llavero. Spar logró atraparlo, aunque sólo había distinguido la última parte de su trayectoria. Tan pronto como puso rumbo a la escotilla verde, Keeper le detuvo con una voz, apuntando a un lado y a otro. Obediente, Spar recorrió los pestillos de las escotillas negra y azul antes de abrir la verde, aunque tras de aquéllas no aguardaban parroquianos. Al hacerlo se las arregló para evitar los pegajosos marcos de las escotillas y la pingosa compuerta de emergencia que había al lado de las mismas.

Tres borrachines, clientes habituales, entraron empujándose mutuamente y tropezando con los obenques en sus prisas por alcanzar la barra, mientras insultaban a Spar.

—¡Que el Cielo te ahogue!

—¡Así te trague la Tierra!

—¡Ojalá te veas sepultado en los Mares!

—Basta de palabrotas, muchachos —les reprendió Keeper—, aunque comprendo que la estupidez y la cachaza de mi ayudante acaban con la paciencia de cualquiera.

Spar devolvió las llaves. Los curdas se alinearon codo con codo alrededor de la barra, tres manchones grisáceos con las cabezas apuntando hacia el rincón azul.

Keeper se encaró con ellos.

—¡Abajo, abajo! —ordenó, indignado—. ¿Qué modales son éstos?

—¡Pero si no hay nadie! Sólo estamos nosotros tres.

—Da igual —replicó Keeper—. ¡Un poco de educación, por favor! Daos la vuelta, o si no, os cobraré las consumiciones al contado.

Refunfuñando en voz baja, los parroquianos dieron vuelta a sus cuerpos hasta que sus cabezas apuntaron al rincón negro. Sin molestarse en girar a su vez, Keeper les acercó una delgada y retorcida mancha roja con tres ramales. Cada uno de los clientes agarró un ramal y se lo enchufó en la cara.

Con su gruesa mano apoyada sobre algo brillante que era una válvula, Keeper dijo:

—Antes que nada, veamos vuestras tarjetas de crédito.

Con muchos murmullos de contrariedad, todos sacaron unos objetos demasiado pequeños para que Spar pudiera distinguirlos bien. Keeper los estudió con gran atención antes de introducirlos en la registradora. Luego decidió:

—Seis segundos de Vino de Luna para todos. Sorbed aprisa.

Y alzó la muñeca mientras accionaba con la otra mano. Uno de los bebedores pareció atragantarse, pero expulsó el líquido por la nariz y siguió chupando valientemente. Entonces Keeper cerró la válvula.

—¡Eh! ¡Que has cortado demasiado pronto! No han pasado seis segundos —le increpó en seguida uno de los clientes.

Keeper explicó en tono melifluo:

—He repartido la ración en dos tandas, una de cuatro y otra de dos segundos. No queremos que nadie se ahogue, ¿verdad? ¿Preparados?

Los beodos tomaron ávidamente la segunda ronda y luego, mientras relamían los tubos con afán para chupar las últimas gotas, empezaron a cuchichear. Pero Spar, gracias a su excelente oído, pudo captar casi todo lo que hablaban mientras daba vueltas alrededor de ellos.

—Asqueroso Día del Sueño hemos tenido, Keeper.

—Al contrario, tío. Muy bueno para que los vampiros le chupen la sangre a cualquier borrachín.

—Yo me puse a salvo en lo de Pete, gordinflón.

—¿Lo de Pete y a salvo? La primera noticia...

—¡Mal Átomo Sucio te pille! Los vampiros se llevaron a Girlie y a Sweetheart de la mismísima jábega principal de estribor, aunque no lo creas. ¡Maldito sea el Cobalto Noventa! Windrush está quedándose muy solitaria. O, al menos, la Bodega Tres. Hay días que puedes atravesar toda una galería sin ver un alma.

—¿Cómo supiste lo de esas chicas? —dijo otro de los parroquianos—. A lo mejor se largaron a otra bodega para ver si mejora su suerte.

—Pues se les acabó la suerte de una vez por todas. Suzy vio cómo desaparecían.

—No fue Suzy —rectificó Keeper, actuando ahora de árbitro—. pero sí Mable. Un final merecido para esas cerdas borrachas.

—No tienes sangre en las venas, Keeper.

—Muy cierto. Por eso los vampiros me dejan en paz. Pero, hablando en serio, muchachos, creo que los hombres-lobo y las brujas andan demasiado sueltos en la Tres. Yo pasé despierto el Día del Sueño, vigilando. Voy a enviar una protesta al Puente.

—Estás de broma.

—No lo creas.

Keeper cabeceó solemnemente e hizo la señal de la cruz sobre su corazón. Los bebedores quedaron muy impresionados.

Spar retrocedió flotando en espiral hacia el rincón verde, sin dejar de pasar los tubos aspiradores. De paso se cruzó con la mancha negra que era Kim, mientras éste saltaba de obenque en obenque, con una carrerilla a lo largo de ellos, de vez en cuando.

Una forma rolliza, de piel muy blanca ceñida por dos franjas de azul —la braga y los sostenes— entró por la escotilla.

—Buenos días, Spar —le saludó con voz suave—. ¿Cómo te va?

—Ni bien ni mal —replicó Spar. La nube dorada de flotantes cabellos le rozó el rostro—. He decidido dejar la Niebla de Luna, Suzy.

—No seas demasiado severo contigo mismo, Spar. Ya sabes: trabajar un día, holgazanear un día, divertirse un día y dormir un día. Es el mejor sistema.

—Lo sé. Día de Faena, Día de Ocio, Día de Juerga y Día del Sueño. Diez días hacen un terranth, doce terranths hacen un sunth, doce sunths hacen un starth y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos. Me gustaría saber qué significan todos esos nombres.

—Piensas demasiado. Deberías... ¡Oh, un cachorro! ¡Qué mono!

—¡Cachchchorro, una lechche! —silbó la cabezuda mancha negra, alejándose de ellos de un salto—. Sssssoy gato. Sssssoy Kim.

—Kim es nuestro nuevo cazador —explicó Spar—. Él también piensa mucho.

—No pierdas el tiempo con ese cegato desdentado, Suzy —gritó Keeper—, y acércate de una vez.

Antes de obedecer, con un suspiro de resignación, Suzy rozó la arrugada mejilla de Spar con las suaves yemas de sus ahusados dedos.

—Spar querido... —susurró.

Cuando sus pies pasaron frente a Spar, éste oyó tintinear las esclavas que llevaba en los tobillos, recordando que eran de pequeños corazones dorados.

—¿Te has enterado de lo de Girlie y Sweetheart? —inquirió lúgubrementemente uno de los bebedores—. ¿Qué se debe sentir cuando te rajan la carótida, o la vena ilíaca, o...?

—¡Cierra el pico, estúpido! —le cortó Suzy secamente—. Sírvenme un trago, Keeper.

—Tu cuenta va muy cargada, Suzy. ¿Cómo piensas pagar?

—Déjate de tonterías, Keeper, sobre todo a esta hora de la mañana. Ya que te las sabes todas, también sabrás la contestación a eso. Conque sírvenme una bolsa de Vino de Luna. Tinto, por favor, y déjame un rato en paz.

—Las bolsas son para las señoras, Suzy. Te serviré arriba. Me debes mucho, pero...

Se oyó una exclamación de enojo, rápidamente amplificadas en grito de rabia. En medio de la escotilla, una figura pálida en braga y sostén —no, era algo más ancho, una especie de chaquetilla— de color rojo, se debatía fieramente a tirones y pataleos.

Al entrar con descuido, seguramente con mucha prisa, a la esbelta joven se le había enganchado la tela y parte de su persona en el marco de la escotilla. Logró soltarse con un frenético tirón, mientras Spar flotaba hacia ella y los parroquianos gritaban comentarios burlones. Ella se precipitó hacia la barra, esquivando los obenques, con el largo cabello negro ondeando a su espalda.

¡Bong! Aterrizó con un caderazo sobre el titanio y, recogiendo la chaquetilla roja con una mano, tendió la otra por encima del Ruedo.

Spar, que había flotado tras ella, la oyó decir:

—Una bolsa doble de Niebla de Luna, Keeper, ¡pronto!

—Que tengas muy buenos días, Rixende —la saludó Keeper—. Te serviría con mucho gusto el mejor de los néctares, pero... —abrió sus rollizos brazos—. A Crown no le gusta que sus chicas vengan solas aquí, ya sabes. La última vez me ordenó estrictamente que...

—¡Tonterías! Vengo precisamente por encargo de Crown, a buscar una cosa que se dejó. Entretanto, ¡mi Niebla de Luna! ¡Doble!

Descargó un puñetazo en la barra; por reacción, ella empezó a flotar hacia arriba. Spar la ayudó a volver a su puesto sin recibir las gracias por ello.

—Calma, señorita, calma —dijo Keeper con una sonrisa que hizo desaparecer las dos motitas pardas de sus ojos—. ¿Y si viene Crown mientras estás sorbiendo?

—¡No vendrá! —aseguró Rixende con vehemencia, aunque lanzando al mismo tiempo una rápida ojeada por encima del hombro. Spar vio una mancha negra, luego la mancha pálida que era el rostro, y otra vez la mancha negra—. Tiene una chica nueva. No me refiero a Phanette ni a Doucette. Es otra nueva que no conocíamos, que se llama Almodie o algo así. Estará ocupado con esa larguirucha toda la mañana. Y ahora, ¡saca de una vez ese doble, demonio!

—Calma, Rixie. Cada cosa a su tiempo. ¿Qué fue lo que perdió Crown?

—Una bolsita negra, como así de grande —alzó su delgada mano con los dedos casi juntos—. La perdió aquí el último Día de Juega, o se la robaron.

—¿Has oído eso, Spar?

—No se ha encontrado ninguna bolsita negra —se apresuró a decir Spar—, pero anoche te dejaste aquí tu bolso anaranjado, Rixende. Voy a buscarlo.

Flotó hacia el interior del Ruedo.

—¡Bah! ¡Por mí, que se pierdan todos! ¡Venga ese doble! —exigió la muchacha con energía—. ¡Madre Tierra!

Hasta los beodos se quedaron con la boca abierta, escandalizados. Llevándose las manos a las sienes, Keeper suplicó:

—¡Blasfemias no, por favor! Suenan peor en labios de una mujer bonita, querida Rixende.

—¡Madre Tierra, he dicho! Y ahora déjate de remilgos, Keeper, y sírveme antes de que te arañe la cara y ponga todas tus cajas patas arriba.

—Bueno, bueno... Ahora voy. Aunque, ¿cómo piensas pagar? Crown dijo que me quitaría la licencia si le volvía a cargar tus consumiciones en su cuenta. ¿Llevas tarjeta de crédito o... metálico?

—¿Acaso no tienes ojos en la cara? ¿O crees que esta chaquetilla tiene bolsillos interiores? —la abrió ampliamente, exhibiendo los pechos, y luego volvió a cubrirse—. ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra!

Los bebedores cuchichearon entre sí, indignados. Suzy emitió un resoplido sarcástico, aburrida por la escena. La gruesa mano de Keeper palpó la muñeca de Rixende, ceñida por una franja dorada.

—Tienes oro —susurró, con una expresión codiciosa en los ojillos.

—Bien sabes que nuestros brazaletes están soldados, lo mismo que las esclavas de los tobillos.

—¿Y esto? —la mano de Keeper señaló un brillo dorado junto al oído de ella.

—Soldado también, a través del taladro en el lóbulo de la oreja.

—Pero...

—¡Mal átomo te parta, condenado! ¡Muy bien! ¡Te has salido con la tuya! Te lo daré.

Las últimas palabras terminaron en un aullido, más de rabia que de dolor, cuando Rixende agarró uno de sus pendientes para quitárselo de un tirón. La sangre empezó a flotar en gotas esféricas. Ella alargó el puño cerrado.

—Ahora, ¡sírvenme! Aquí hay oro para un doble de Niebla.

Keeper, resoplando, fingió estar atareado con la caja de Niebla de Luna, como si se diera cuenta de que había ido demasiado lejos. Los parroquianos guardaron silencio también. En cambio, Suzy intervino para decir con indiferencia:

—Y el tinto que he pedido.

Spar halló una esponja seca y capturó con habilidad las flotantes gotas de color púrpura, para luego aplicarla contra la desgarrada oreja de Rixende.

Keeper examinaba el grueso pendiente de oro, acercándose mucho a los ojos. Rixende se llevó la doble bolsa a los labios y la estrujó ávidamente; sus ojos se entornaron mientras sorbía con deleite. Spar guió hacia la esponja la mano libre de la muchacha, y ésta asumió automáticamente la tarea de sujetarla, Suzy suspiró con fastidio y luego, reclinando su cuerpo rollizo sobre el mostrador, metió mano a la nevera y se sirvió una bolsa doble de tinto.

Una figura larga, flexible y muy morena, que vestía una camiseta muy ceñida de color violeta oscuro con lunares plateados, entró por la escotilla como un cohete, a una velocidad que Spar apenas habría creído posible, y sin rozar un solo obenque... ni por casualidad, ni a propósito. A medio camino, el recién llegado hizo media voltereta esquivando a Spar y frenó golpeando el titanio junto a Rixende con sus pies descalzos, largos y estrechos. Ejecutó una flexión tan perfecta, que la barra circular apenas osciló.

Un brazo muy moreno se enroscó alrededor de la muchacha. Con la otra mano le arrebató la bolsa, y se oyó un chasquido cuando el intruso cerró el tapón. Una voz perezosa y musical inquirió:

—¿Qué decíamos que iba a pasarte si volvíamos a pillarte bebiendo sola, muñeca?

Un pesado silencio planeó sobre el Mesón del Murciélagos. Keeper se había refugiado en el lado opuesto de la barra, con una mano detrás. Spar se quedó inmóvil en un rincón, como una estatua, con la mano metida entre las cajas de Niebla y Vino de Luna. Notó que estaba bañado en sudor. Suzy empujó la bolsa de tinto, ocultando la cara.

Uno de los bebedores se vio acometido por un súbito acceso de tos; cuando logró dominarlo, jadeó en tono servil:

—Perdone, usía... Mis respetos.

Keeper balbució:

—Buenos días, Crown.

Crown tiró suavemente de la chaquetilla de Rixende, poniendo al descubierto un hombro de la muchacha.

—¡Vaya!, tienes la carne de gallina, cariño, y estás tiesa como un cadáver. ¿De qué tienes miedo? Tranquila, Rix. Relájate, y te invitaremos a un trago.

Su mano encontró la esponja, se detuvo, la palpó y halló la parte húmeda; luego se la llevó a la cara para olfatearla.

—Bueno, muchachos. Al menos hemos averiguado que ninguno de vosotros es un vampiro —comentó tranquilamente—. De lo contrario, le habríamos pillado chupando la oreja de la chica.

Rixende se apresuró a decir con voz monótona:

—No he venido a beber, te lo juro. Vine a buscar la bolsita que perdiste. Y luego me tentaron. Traté de resistir, pero Keeper se empeñó tanto que...

—Cierra el pico —dijo Crown sin alzar la voz—. Nos estábamos preguntando cómo ibas a pagar. Ahora ya lo sabemos. ¿Cómo pensabas pagar el tercer doble, ¿eh? ¿Cortándote una mano o un pie? Anda, Keeper, enséñame la mano... ¡Enséñamela, he dicho! Así está bien. A ver lo que tienes ahí.

Crown cogió el pendiente de la mano abierta de Keeper. Sin apartar los amarillentos ojos del rostro del mesonero, sopesó la valiosa joya y luego la arrojó suavemente hacia lo alto.

Mientras la mancha dorada flotaba pausadamente en dirección a la escotilla, Keeper boqueó dos veces, para balbucir luego:

—No he sido yo, Crown, ¡palabra! No sabía que iba a lastimarse la oreja. Quise evitarlo, pero...

—Eso no nos importa —le interrumpió Crown—. Apunta el doble a nuestra cuenta.

Sin dejar de mirar fijamente a Keeper, alzó el brazo y atrapó el pendiente justo antes de que volase fuera de su alcance.

—¿Por qué hay tan poco ambiente en esta covacha? —inquirió.

Luego, alargando una pierna por encima del mostrador con tanta facilidad como si hubiera sido el brazo, pellizcó una oreja de Spar entre los dedos del pie y tiró de ella, arrastrando al camarero y obligándole a volverse.

—¿Cómo te prueban las gárgaras con agua salada, pequeño? ¿Se te han endurecido las encías? Sólo hay una manera de saberlo.

Sujetó la mandíbula y los labios de Spar con un pie y le metió el dedo gordo del otro en la boca.

—Anda, pequeño. Muérdeme.

Spar mordió. Era la única solución para no vomitar. Crown soltó una risa burlona.

Spar mordió con rabia. El esfuerzo sacudió su tembloroso esqueleto. Su rostro se congestionó y sus sienes latieron tumultuosamente mientras su frente quedaba bañada en sudor. Estaba seguro de que le hacía daño, pero el primer magistrado de la Bodega Tres se limitó a sonreír con ironía. Cuando Spar abrió la boca para recobrar el aliento, Crown retiró el pie y dijo:

—Vaya, vaya... Estás hecho un tigre, pequeño. Casi hemos notado el mordisco. Toma un trago a nuestra salud.

Spar hizo una finta, apartando su boca estúpidamente abierta del fino chorro de Niebla de Luna. El líquido le tocó en un ojo, escociéndole tanto que le obligó a cerrar los puños y apretar con fuerza sus doloridas encías para no gritar.

—¿Por qué hay tan poca animación en este antro, repito? Ni un solo aplauso para el pequeño, y ahora el pequeño se habrá enfadado con nosotros. ¿No podíais dedicarle una sonrisa para darle ánimos?

Crown miró a su alrededor, encarándose con cada uno de los presentes.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato?

—¿Gato? Tenemos un gato. Es nuevo. Llegó anoche. Nos sirve para cazar —balbució Keeper atropelladamente—. Habla un poco. No tan bien como Hellhound, pero habla. Es muy divertido. Cazó una rata.

—¿Qué hiciste con el cadáver de la rata, Keeper?

—Lo arrojé al tubo triturador. Mejor dicho, lo hizo Spar. O el gato.

—¿Quieres decir que hicisteis desaparecer un cadáver sin dar parte? ¡Bah! No te pongas pálido por eso, Keeper. No tiene importancia. Aunque podríamos acusarte por albergar un gato-brujo. Dijiste que había llegado anoche. Y fue una noche propicia para brujos... Vamos, no te pongas verde ahora. Sólo estábamos tomándote un poco el pelo. Tratábamos de pasar el rato. ¡Spar! —agregó—. Llama a tu gato. Haz que diga algo divertido.

Antes de que Spar pudiera llamar a Kim o decidir si debía obedecer o no, la mancha negra surgió sobre un obenque cerca de Crown, con las motas verdes de sus ojos fijas en los amarillentos de éste.

—Conque tú eres el gracioso, ¿eh? Bien... cuéntanos un chiste. —Kim pareció aumentar de tamaño. Spar se dio cuenta de que erizaba el pelo—. Adelante, gato... demuestra que sabes tanto como dicen. Keeper, ¿no nos habrás engañado al decimos que sabía hablar?

—¡Spar! ¡Haz que tu gato hable!

—No importa. Se habrá comido su propia lengua, también. ¿No es eso, negro?

Alargó la mano. Kim le dio un zarpazo y se largó de un salto. Crown se limitó a soltar otra de sus risotadas. Rixende empezó a temblar sin conseguir dominarse.

Crown la contempló con burlona solicitud y alargó una mano para volver la cabeza de la muchacha hacia él. Al mismo tiempo hacía pasar a la esponja cualquier gota de sangre que hubiera podido sacarle el zarpazo del gato.

—Spar juró que el gato hablaba —tartamudeó Keeper—. Yo...

—Silencio —dijo Crown.

Acercó la bolsa a los labios de Rixende y la apretó. Ella dejó de temblar y la bolsa quedó vacía. Crown le arrojó a Spar el envoltorio de plástico.

—Y ahora, ¿qué hay de mi bolsita negra, Keeper? —inquirió.

—¡Spar! —se apresuró a decir éste, mientras se retiraba hacia un rincón.

—No hemos encontrado ninguna bolsita negra, señor Juez; sí la que olvidó el pasado Día de Juerga la señora Rixende.

Y regresó mostrando un objeto grande, redondo y de color anaranjado brillante, que se cerraba con unos cordones.

Crown lo cogió y lo volteó en círculo, lentamente. Como no podía ver los cordones, a Spar le pareció cosa de magia.

—Demasiado grande, y el color tampoco es el mismo. Estamos seguros de que la bolsita negra se perdió aquí, a no ser que nos la robasen. ¿Estás convirtiendo el Mesón del Murciélago en un antro de ladrones, Keeper?

—Oye, Spar...

—Te lo preguntamos a ti, Keeper.

Apartando a Spar de un empujón, el aludido se puso a rebuscar frenéticamente, agachado entre cajas de Niebla de Luna y Vino de Luna. Salió a relucir un gran número de pequeños objetos; Spar pudo distinguir algunos de los más voluminosos, como un ventilador portátil a pilas y una pantufla de color púrpura. Los objetos perdidos flotaban en abigarrado revoltijo alrededor de Keeper. Este jadeaba ya, mientras seguía revolviendo sin hallar nada más, hasta que por fin Crown intervino con voz indiferente:

—Con eso basta. De todos modos, la bolsita negra no tenía demasiada importancia para nosotros.

Keeper se incorporó. Su cara le pareció a Spar más borrosa que nunca; debía estar envuelta en un halo de transpiración. Señaló el bolso anaranjado:

—A lo mejor está ahí dentro.

Crown abrió el bolso y empezó a rebuscar dentro del mismo. Luego mudó de propósito y le dio una sacudida. Todas las cosas que contenía se echaron a flotar, moviéndose hacia arriba con velocidad uniforme, como una formación militar en desbandada. Crown les pasó revista mientras volaban frente a sus ojos.

—No. Aquí no está. —Empujó el bolso hacia Keeper y le ordenó—: Guarda las cosas de Rix y quédatelas hasta que volvamos.

Rodeando a la muchacha con el brazo sin dejar de aplicar la esponja a la oreja herida, se volvió y salió por la escotilla con poderoso impulso.

Cuando la pareja se hubo perdido de vista, hubo un suspiro general de alivio y los tres sacaron nuevos vales de crédito para otra ronda. Suzy exigió un segundo doble de tinto, que Spar se apresuró a servirle mientras Keeper se rehacía del susto, después de lo cual ordenó:

—Recoge todo eso que flota, Spar, y sobre todo lo de Rixie, para guardarlo en su bolso. ¡Vamos! ¡Muévete, gandul!

Luego puso en marcha el ventilador de mano para refrescarse y secarse el sudor.

El encargo le resultaba a Spar muy difícil de cumplir, pero Kim acudió en su ayuda lanzándose tras de los objetos que eran demasiado pequeños para que aquél pudiera verlos. Cuando los tenía entre las manos, los identificaba fácilmente por el tacto o por el olfato.

Cuando se hubo disipado su rabia impotente hacia Crown, Spar se puso a recordar los acontecimientos de la noche pasada. Sus visiones de vampiros y hombres lobo, ¿eran sueño o realidad? A menos que el otro no estuviera de guardia como aseguraba... Deseó poseer mejor vista para alcanzar a distinguir la ilusión de la realidad y recordó el siseo burlón de Kim: «¡Visssionario! ¡Linsssse, que eres un linsse!».

¿Cómo sería lo de ver las cosas con claridad? ¿Parecerían más brillantes, o más cercanas?

Con estas tristes reflexiones, fue guardando los objetos dispersos y luego regresó a la faena de barrer, mientras Kim reanudaba la caza de ratones. A medida que avanzaba el Día de Faena, el Mesón del Murciélago iba quedando en penumbra, aunque de un modo tan gradual que era difícil notarlo.

Entraron algunos clientes, pero todos ellos para un trago rápido que les fue servido por un Keeper lúgubre y malhumorado. Suzy ni siquiera juzgó necesario intervenir en sus funciones como animadora.

A medida que pasaba el tiempo, Keeper iba cargándose de mala uva, tal y como Spar había imaginado que sucedería después de las humillaciones que le había infligido Crown. Quiso echar a los tres parroquianos habituales, pero éstos no dejaban de sacar más y más vales de crédito, arrugados pero de curso legal. Por más vueltas que les daba Keeper, no pudo descubrir ninguna falsificación. Para vengarse, quiso hacerles sisa en las raciones, con lo que inició una serie de altercados. Por último, se volvió hacia Spar, diciendo airado:

—Ese gato tuyo... arañó a Crown, ¿no es cierto? Hay que echarlo de aquí. Crown dijo que podía ser un gato-brujo, ¿recuerdas?

Spar no respondió. Keeper le mandó que renovase el adhesivo de las escotillas, afirmando que Rixende pudo desengancharse porque aquél se había secado.

Luego se puso a picotear en los aperitivos y bebió Niebla de Luna con jugo de tomate. Cuando se cansó de esto, roció el local con un abominable perfume sintético y empezó a pasar cuentas de la recaudación. Pero también, esto le aburrió en seguida y, mudando de intención, cerró la caja de golpe y contempló a Suzy con una extraña mueca.

—¡Spar! —gritó—. Hazte cargo de la barra y procura que no se emborrachen esos tipos.

Luego echó llave a la registradora y, con un significativo movimiento de cabeza dirigido a Suzy, tomó impulso hacia una de las escotillas. Ella se encogió de hombros, mirando a Spar con expresión de hastío, y siguió a Keeper.

Tan pronto como la pareja hubo desaparecido, Spar sirvió a los parroquianos un trago de ocho segundos, negándose a aceptar sus vales, y colocó delante de ellos dos contenedores de frituras y empanadillas. Los clientes le dieron las gracias con un gruñido y empezaron a tragar. La iluminación del local pasó de la claridad normal a una semioscuridad cadavérica. Se oyó un rugido distante y apagado, seguido pocos segundos más tarde por un breve crescendo de crujidos metálicos.

El cambio de luz puso nervioso a Spar, quien sirvió otras dos rondas sin cobrar y luego cargó precio doble por una bolsa de Niebla de Luna a un recién llegado.

Quiso probar un aperitivo, pero entonces apareció Kim, muy ufano, para enseñarle un ratón que acababa de coger. Spar consiguió dominar las náuseas a duras penas. Empezaba a temer los síntomas de la desintoxicación, y sintió que le flaqueaba la voluntad.

En aquel momento entró por la escotilla verde, sujetándose de los obenques, una figura tripuda y vestida de negro. Al poco se materializó al otro lado de la barra un rostro en el que la barba y la melena canosas apenas dejaban ver la piel, parda y curtida, subrayando sin embargo el brillo gris de la mirada.

—¡Doctor! —exclamó Spar con alegría, sintiendo que su malestar se disipaba como por ensalmo.

Sin mediar otra palabra sacó de la nevera una bolsa de Niebla de Luna calidad «tres estrellas». Tan excitado estaba, que sólo acertó a empezar con un vulgar:

—Mala noche hemos tenido, ¿eh, doctor? Vampiros y... y...

—Y otras supersticiones estúpidas, que nacen de un sunth a otro y ya no se desvanecen jamás —le interrumpió con voz amigable, pero en tono sarcástico—. Aunque imagino que no debería privarte de tus ilusiones, Spar. Ni siquiera de las terroríficas. Eso distrae un poco tu triste vida. Además, es verdad que corre mala gente por Windrush. ¡Ahhh! ¡Este trago tan fresco rejuvenece mis amígdalas!

Entonces Spar recordó la cosa importante que se le había olvidado. Hurgando en lo más hondo de su traje de faena, y volviéndose para que los demás parroquianos no pudieran ver lo que hacía, sacó una bolsita negra plana y muy pequeña.

—Tome, doctor —susurró—. La perdió usted el último Día de Juerga. Se la he guardado.

—¡Maldita sea! Soy capaz de perder hasta mis pantalones, si alguna vez me los bajase —comentó el doctor, bajando la voz cuando Spar le hizo señas llevándose un dedo a los labios—. Supongo que empecé a mezclar la Niebla con el Vino de Luna, ¿no es cierto?

—Sí, doctor. Pero usted no la perdió por su cuenta. Crown o una de sus chicas debieron hurtársela o apoderarse de ella viéndola suelta a su lado. Y luego... yo la saqué del bolsillo de Crown. Eso hice, y no dije ni una sola palabra esta mañana, cuando Rixende y Crown aparecieron por aquí para reclamarla.

—Spar, hijo mío, estoy en deuda contigo —dijo el doctor—. Más de lo que puedes imaginar. Otra «tres estrellas», por favor. ¡Ahhhh! ¡Puro néctar! Spar, pídemelo lo que quieras, y si está comprendido dentro de la primera infinitud transfinita, te juro que te lo concedo.

Ante su propia sorpresa, Spar empezó a temblar... de excitación. Incliniéndose sobre la barra, murmuró roncamente:

—¡Déme un par de ojos sanos, doctor! ¡Y unos buenos dientes! —añadió impulsivamente.

Al cabo de lo que le pareció un largo rato, el doctor susurró con voz soñadora y apesadumbrada:

—En los Antiguos Días, eso habría sido fácil. Ellos perfeccionaron los trasplantes oculares. Sabían regenerar los nervios craneales y devolver a un cerebro lesionado la capacidad de resolución. Y el injerto de embriones dentales era una sencilla práctica para estudiantes. Ahora... Sí, podría hacer lo que me pides, pero... de una manera incómoda, anticuada, mecánica.

El doctor se interrumpió, encogiendo los hombros con un gesto que expresaba todas las miserias de la vida y la vanidad de todo esfuerzo.

—¡Los Antiguos Días! —se dirigió uno de los bebedores a su compañero, hablando con disimulo por la comisura de la boca—. ¡Conversaciones de brujería!

—¡Qué brujería ni qué niño muerto! —respondió el otro del mismo modo—. Lo que pasa es que el viejo matasanos ya chochea. Sueña los cuatro días, y no sólo el Día del Sueño.

El tercer bebedor se apresuró a silbar la musiquilla de un conjuro contra el mal de ojo. Spar tironeó la manga del albornoz negro que vestía el doctor.

—¡Me lo ha jurado, doctor! ¡Quiero una vista aguda y unos dientes fuertes!

El doctor apoyó conmisericordiosamente su arrugada mano sobre el antebrazo de Spar.

—Una vista aguda sólo serviría para hacerte más desgraciado, Spar —explicó amistosamente—. Créeme, lo sé. La vida es más llevadera cuando se ve todo borroso, lo mismo que las ideas son más agradables cuando las hace borrosas la Niebla o el Vino de Luna. En Windrush no falta gente que ambiciona morder con fuerza, pero tú no eres de éstos. Sírvenme otra «tres estrellas», por favor.

—Me he quitado de la Niebla desde esta mañana, doctor —comentó Spar con cierto orgullo, mientras le entregaba otra bolsa fresca.

El médico replicó, sonriendo con tristeza:

—Muchos dejan la Niebla todos los Días de Faena por la mañana y cambian de idea cuando llega el siguiente Día de Juerga.

—¡No seré yo, doctor! Además —reanudó Spar el hilo de argumentos—, Keeper y Crown ven con claridad, lo mismo que Suzy y las demás chicas, y no son desgraciados.

—Voy a decirte un secreto, Spar —replicó el doctor—. Keeper, Crown y las chicas son unos cadáveres vivientes. Sí, incluso Crown, con toda su astucia y su poder. Para ellos, Windrush es el Universo.

—¿Y no es así, doctor?

Ignorando la interrupción, el doctor continuó:

—Pero tú no te conformarías con eso, Spar. Tú querrías averiguar más. Y eso te haría más desgraciado de lo que eres ahora.

—No me importa, doctor —dijo Spar, y repitió en tono acusatorio—: ¡Usted lo ha jurado!

La mirada gris casi desapareció para Spar cuando el médico frunció las cejas, pensativo. Luego dijo:

—¿Qué te parece esto otro, Spar? Sé que la Niebla de Luna trae tantos males y dolencias como alivios y alegrías. Pues bien: todos los Días de Faena por la mañana, y todos los Días de Juerga por la tarde, yo podría darte una pastillita que te produciría todos los efectos buenos de la Niebla de Luna, y ninguno de los perjudiciales. Tengo una en esta bolsa. Prueba ahora, y te convencerás. Y todos los Días de Juerga por la noche te daré otra clase de píldora que te hará dormir tranquilamente, sin ningún género de pesadillas. Eso sería mucho mejor que unos ojos y unos dientes. Piénsalo bien.

Mientras Spar meditaba, apareció Kim, mirando al doctor con sus dos puntitos verdes.

—Missss rresssspetuossssssss sssaludosss, sssseñorrrr —silbó—. Ssssoy Kim.

—Se le corresponde, caballero —respondió el doctor—. Que no falten los ratones.

Acarició al gato, pasando suavemente los dedos por la garganta y el pelaje del pecho. Su voz volvió a hacerse soñadora:

—En los Antiguos Días, todos los gatos hablaban, y no solamente algunos fenómenos. Toda la tribu felina. Y también muchos perros... ¡ejjem! Perdona, Kim. En cuanto a los delfines, ballenas y monos...

Spar le interrumpió con avidez:

—Dígame una cosa, doctor. Si sus píldoras proporcionan la felicidad sin ningún tipo de resacas, ¿por qué bebe usted Niebla de Luna, y alternándola muchas veces con el Vino de Luna?

—Porque yo... —empezó el médico, y luego se interrumpió sonriendo—. Me has atrapado, Spar. No creí que fueses capaz de pensar por tu cuenta. Bien, ¡tú ganas! Ven a mi consultorio el próximo Día de Ocio. ¿Conoces el camino? Bien... Veremos lo que se puede hacer con tus ojos y tus dientes. Y ahora, dame una bolsa doble para el regreso.

Pagó con brillantes monedas, mientras se metía la gran bolsa de «tres estrellas» en una faltriquera, diciendo:

—Hasta luego, Spar. Hasta la vista, Kim.

Y se dirigió hacia la escotilla siguiendo una trayectoria en zigzag.

—Hasssta la visssta, ssseñorrrrr —le despidió Kim.

Spar enarboló la bolsita negra.

Mientras el doctor volvía profiriendo una palabrota para coger lo suyo, se abrió la escotilla roja y apareció Keeper. Parecía de mejor humor que antes y silbaba la tonadilla de «Me casaré con el hombre del puente» mientras contemplaba con suspicacia ciertas manchas sobre el mostrador y revisaba las espitas del Vino de Luna. Tan pronto como salió el doctor, preguntó en tono desconfiado:

—¿Qué era eso que le dabas al viejo ganso?

—Su bolsa —reaccionó Spar con rapidez—. Se le había olvidado después de pagar al contado.

Sacudió una mano, dejando oír un sonido tintineante; Keeper se apoderó ávidamente del dinero y luego ordenó:

—¡A barrer, Spar!

Mientras éste flotaba hacia la escotilla roja para recoger sus aspiradores, Suzy pasó a su lado sin mirarle, avergonzada. Flotó hacia el mostrador y, muy seria, aceptó la bolsa de Niebla que le ofreció Keeper con burlona cortesía.

Spar sintió un acceso de indignación pensando en Suzy. Pero se le hacía difícil pensar en otra cosa que no fuera la inminente visita al médico.

Cuando la noche del Día de Faena cayó, tan rápidamente como un cuchillo lanzado por una mano experta, apenas se dio cuenta de ello y no experimentó la acostumbrada aprensión. Keeper conectó a toda potencia el alumbrado del Mesón del Murciélago. Resplandecía de un modo deslumbrante, mientras al otro lado de las paredes translúcidas se adivinaba sólo un círculo de claridad lechosa.

El negocio se animó un poco. Suzy no tardó en largarse con el primer cliente adinerado. Keeper ordenó a Spar que atendiera a la barra mientras él cogía una hoja de papel sobre la que se había escrito y borrado docenas de veces y, poniéndola sobre una tablilla, empezaba a escribir laboriosamente, como si meditase las palabras o quizás incluso las letras una a una, humedeciendo a menudo el lápiz con la lengua. Estaba tan absorto en su ímproba tarea que, sin darse cuenta, empezó a girar sobre sí mismo mientras flotaba poco a poco hacia la escotilla negra. El papel se ensuciaba cada vez más con sus garabatos y sus tachaduras, acompañadas de saliva y sudor.

La corta noche transcurrió con más rapidez de lo que Spar se había atrevido a desear, por lo que sufrió un sobresalto ante el súbito amanecer del Día de Ocio.

Casi todos los clientes se largaron a dormir la siesta.

Spar se preguntaba qué excusa iba a darle a Keeper para abandonar el Mesón del Murciélago, cuando el propio Keeper le resolvió el problema. Doblando el sucio papel y sellándolo con cinta en caliente, dijo:

—¡Eh, gandul! Coge esto y vete al Puente, donde se lo entregarás al Ejecutivo. ¡Espera!

Tomó el bolso anaranjado y tiró de los cordones para asegurarse de que estaban bien apretados.

—De paso, entrega esto en la cueva de Crown. ¡Obediencia y buenos modales, Spar! Ahora, ¡lárgate ya!

Spar metió el mensaje sellado en su único bolsillo con cremallera en buen estado. Luego flotó lentamente hacia la escotilla superior, donde estuvo a punto de chocar con Kim. Recordando lo que había dicho Keeper sobre echar al gato, cogió al animal por debajo de sus patas delanteras y se lo metió cuidadosamente dentro del traje de faena, mientras susurraba:

—Vamos a dar un paseo, pequeño Kim.

El gato clavó las uñas en la delgada tela para sujetarse, y se quedó quieto.

Para Spar, el corredor era un tubo estrecho terminado en niebla por los dos extremos, y salpicado longitudinalmente con motas verdes y rojas. Guiándose principalmente por el tacto y la memoria, avanzó tomando impulso en el cable que discurría a lo largo de la pared. Después de rodear los grandes cilindros de los pasadizos centrales, el corredor continuaba en línea recta. Los ventiladores axiales funcionaban con tanta suavidad que apenas se percibía sino una ligera corriente antes de cruzarlos, y una leve succión después de pasar.

Pronto llegó a su olfato el olor a tierra y a vegetales. Con un estremecimiento, pasó junto a un gran círculo negro que era la compuerta de carga del triturador principal de la Bodega Tres. No se cruzó con nadie... cosa extraña, incluso el Día de Ocio. Luego vio verdear los Jardines de Apolo y más allá una gran pantalla negra sobre la cual flotaba, siempre hacia la dirección de popa, un pequeño círculo anaranjado que inspiraba a Spar una tristeza y un miedo inexplicables. Se preguntó cuántas serían las pantallas negras que reflejaban aquel lúgubre círculo. Eran particularmente numerosas hacia el costado de estribor, y él había visto el círculo en varias.

Al llegar a los jardines, tan cerca que Spar pudo distinguir los verdes tallos ondulantes y la silueta del jardinero que flotaba sobre ellos, el corredor se doblaba en ángulo recto hacia abajo. Con dos docenas de impulsos a lo largo del cable, Spar llegó hasta una escotilla abierta. Su memoria para las distancias recorridas y un intenso aroma de perfumes mezclados le dijeron que aquélla era la entrada a la cueva de Crown.

Atisbando a través de la escotilla distinguió el motivo decorativo de espirales negras y plateadas que caracterizaba el interior del gran depósito de forma globular. Al fondo y directamente en frente de la escotilla, había otra gran pantalla negra con el inevitable disco pardo moteado de rojo en posición excéntrica.

Spar oyó debajo de su barbilla el siseo de Kim, suave pero apremiante:

—¡No te muevassss! ¡Ssssilenssio, por tu vida!

El animal se había asomado por el cuello de la ropa; sus orejas cosquilleaban la garganta de Spar. Éste empezaba a acostumbrarse a los modales melodramáticos del gato, pero, de todos modos, la advertencia era innecesaria. Había visto media docena de cuerpos desnudos flotando por el aire, y fue tal su confusión ante tamaño espectáculo, que permaneció inmóvil y helado de vergüenza. Y no porque sus ojos fuesen capaces de distinguir ningún órgano genital; para él eran tan invisibles como las orejas. Pero sí pudo notar, aparte del pelo, las diferentes complejiones. Uno era muy moreno, y los otros cinco... ¿o eran cuatro?... de piel más blanca. Sobre todo las dos rubias, una de ellas platinada y ambas igualmente desconocidas para él.

Se preguntó quién sería la nueva chica de Crown, la que llamaban Almodie. Experimentó alivio al comprobar que los cuerpos no se tocaban entre sí.

Algo metálico brilló junto a una de las rubias, y distinguió una mancha rojiza que, como él sabía, era un recipiente, con cinco tubos que partían del mismo hacia cinco rostros distintos.

Una de las chicas actuaba como «barman». A Spar le extrañó que Crown, pese a vivir en tan lujoso alojamiento, se sirviera el Vino de Luna de un modo tan plebeyo y ordinario. Por supuesto, no sabía si el contenedor era de Vino o de Niebla; podía ser incluso cerveza.

¿Acaso se proponía Crown hacerle competencia a Keeper? En tal caso, mala época y peor emplazamiento había elegido, murmuró para sí mientras meditaba cómo deshacerse del bolso anaranjado.

—¡Vámonossss, de una vezzzzz! —apremió Kim aún más bajo.

Los dedos de Spar localizaron un clip junto a la escotilla. Con un «clic» casi imperceptible, le sujetó los cordones del bolso y luego tomó impulso para desandar el camino.

Sin embargo, pese a todas las precauciones por no hacer ruido, el ligero «clic» provocó una respuesta inmediata procedente de la cueva de Crown... un gruñido muy profundo y prolongado.

Spar tiró del cable con más rapidez, para alejarse. Cuando llegó al recodo, la curiosidad le hizo volverse. Por la escotilla de Crown asomaba una cabeza más estrecha que la de un hombre, con orejas puntiagudas y con una cara más negra que la del mismo Crown. Se oyó un nuevo gruñido.

Spar se sintió ridículo por haber tenido miedo de Hellhound. ¡Vaya! Más de una vez, Crown había ido al Mesón del Murciélago en compañía de su perrazo. Tal vez fuese porque Hellhound nunca había gruñido en el Mesón; hablaba, aunque su vocabulario se reducía a un centenar de monosílabos, más o menos. Además, el perro no podía avanzar tomando impulso en el cable, pues no tenía las uñas suficientemente afiladas. Como mucho, se desplazaba en zigzag saltando de un lado a otro del pasillo para apoyarse en la pared.

Esta vez Spar tuvo un sobresalto al pasar junto a la boca del triturador principal, y lanzó una exclamación de disgusto. ¡Asustarse como un crío precisamente hoy, que iba a conseguir unos ojos nuevos!

—¿Por qué me has espantado cuando estábamos allá, Kim? —reprendió al gato.

—¡Tú no hasss visssto al monsssstruo! ¡Nesssio!

—Sólo he visto cinco personas sorbiendo Niebla de Luna, y un perro inofensivo. Esta vez, el tonto y necio has sido tú, Kim.

El gato guardó silencio y metió la cabeza, contrariado. Spar recordó que todos los gatos eran vanidosos y susceptibles. Pero ahora él tenía otras cosas en que pensar. ¿Y si alguien hurtaba el bolso anaranjado antes de que Crown reparase en él? Y si lo encontraba Crown, sabiendo que Spar era el mandadero de Keeper, ¿adivinaría que había estado figgando? ¡Que todo esto hubiera de ocurrirle el día más importante de su vida! Su pequeña victoria verbal sobre Kim le sirvió de magro consuelo.

Por otra parte, y aunque la rubia platino era la que más le había interesado de las dos desconocidas, la otra —la que tenía el cabello dorado como el de Suzy, aunque era mucho más blanca y esbelta— le tenía preocupado. Le pareció haberla visto antes... y, sin saber por qué, algo relacionado con ella le causaba un terror indefinible.

Cuando llegó a los corredores centrales se sintió tentado de ir al consultorio del doctor antes que al Puente. Pero prefirió disponer de más tiempo para lo del médico, cumpliendo antes todos sus encargos.

Entró de mala gana en el corredor central, donde la fuerte corriente de aire le empujó a gran velocidad hasta que pudo alcanzar el cable guía, a costa de despellejarse las manos. Maldijo la tacañería de Keeper por no proporcionarle al menos unos guantes, ya que pedir también calcetines habría sido demasiado. Pero en seguida tuvo que prestar toda su atención para no

golpearse los nudillos con los soportes que mantenían el cable a lo largo de la pared; era fácil apoyarse en ellos para tomar impulso, pero había que andarse con cuidado.

Distinguió algunas figuras que como él iban y venían siguiendo el cable; otras flotaban dejándose llevar por el viento. Un borracho daba tumbos girando sobre sí mismo y salmodiando con voz cascada, de anciano:

—¡La Escala de Jacob! ¡El Árbol de la Vida! ¡La Cucaña de Mayo!

Pasó la compuerta que marcaba la división entre las Bodegas Tercera y Segunda sin que el guardia de servicio le diera el alto, y por poco erró el gran corredor azul que conducía hacia arriba. Una vez más se quemó las palmas de las manos al colgarse del otro cable, sacudido por la corriente de aire. Se sentía cada vez más inquieto.

—¡Sssspar, essstúpido...! —empezó Kim.

—¡Ssssh! Estamos en zona oficial, ahora.

Le hizo callar, satisfecho por haber hallado ese pretexto para reprender de nuevo al incordiante animalito. La verdad era que los grandes espacios abiertos de Windrush le producían un horrible pánico.

Casi demasiado pronto para su gusto, se encontró colgado de una escalera de tubo metálico inmediatamente debajo de la cubierta del Puente. Después de coronar el último escalón se quedó flotando sin saber qué hacer, esperando que alguien le dirigiese la palabra.

En el Puente había muchos bultos metálicos de formas extrañas, brillantes, y reflejos irisados que destellaban a intervalos; los más cercanos le parecieron como filas y columnas de diminutas luces que parpadeaban, rojas, verdes... de todos los colores. Y más arriba, abarcándolo todo, una inmensa cúpula de terciopelo negro salpicado de destellos blanquecinos casi imperceptibles.

Entre los objetos metálicos y los resplandores irisados flotaban unas figuras vestidas con el uniforme azul oscuro de los oficiales. De vez en cuando se hacían señas, pero nadie hablaba. Para Spar, cada uno de sus movimientos estaba cargado de una profunda importancia. Aquellos eran los dioses de Windrush, los que tenían el destino en sus manos, si es que tal cosa existía. Se sintió reducido a la insignificancia de un ratón, el cual podría ser aplastado sin misericordia si se atrevía a molestar.

Después de un intercambio de gestos particularmente agitado se oyó un breve y lejano rugido, y luego una serie de chasquidos y crujidos familiares. Spar se quedó asombrado, aunque no podía ignorar que el capitán, el piloto y demás altos oficiales eran los causantes de los conocidos fenómenos diurnos. Significaba, en efecto, el mediodía del Día de Ocio.

Spar recordó sus problemas personales. Se estaba retrasando en su diligencia. Empezó a levantar la mano cada vez que pasaba una de las figuras azules, tratando de solicitar atención. Nadie le hizo caso.

Finalmente, susurró:

—¿Kim?

El gato no respondió. Spar oyó un ronroneo, pero también podía ser un ronquido. Sacudió al gato con suavidad.

—Dime algo, Kim.

—¡Sssssh! ¡Ssssilencio! Essstoy durmiendo.

Kim sacó las uñas para acomodarse de nuevo, y volvió a emitir un ronroneo satisfecho... natural o fingido; eso no podía averiguarlo Spar. Experimentó un gran desaliento.

Los lunths iban pasando uno tras otro. Cuando mayor era desesperación, pensando que iba a llegar tarde a su cita con el doctor, oyó una voz juvenil y agradable que decía:

—¡Hola, abuelo! ¿Qué te trae por aquí?

Spar se dio cuenta de que había seguido levantando la mano maquinalmente, con lo que consiguió captar la atención de un individuo, moreno como Crown, pero que vestía uniforme azul. Sacó la nota del bolsillo y se la entregó al oficial.

—Es para el Ejecutivo.

—Ése es mi Departamento.

Hubo un leve crujido —¿la uña rasgando el precinto?— seguido de otro más fuerte: el papel había sido desplegado. Una breve pausa, y luego:

—¿Quién es Keeper?

—El dueño del Mesón del Murciélago, señor. Yo trabajo allí.

—¿Qué mesón has dicho?

—Una expendeduría de Vino de Luna. En otros tiempos le llamaban El Ruedo Feliz, según creo. En los Días Antiguos, según el doctor, se llamaba la Cantina Número Tres.

—¡Hum! ¿Qué significa todo esto, abuelo? Y ¿cómo te llamas?

Spar contempló con tristeza el rectángulo de papel lleno de manchas oscuras.

—No puedo leer, señor. Me llamo Spar.

—¡Hum! ¿Se han visto... ejem... seres sobrenaturales en el Mesón del Murciélago?

—Sólo en mis sueños, señor.

—Bien... Echaremos un vistazo. Cuando me veas por allí, finge que no me conoces. A propósito, soy el alférez Drake. ¿Quién es tu pasajero, abuelo?

—Es sólo mi gato, alférez —respondió Spar, súbitamente alarmado.

—Bien. Vete por ese corredor negro. —Spar empezó a desplazarse por entre la selva de tubos hacia la dirección señalada por el brazo uniformado de azul—. Y la próxima vez recuerda que está prohibido traer animales al Puente.

Mientras empezaba a bajar, la sensación de alivio que le había producido el comprobar que el alférez Drake parecía humano y comprensivo se confundió con el miedo a perder la cita con el médico. Casi equivocó el cable guía que llevaba al corredor rojo principal. El resplandor equívoco del atardecer le confundía con su luz cadavérica. De nuevo se tropezó con el borracho, que continuaba su monólogo graznando:

—¡La Trinidad, el Copón y el Manto!

Estaba a punto de abandonar su propósito de visitar al doctor, para regresar directamente al Mesón del Murciélago, cuando se dio cuenta de que estaba traspasando el acceso a la Bodega Cuatro y que llegaría al consultorio pasando el primer recodo. Se dejó flotar hasta un obenque, verificó su situación y luego empezó a tomar impulso hacia lo del médico, cuyo emplazamiento a babor venía a corresponder con el de la cueva de Crown a estribor. Mientras seguía el cable se cruzó con dos figuras cuyo aliento pregonaba una celebración anticipada del Día de Juerga.

Spar temió encontrar cerrado el consultorio. De los cercanos Jardines de Diana llegaba un vaho de plantas y tierra húmeda.

La escotilla estaba cerrada, pero cuando Spar accionó el bulbo se abrió a la tercera llamada y apareció el conocido rostro, con su halo de cabello blanco y su mirada gris.

—Empezaba a creer que no vendrías, Spar.

—Lo siento, doctor. He tenido que...

—No importa. Pasa, pasa. ¡Hola, Kim! Date un garbeo por aquí si quieres.

Kim salió de su escondite y, tomando impulso en el pecho de Spar, partió para una ronda de inspección típicamente gatuna. Y allí había mucho que inspeccionar. Incluso Spar pudo darse cuenta de ello.

De todos los obenques del consultorio se habían colgado objetos en toda su longitud. Parecían burbujas grandes y pequeñas, opacas o brillantes, oscuras o translúcidas, destacándose sobre un panel de aquella luz cadavérica que tanto miedo inspiraba a Spar, aunque no lo recordó en ese instante. Enfrente había una cinta de luz aún más intensa.

—¡Cuidado, Kim! —gritó Spar cuando el gato aterrizó sobre un obenque y se puso a saltar de un objeto a otro.

—Déjale; no pasa nada —dijo el doctor—. Ahora voy a examinarte, Spar. Mantén los ojos abiertos.

Las manos del doctor sujetaron la cabeza de Spar. Sus ojos grises y su rostro curtido se acercaron hasta confundirse en un solo manchón.

—Mantenlos abiertos, he dicho. Sí, ya sé que necesitas parpadear de vez en cuando... Lo que yo suponía. Los cristalinós están disueltos. Has sufrido una complicación secundaria que se da en uno de cada diez casos de infección con la rickettsia del Leteo.

—¿La fiebre Estigia, doctor?

—En efecto, aunque el vulgo confundió los ríos del Averno al darle ese nombre. Todos la hemos padecido. Todos hemos bebido las aguas del Leteo. Aunque a veces, cuando nos hacemos muy viejos, empezamos a recordar los comienzos. No pestañees.

—¡Eh, doctor! ¿Es por lo de la fiebre Estigia que no puedo recordar nada anterior al Mesón del Murciélagos?

—Podría ser. ¿Cuánto tiempo hace que estás allí?

—No lo sé, doctor. Desde siempre.

—Desde antes de que yo descubriera ese lugar, de seguro. Fue cuando cerraron La Corrala aquí, en la Bodega Cuatro. Pero de eso hace un starth.

—Pero yo soy terriblemente viejo, doctor. ¿Cómo es que no puedo recordar?

—Tú no eres viejo, Spar. Sólo estás calvo y desdentado, y podrido por la Niebla de Luna, y tus músculos se han atrofiado. Sí, y tu cerebro se ha atrofiado también. Ahora, abre la boca.

Una de las manos del doctor sujetó la nuca de Spar; la otra tanteó las encías.

—Al menos tienes las encías fuertes. Eso facilitará mi trabajo.

Spar quiso decirle lo de las gárgaras con agua salada, pero cuando el doctor le sacó la mano de la boca fue para ordenarle:

—Ahora, ábrela todo lo que puedas.

El doctor introdujo en la boca de Spar una cosa caliente y tan gruesa como un bolso de mano.

—Ahora, muerde con todas tus fuerzas.

A Spar le pareció que mordía un tizón encendido. Quiso escupirlo, pero unas manos sobre su mandíbula y su cráneo le mantenían la boca firmemente cerrada.

Pataleó involuntariamente y arañó el aire. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Estáte quieto! Respira por la nariz. No quemas tanto como tú crees. Ni siquiera te levantará ampollas.

Spar hubiera querido discutir tal afirmación, pero al cabo de un momento decidió que no quemaba tanto como para cocerle el cerebro a través del velo del paladar. Además, no quería mostrar su cobardía ante el doctor. Permaneció quieto. Parpadeó varias veces, y pudo distinguir en medio de borrosos contornos la mancha correspondiente al rostro del médico, así como los límites de la estancia, bañados por la luz fría y mortecina. Trató de sonreír, pero sus labios estaban ya distendidos más allá de su capacidad muscular. Eso también le hacía daño; empezó a darse cuenta de ello a medida que disminuía el ardor.

El doctor le contemplaba, sonriendo.

—En fin... Sólo un viejo borrachín como yo podía atreverse a emplear unas técnicas que sólo conocía por los libros. Pero te garantizo que tendrás unos dientes tan afilados, que podrás cortar un obenque con ellos. Por favor, Kim, apártate de esa bolsa.

La mancha negra que era el gato despegó de un salto desde un objeto también negro y dos veces más largo que él. Spar emitió por la nariz un sonido que quería ser desaprobador, e hizo algunas muecas. El objeto se parecía a la bolsita negra del doctor, sólo que a escala cien veces más grande. Debía ser pesado, además, pues cuando Kim saltó, el impulso puso en tensión el obenque del que colgaba, no regresando sino lentamente —ahí estaba el detalle— a la posición inicial.

—Esa bolsa contiene mi tesoro, Spar —explicó el doctor, y cuando el aludido alzó las cejas en señal de interrogación, continuó—: No está en monedas, ni en oro, ni en joyas, no. Es como una segunda infinitud transfinita... Descanso, y sueños, y pesadillas para todas las almas en mil sitios como Windrush.

Bajó la mirada hacia su muñeca.

—Ya ha pasado bastante tiempo. Abre la boca.

Spar obedeció, a costa de nuevos dolores.

El doctor extrajo la cosa que Spar había mordido, y la envolvió en un plástico retráctil y la colgó del obenque más cercano. Luego estudió de nuevo la boca de Spar.

—Me parece que sí estaba demasiado caliente —dijo.

Cogió una bolsa pequeña, la aplicó a los labios de Spar y apretó. La pulverización invadió la boca del paciente y todo el dolor se desvaneció al momento.

Luego metió la bolsa en la faltriquera de Spar.

—Úsala si te duele otra vez.

Antes de que Spar pudiera darle las gracias, el doctor le aplicó un tubo sobre el ojo derecho.

—Mira, Spar, y dime lo que ves.

Sin poder evitarlo, éste profirió un grito y se echó hacia atrás.

—¿Qué te pasa?

—¡Me ha dado usted un sueño, doctor! —dijo Spar con voz ronca—. No se lo diré a nadie, ¿verdad?

—¿Qué clase de sueño? —inquirió el médico, curioso.

—No era más que un dibujo, doctor. Representaba una cabra con cola de pescado, ¡Doctor...! He podido distinguir... hasta las escamas... —su mente vacilaba—. Todos los detalles... tenían bordes afilados. Doctor, ¿es eso lo que quieren decir cuando hablan de ver claro?

—En efecto, Spar. Eso es lo bueno, pues significa que no tienes ninguna lesión en el cerebro ni en la retina. Será fácil hacerte unas gafas aprovechando un par de prismáticos viejos... es decir, si no he perdido los míos. Por eso, en sueños lo ves todo claro... ¡es natural! Pero, ¿por qué no quieres que se lo cuente a nadie?

—Pensé que podían acusarme de brujería, doctor. Creí que ver las cosas así era lo que llaman clarividencia. El tubo me hizo cosquillas en el ojo.

—¡Isótopos y chaladura! Tenía que hacerlas. Ahora, veamos el otro ojo.

De nuevo Spar quiso lanzar una exclamación, pero esta vez se contuvo pese al leve cosquilleo. Vio el retrato de una joven esbelta. Spar supo que era una mujer por su forma general, aunque su aspecto le pareció de lo más extraño, al percibir gran número de... detalles desconocidos para él hasta entonces. Por ejemplo, los ojos no eran dos manchas de color. Tenían rabillos a ambos lados, que eran dos triangulitos blancos como la porcelana. Y en medio, el círculo de color violeta pálido presentaba otro círculo negro más pequeño.

El cabello era plateado, pero sin embargo ella parecía joven. Aunque era difícil juzgar tales extremos ahora que veía tantos detalles, pensó. Le recordó a la rubia platino que había entrevisto en la cueva de Crown. Llevaba un largo vestido blanco que dejaba los hombros desnudos. Su cabello, en vez de flotar libremente, colgaba hacia dichos hombros por efecto de algún truco, o de alguna fuerza desconocida, que también tiraba del vestido hacia los pies marcándole numerosos pliegues... o eso parecían.

—¿Cómo se llama, doctor? ¿Es Almodie?

—No. Es Virgo, la virgen. Puedes ver los detalles.

—Sí, doctor. Lo veo todo nítido... como el filo de un cuchillo. Y la cabra-pezu, ¿qué era?

—Capricornio —respondió el doctor, apartando el tubo del ojo de Spar.

—Ya sé que Virgo y Capricornio son nombres de liiths, terranths, sunths y slarilis, pero nunca supe que tuvieran retratos. Nunca supe que eran cosas.

—¿Eh? ¡Claro! Tú nunca has podido ver un reloj, ni una estrella, ni mucho menos las constelaciones del Zodíaco.

Spar estuvo a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero entonces observó que el resplandor cadavérico se había extinguido, a excepción de una ancha franja de claridad.

—Al menos, hasta donde tu memoria puede abarcar —estaba diciendo el médico—. Tendré preparados tus nuevos ojos y dientes el próximo Día de Ocio. Procura venir más pronto, si puedes. Es posible que nos veamos antes en el Mesón del Murciélagu, tal vez el Día de Juerga por la noche.

—Gracias, doctor. Ahora debo irme. ¡Vamos, Kim! Los Días de Ocio por la noche suele haber mucho trabajo. Los parroquianos adelantan el Día de Juerga, a lo que parece. Salta, Kim, que te llevo.

—¿Seguro que sabrás regresar solo al Mesón del Murciélagu, Spar? Antes de que llegues allí habrá oscurecido.

—Claro que podré, doctor.

Mas cuando cayó la oscuridad, como una pesada caperuza sobre su cabeza, deseó regresar para pedirle al doctor que le acompañase. Pero temió las burlas de Kim, aunque de momento el gato no decía palabra. Se impulsó hacia delante con rapidez, pese a que el débil resplandor de las luces de navegación apenas le permitía distinguir el cable-guía.

El pasillo central aún estaba peor: completamente desierto y muy mal iluminado. Ahora que sabía lo que era ver con claridad, le molestaba su visión borrosa.

Empezó a sudar y a temblar, y sintió náuseas. Todo ello eran síntomas del malestar por haberse quitado de la bebida. Sus pensamientos giraban en torbellino. Se preguntó si alguna de las cosas raras que le habían pasado desde que recogió a Kim era real, o si todo habría sido un sueño. También le preocupaba el obstinado —¿o forzado?— silencio del gato. Empezó a ver unas manchitas voladoras que se desvanecían cuando procuraba contemplarlas fijamente.

Recordó lo que Keeper y los parroquianos decían sobre las brujas y los vampiros.

Entonces, en vez de entrar por la escotilla verde del Mesón del Murciélagu, se perdió por un pasillo lateral completamente oscuro. Creyó escuchar el gruñido del perro Hellhound, aunque también podía ser el ruido del triturador principal.

Temblaba de pánico cuando por fin tropezó a oscuras con la escotilla roja del Mesón, y entró justo a tiempo de no rozar el marco adhesivo.

El lugar estaba lleno de luz y animación. Había parejas que bailaban. Tan pronto como le vio, Keeper empezó a dirigirle insultos. Spar pasó al otro lado de la barra y empezó a recibir encargos y a servirlos maquinalmente, guiándose sólo por los sonidos y el tacto, deslumbrado por la fuerte luz y notando que su resaca empeoraba más que nunca.

Al cabo de un rato las cosas fueron mejor; en cambio su nerviosismo empeoró. Sólo el trabajo incesante le permitía soportarlo, así como le mantenía sordo a los insultos de Keeper. Pero empezaba a sentirse demasiado cansado para trabajar.

Mientras amanecía el Día de Juerga y la clientela cada vez más numerosa se agolpaba en tomo a la barra, cogió una bolsa de Niebla de Luna y se la llevó a los labios.

Unas garras se clavaron en su pecho.

—¡Nessssio! ¡Esssclavo! ¡Sssssumisssio!

A Spar poco le faltó para caer en convulsiones, pero desistió de beber. Kim salió de entre sus ropas y, después de alejarse de un salto, despectivo, se puso a dar vueltas por la barra y hablar con los bebedores, convirtiéndose pronto en el centro de todas las conversaciones. Keeper empezó a darse importancia por cuenta del gato, y dejó de servir. Spar trabajaba y trabajaba sin parar, más mareado por la abstinencia que por ninguna de las borracheras que pudiese recordar. El malestar era infinitamente más prolongado.

Suzy entró en compañía de uno de sus fletes, y le tocó la mano a Spar mientras éste servía su tinto. Eso le reconfortó.

Creyó reconocer una voz que venía de abajo. Era de un parroquiano melencólico, que vestía traje de faena, desconocido para él. Pero luego le oyó hablar de nuevo y pensó que era el alférez Drake. Había varios clientes más a quienes no conocía. El lugar estaba realmente animado. Keeper aumentó el volumen de la música. Solos o por parejas, los parroquianos daban tumbos por el aire, de un obenque a otro, en una imitación de baile. Una chica de negro hacía contorsiones gimnásticas. Otra, de blanco, echó a flotar sobre la barra circular mientras Keeper se vengaba cargando consumiciones inexistentes en la cuenta de su amigo. Algunos bebedores intentaron formar un coro.

Spar oyó que Kim recitaba:

*Ssss soy un minino
pissstonudo;
ssss soy asssssino
de loss ratoness
y aquí ssssaludo
a los muchachhosss
gordinflonesss.
¡Hola, machchosss!*

Cayó la noche del Día de Juerga y la animación creció. El doctor seguía sin aparecer por allí. En cambio, se presentó Crown. Los bailarines se apartaron y todo un sector de parroquianos se movió para dejarle espacio a él, a sus chicas y a Hellhound, hasta que los recién llegados dispusieron de más de una tercera parte de la barra circular, sin que nadie se atreviera a acercárseles. Con gran sorpresa de Spar, todos pidieron café menos el perro, que al ser interrogado por Crown respondió:

—Un Bloody Mary —pero pronunciado en un tono tan profundo que más bien pareció un gruñido, algo así como «Un Bluh-Muh».

—¡Si essso esss hablarr! —se burló Kim desde el lado opuesto de la barra. Los borrachos que le rodeaban le hicieron un coro risitas irónicas.

Spar sirvió las bolsas de café muy caliente con las pinzas de fieltro que servían para cogerlas, y preparó el combinado pedido por Hellhound mediante una pipeta mezcladora. Estaba al límite de sus fuerzas y en aquel momento tenía miedo de lo que pudiera ocurrirle a

Kim. Veía los rostros cada vez más borrosos, pero distinguía a Rixende por su pelo negro, a Phanette y Doucette por su cabello pelirrojo y su complexión delicada con raras motas rojizas; en cuanto a la rubia platino, era en efecto Almodie, aunque parecía fuera de lugar entre el feo bulto moreno vestido de púrpura y la otra silueta más pequeña y oscura, con sus orejas puntiagudas. Spar oyó que Crown le susurraba a la rubia:

—Pídele a Keeper que te enseñe el gato parlante.

Hablaba muy bajo, y Spar no habría sido capaz de oírlo a no ser por la extraña nota de excitación en su voz, que Spar no le conocía.

—Pero... ¿no se pelearán? Quiero decir, él y Hellhound —respondió ella.

Su voz cautivó el corazón de Spar como una red de zarcillos de plata. Le habría gustado poder contemplar su rostro a través del tubo del doctor. Sin duda se parecería a Virgo, sólo que mucho más hermosa. Aunque, por supuesto, tratándose de una chica de Crown no podía ser virgen. Sus ojos eran también de color violeta, pero él ya estaba harto de no ver más que manchas.

Almodie parecía muy asustada, pero continuó:

—No lo hagas, Crown. Por favor.

Spar quedó completamente subyugado.

—Hemos venido para eso, muñeca. Y nadie ha de venir a decirnos lo que debemos hacer. Nos figurábamos que ya lo habrías aprendido. Nos gustaría darte otra lección ahora mismo, sólo que por aquí huele mucho a guardia emboscado, esta noche. ¡Keeper! Nuestra nueva muñeca quiere oír a tu gato parlante. Tráelo aquí.

Kim se acercó flotando a través de la barra, mientras Keeper se desgañitaba sin verle. El gato se apoyó en un obenque delgado y miró a Crown con impertinencia.

—¿Sssssí?

—Corta esa música, Keeper.

La música agonizó de repente. Al cabo de unos momentos, las voces fueron enmudeciendo también.

—Bien, gato. Habla.

—Ssssé muchochecho mássss. Voy a cantarrrr —anunció Kim, y prorrumpió en una serie de maullidos que no respondían en lo más mínimo a las ideas de Spar acerca de la música.

—Es música abstracta —susurró Almodie, maravillada—. ¿Has oído eso, Crown? Era una séptima disminuida.

—Yo diría más bien una tercera enloquecida —comentó Phanette desde el otro lado.

Crown les hizo seña de que guardaran silencio. Kim terminó con un sobreagudo impresionante. Paseó la mirada por su asombrado auditorio y luego se puso a lamerse un hombro.

Crown apoyó la mano izquierda en el borde del mostrador y dijo con fingida indiferencia:

—Puesto que no quieres hablar con nosotros, ¿hablarás con nuestro perro?

Kim miró fijamente a Hellhound, que estaba sorbiendo su Bloody Mary. Sus ojos se agrandaron, sus pupilas se contrajeron en dos rendijas y frunció los labios mostrando los colmillos afilados como agujas.

—¡Perrrrro assssquerrrossso! —silbó.

Hellhound saltó tomando impulso en la palma de la mano izquierda de Crown; éste le ayudó proyectándole hacia delante y hacia la izquierda, donde se hallaba Kim.

Pero el gato hizo una rápida finta, encaramándose a un obenque contiguo. Las quijadas del perro se cerraron a casi medio metro del blanco y su gran bulto negro pasó de largo flotando.

Hellhound aterrizó con las cuatro patas sobre la tripa de un borracho gordinflón, haciéndole atragantarse, y aprovechó para salir disparado en sentido contrario.

Kim saltaba de un obenque a otro. Esta vez volaron unos pelos cuando chasquearon de nuevo las quijadas, pero al mismo tiempo hendió el aire una garra rígidamente extendida.

Crown sujetó a Hellhound por el collar para que no volviese al ataque. Tocó al perro debajo del ojo y luego se llevó los dedos a la nariz.

—Quieto, muchacho —dijo—. No puedes ir por ahí matando músicos geniales.

Descargó el puño sobre el mostrador y agregó:

—Bien, gato. Ya has hablado con nuestro perro. ¿No tendrías una palabra para nosotros?

—Sssssí.

Kim saltó al obenque más cercano al rostro de Crown. Spar se precipitó a sujetarle, mientras Almodie trataba de retener a Crown por el brazo. El gato bufó con violencia:

—¡Monsssstruo! ¡Aborrito del infffffieemo!

Spar y Almodie llegaron demasiado tarde. De entre los dedos cerrados de Crown surgió un chorro delgado que alcanzó de lleno a Kim en sus fauces abiertas.

Al cabo de un instante que a Spar le pareció eterno, su propia mano levantada consiguió cortar el chorro. Sintió una fuerte quemadura en el dorso de la misma.

Kim pareció encogerse sobre sí mismo y luego huyó alejándose de Crown hacia una escotilla abierta.

Crown dijo:

—Esto es matakán, un recurso tan antiguo como el fuego griego, pero bien conocido por nuestra gente. La medicina perfecta para un gato-brujo.

Spar saltó sobre Crown cogiéndole del pecho y tratando de golpearle la mandíbula. Ambos se alejaron de la barra a la mitad de la velocidad con que Spar se había abalanzado.

Crown ladeó la cabeza. Spar le hincó las encías en la garganta. Se oyó un «clic» y Spar sintió frío en la espalda. Un triángulo metálico se aplicaba a su carne, a la altura de los riñones. Spar aflojó las mandíbulas y se quedó flotando, inerte. Crown emitió una risa burlona.

Un brillo azulado en la mano de uno de los parroquianos inmovilizó a todo el mundo en el Mesón del Murciélago. Parecían más cadavéricos que nunca, bajo la lívida luz proveniente de estribor. Una voz ordenó:

—Vamos, muchachos. Desalojen el local. Vamos a clausurarlo.

Amanecía el Día del Sueño. El frío triángulo se apartó de la espalda de Spar. Se oyó de nuevo el «clic» y Crown dijo:

—Adiós, pequeño.

Luego se alejó en compañía de sus cuatro mujeres y de su perro. Phanette y Doucette flotaban a ambos lados de Hellhound, como si sujetaran su collar.

Spar sollozó y se puso a buscar a Kim. Al cabo de un rato, Suzy acudió en su ayuda. El Mesón del Murciélago se vaciaba con rapidez.

Por último, Spar y Suzy consiguieron acorralar a Kim en un rincón, y el primero le cogió por el pecho. Las patas delanteras de Kim rodearon su muñeca, sacando las uñas. Spar sacó la bolsa que le había dado el doctor y la metió entre las quijadas de Kim; éste le clavó las uñas, pero Spar no le hizo caso y apretó con cuidado el nebulizador. Las uñas dejaron de arañarle y Kim se tranquilizó. Spar le acarició con ternura mientras Suzy le vendaba la muñeca a él.

Entonces apareció Keeper en compañía de dos parroquianos, uno de los cuales era el alférez Drake, quien dijo:

—Mi compañero y yo montaremos guardia en las escotillas de proa y de estribor.

El Mesón del Murciélago había quedado completamente desierto. Spar dijo:

—Crown tiene una navaja.

Drake asintió. Suzy tocó la mano de Spar y dijo:

—Quiero quedarme aquí esta noche, Keeper. Tengo miedo.

—Puedo ofrecerte un obenque para pasar la noche.

Drake y su compañero se alejaron lentamente hacia sus puestos de vigilancia. Suzy apretó la mano de Spar y éste dijo, con cierta desgana:

—Puedo ofrecerte el mío, si lo prefieres.

Keeper se echó a reír y, después de comprobar que los hombres del Puente se habían alejado, susurró:

—Tendrá que ser el mío que además, a diferencia del de Spar, es de mi propiedad. Y tengo Niebla de Luna. O eso, o los pasillos.

Suzy suspiró, vaciló y luego se fue con Keeper.

Spar se encogió de hombros con desaliento. ¿Esperaba acaso Suzy que se pelease con Keeper por ella? Lo triste era que Spar ya no la deseaba como antes; ahora veía en ella a una amiga nada más. Estaba enamorado de la nueva chica de Crown. Lo cual, bien mirado, era más triste aún.

Se sintió muy cansado. Ni siquiera la perspectiva de tener unos ojos nuevos al día siguiente bastó para animarle. Enganchó su tobillo a un obenque para dormir, y se ató un trapo sobre los ojos. Acarició el lomo de Kim, que aún no había vuelto a hablar, y se durmió en un instante.

Soñó con Almodie. Era como Virgo, incluso con el mismo vestido blanco. Sostenía entre sus brazos a Kim, que relucía como cuero negro recién pulido. Ella se le acercaba sonriendo pero aunque no dejaba de avanzar, siempre les separaba la misma distancia.

Mucho más tarde —creyó— despertó sintiendo el malestar de la desintoxicación.

Sudaba y estaba mareado, pero eso era lo de menos. Tenía los nervios en tensión y estaba seguro de que, de un momento a otro, todos sus músculos se retorcerían en espasmos agónicos. Su mente trabajaba de un modo tan febril que no conseguía captar sino un pensamiento de cada diez. Era como sentirse impulsado por un viento fortísimo a lo largo de un pasillo sinuoso y pésimamente iluminado. Si rozaba la pared, todo habría concluido. Los obenques ondulaban en curvas sinuosas a su alrededor.

Kim no estaba a su lado. Se arrancó la venda de los ojos, pero sólo para hallarse tan a oscuras como antes. Era Día del Sueño por la noche. Pero el malestar cesaba y la fiebre de su cerebro disminuía. Todavía estaba tenso y le parecía ver idas y venidas de negras serpientes, pero ahora sabía que esto eran imaginaciones suyas. Incluso pudo distinguir el débil resplandor de tres luces de navegación.

Entonces vio dos bultos que se acercaban flotando hacia él. Apenas pudo entrever las manchas de los ojos, verdes los de la figura más pequeña y violetas los de la otra, enmarcados por un halo de plata. Esta última era muy blanca y flotaba alrededor de ella como un resplandor. Pero no sonreía, sino que exhibía los dientes en una mueca que Spar distinguió como un brillo blanco horizontal. Y allí estaba Kim, enseñando también los colmillos.

Súbitamente recordó a la rubia de cabello dorado que había visto actuando como camarera en la cueva de Crown, y cayó en la cuenta de que era Sweetheart, la ex amiga de Suzy raptada por los vampiros el anterior Día del Sueño.

Quiso gritar, pero no le salió más que un ladrido ronco, y se llevó la mano al tobillo para soltarse del obenque. Las figuras se desvanecieron; habían huido hacia abajo, pensó.

Se encendieron unas luces, y alguien se acercó flotando para sacudir el hombro de Spar.

—¿Qué ha pasado, abuelo?

Spar farfulló algo incomprensible, mientras pensaba en cómo contárselo a Drake. No quería perjudicar a Almodie ni a Kim.

—He tenido una pesadilla. Me atacaban unos vampiros —dijo.

—¿Descripción?

—Una mujer vieja y... un perro pequeño.

El otro oficial se acercó diciendo:

—La escotilla negra está abierta.

Drake dijo:

—Keeper ha declarado que siempre la dejan cerrada. Vamos allá, Fenner.

Mientras el otro se alejaba, añadió:

—¿Estás seguro de que sólo fue una pesadilla, abuelo? ¿Un perro pequeño? ¿Y una mujer vieja?

Spar respondió afirmativamente, y Drake siguió a su compañero desapareciendo por la escotilla negra.

Amaneció el Día de Faena. Spar se sentía enfermo y mareado, pero se enfrascó en su rutina habitual. Quiso hablar con Kim, pero el gato seguía tan silencioso como la tarde anterior. Keeper estaba tan antipático como siempre y le dio mucho quehacer: el lugar mostraba las huellas del Día de Juerga. Suzy se marchó en seguida, sin responder a sus preguntas acerca de Sweetheart u otros intentos de conversación. Drake y Fenner no habían regresado.

Spar barrió y Kim patrulló el local, sin dirigirse la palabra. Por la tarde se presentó Crown y estuvo hablando en voz baja con Keeper, sin que ni Spar ni Kim pudieran escuchar lo que decían. Era como si no estuviesen allí, para el caso que les hizo Crown.

Spar se interrogó sobre lo que había visto la noche anterior. Llegó a la conclusión de que realmente pudo ser una pesadilla. El haber reconocido de memoria a Sweetheart dejó de parecerle significativo. Había sido estúpido de su parte el pensar que Almodie y Kim pudieran ser vampiros, ni en sueños ni en la realidad.

El doctor había dicho que los vampiros eran meras supersticiones. Pero Spar no pudo seguir pensando. Los síntomas de resaca continuaban, aunque ahora menos violentos.

Cuando amaneció el Día de Ocio, Keeper dio permiso a Spar para ausentarse sin someterle previamente a un interrogatorio, como solía. Spar quiso llevarse a Kim, pero no consiguió localizar el bulto negro. Pensó que, bien mirado, valía más ir solo.

Se dirigió derecho al consultorio del doctor. Los pasillos no estaban tan desiertos como el Día de Ocio anterior. Una vez más se cruzó con el acostumbrado borrachín, quien soliloqueaba esta vez:

—¡Catedrales! ¡Cátedras y cataplasmas!

La escotilla del consultorio estaba abierta, pero el doctor no se encontraba allí. Spar aguardó largo rato, molesto por la luz cadavérica. No era propio del doctor el dejar su consultorio abierto y desatendido. Y la noche anterior no se había presentado en el Mesón del Murciélago, como casi había prometido.

Por último, Spar empezó a mirar a su alrededor. Una de las primeras cosas que observó fue que faltaba la gran bolsa negra que, según el doctor, contenía todos sus tesoros.

Luego se dio cuenta de que el paquete de plástico retráctil brillante donde el médico había guardado el molde de las encías de Spar, ahora contenía algo diferente. Lo descolgó del obenque. Contenía dos objetos.

Se hizo un corte en un dedo al tocar el primero de ellos, que era de forma semicircular, medio rosado y medio brillante. Lo palpó con más cautela, sin hacer caso de las gotas de sangre que dejaba flotando por el aire, y descubrió que tenía unas depresiones irregulares en

las partes sonrosadas, arriba y abajo. Entonces se lo introdujo en la boca. Sus encías encajaban con las irregularidades. Abrió la boca y luego la cerró, procurando mantener la lengua encogida. Se oyó un chasquido y un «clic».

¡Por fin tenía dientes!

Sus manos temblaban mientras palpaba el otro objeto, aunque esta vez no era por efecto de la resaca. Consistía en dos aros gruesos unidos por un puente, con otras dos varillas recias a ambos lados y dobladas en los extremos.

Sin saber muy bien lo que hacía, adaptó los aros a sus ojos, pasando los extremos de las varillas dobladas sobre sus orejas.

¡Podía ver claramente! Todo tenía contornos definidos, incluso sus manos con los dedos separados y... el coágulo de sangre en un dedo. Lanzó un grito —un prolongado alarido de sorpresa— y echó una ojeada por todo el consultorio. Docenas y docenas de objetos, todos de contornos perfectamente nítidos, al principio fueron demasiado para él. Cerró los ojos.

Cuando su temblor hubo remitido un poco y su respiración se normalizó, volvió a mirar cautelosamente y empezó a inspeccionar las cosas que colgaban de los obenques. Cada una de ellas era una maravilla, aunque muchas no sabía para qué podían servir. Algunas, que conocía por el uso o por tener de ellas una noción borrosa, le desconcertaron al revelársele su verdadero aspecto: un peine, un cepillo, un libro con sus páginas —con su infinidad de complicados signos negros—, un reloj de pulsera con los signos de Capricornio y Virgo en su esfera, así como los de Tauro, Piscis y los demás, con finas agujas radiales moviéndose a diferentes velocidades o aparentemente inmóviles y apuntando a los distintos signos zodiacales...

Antes de darse cuenta, se había acercado al panel de donde procedía el resplandor cadavérico. Haciendo acopio de valor, se volvió para mirarlo, viéndose obligado a prorrumpir en un nuevo grito de sorpresa. La luz lívida no era uniforme, aunque el panel ocupaba ahora casi la cuarta parte de su campo de visión. Sus dedos tocaron una especie de plástico rígido y transparente. Al otro lado —y con fundados motivos para sospechar que a muy gran distancia— destacaban en medio de la oscuridad numerosos... puntitos de luz brillante. Para él, un punto era una cosa aún más extraña que un contorno definido; sin embargo, le era forzoso dar crédito a lo que estaba viendo.

Pero en el centro, y dominando toda aquella oscuridad, había un disco muy blanco y ligeramente puntuado de zonas más o menos oscuras.

No parecía ser cosa eléctrica, y sin duda tampoco ardía como el fuego. Al cabo de un rato, se le ocurrió a Spar la extraña idea de que pudiera estar iluminado por otra fuente de luz aún más poderosa y situada detrás de Windrush.

No lograba concebir que existiera tanto espacio alrededor de Windrush. Era como pensar en una realidad más amplia, que contenía la realidad por él conocida hasta entonces.

Y, si Windrush se movía entre el disco brillante y la hipotética fuente de luz, la sombra de aquella debería quedar recortada sobre el disco. A menos que Windrush fuese infinitamente pequeña en comparación con el mismo. Realmente, todas estas especulaciones eran demasiado fantásticas para él. Pero, ¿podía haber algo demasiado fantástico? Hombres lobo, brujas, puntos, líneas, magnitudes y espacios inconcebibles hasta para la imaginación más desenfrenada.

La primera vez que había visto el disco blanco brillante, éste era perfectamente circular. Al mismo tiempo había escuchado los crujidos que siempre acompañaban al mediodía. Ahora el disco aparecía con uno de sus bordes un poco menguante, como si estuviera achatado. Spar se preguntó si se habría desplazado la hipotética incandescencia detrás de Windrush, o bien el

disco blanco habría girado, o por el contrario Windrush giraba alrededor del disco blanco. Tales pensamientos, y especialmente el último, casi producían un vértigo insoportable.

Se dirigió hacia la escotilla abierta preguntándose si debía cerrarla al salir. Decidió no hacerlo. El pasillo fue otra sorpresa, pues se prolongaba más y más y más, hasta que las paredes parecían juntarse... y a lo largo de las mismas había flechas. Las de color rojo apuntaban a babor, de donde él venía, y las verdes a estribor, hacia donde se dirigía. Para él no habían sido nunca sino manchas de color. Mientras tomaba impulso a lo largo del cable guía —una estacha extraordinariamente nítida— comprobó que el diámetro del corredor seguía siendo siempre el mismo, hasta llegar al pasadizo central violeta.

Le habría gustado avanzar hasta donde llegase el límite de las flechas verdes, a estribor, para verificar si existía la incandescencia supuesta por él, y también para fijarse en los detalles del extraño disco anaranjado oscuro que tanto solía inquietarle. Pero decidió que antes debería dar parte al Puente de la desaparición del doctor. Tal vez pudiera localizar a Drake. Y también tendría que informar la desaparición de los tesoros del médico, se recordó a sí mismo.

Los rostros de quienes pasaban junto a él le fascinaban. ¡Qué tumulto de narices y de orejas! Tropezó con una figura encorvada. Era una anciana cuya nariz casi le tocaba la barbilla. Estaba haciendo algo con dos varillas largas y un ovillo de hilo.

—¿Qué estás haciendo, abuela? —le preguntó.

La anciana resopló, indignada:

—Hago calceta.

Dicho esto se apartó sin dejar de refunfuñar. Spar quiso recuperar el cable guía cuando se dio cuenta de que ya estaba junto a la entrada del puente.

Cuando llegó vio miríadas de estrellas en lo alto. Los resplandores irisados no eran sino cuadros de luces multicolores que se encendían y apagaban de modo irregular. En cuanto a los silenciosos oficiales... parecían muy viejos. Miraban y gesticulaban de un modo mecánico. Parecían flotar en un estado de sonambulismo. Spar se preguntó si ellos sabían a dónde se dirigía Windrush... o si estaban enterados de lo que ocurría en Windrush más allá del Puente.

Un oficial joven y moreno, de cabellos rizados, flotó hacia él; hasta que le dirigió la palabra no reconoció al alférez Drake.

—Hola, abuelo. ¡Oye! ¿Sabes que pareces mucho más joven? ¿Qué es eso que llevas en la cara?

—Unos prismáticos. Me sirven para ver claro.

—Pero si los prismáticos tienen unos tubos. Vienen a ser como una especie de telescopio binocular.

Spar se encogió de hombros y refirió la desaparición del doctor y de su gran bolsa negra del tesoro.

—Pero, ¿no has dicho que bebe mucho y que según él sus tesoros eran sueños? Suena como si estuviese un poco mochales. A lo mejor está bebiendo en otra parte.

—El doctor era un cliente fijo. Siempre iba al Mesón del Murciélago.

—Bien, veré lo que puedo hacer. Por cierto, me han prohibido continuar la investigación que había iniciado en vuestro Mesón. Por lo visto ese Crown habló con algún tipo influyente. Los oficiales antiguos son más fáciles de convencer; no porque se dejen sobornar, sino que para no complicarse la vida escogen siempre la vía más cómoda. Fenner y yo no hallamos rastro de la vieja ni del perro pequeño, ni de mujer o animal alguno ni... de nada.

Spar le habló a Drake de cómo anteriormente Crown había intentado robarle la bolsita negra al doctor.

—Y tú crees que todo podría estar relacionado. Bien; tal como he dicho, veré lo que puedo hacer.

Spar regresó al Mesón del Murciélago. Resultaba muy raro ver con detalle la cara de Keeper. Parecía avejentado, y la mancha colorada del centro de su rostro no era otra cosa sino una narizota roja y estriada por numerosas venas. Sus ojos pardos eran más ávidos que curiosos. Le preguntó a Spar qué se había puesto en la cara, y éste decidió que sería más prudente no revelarle a Keeper que ahora lo veía todo con absoluta claridad.

—Es un nuevo modelo de bisutería facial, Keeper. ¡Maldita Tierra! Ya que no tengo ni un pelo en la cabeza, debo adornarme con algo, ¿no crees?

—¡No blasfemes, Spar! Sólo un borrachín como tú es capaz de gastarse sus créditos en un artilugio tan ridículo.

Spar no se molestó en replicarle a Keeper que todos los créditos ganados en el Mesón del Murciélago formaban un rollo no mayor que el hueco de la mano. Tampoco le habló de su éxito en abstenerse de la bebida, ni dijo nada de sus dientes, procurando mantenerlos ocultos detrás de los labios.

No se veía a Kim por ninguna parte. Keeper se encogió de hombros.

—Se habrá largado. Ya sabes cómo son esos animales vagabundos, Spar.

Sí, pensó Spar; lo raro era que se hubiese quedado tanto tiempo en semejante lugar.

Seguía maravillándose al comprobar cómo era el Mesón del Murciélago visto con todo detalle. Era un recinto formado por dos pirámides unidas por la base cuadrada. Los dos vértices eran el rincón morado a proa, y el púrpura a popa. Los cuatro rincones de la imaginaria base eran el verde a estribor, el negro abajo, el rojo a babor y el azul arriba, designándolos en el sentido de las agujas del reloj mirando a popa.

Suzy llegó a primera hora del Día de Juega. Spar se impresionó al comprobar su aspecto desaliñado y ver sus ojos inyectados en sangre. Pero le emocionaron sus manifestaciones de afecto, prueba de la fuerte amistad que había entre ellos. Por dos veces, aprovechando otros tantos descuidos de Keeper, Spar le cambió la bolsa de tinto casi vacía por otra llena. Ella le dijo que sí, que había conocido a Sweetheart y que sí, que según contaba la gente, Mable había visto cómo los vampiros se llevaban a Sweetheart.

Había poca animación para ser Día de Juega. No se presentó ningún cliente nuevo. Pese a una certidumbre instintiva que le atenazaba, Spar no desesperaba de ver entrar al doctor dando tumbos de un obenque a otro y haciendo comentarios sobre los artefactos que acababa de proporcionarle a Spar, para luego ponerse a hablar de los Antiguos Días y soltar los aforismos de su extraña filosofía.

Por la noche se presentó Crown con sus chicas, todas a excepción de Almodie. Doucette dijo que se había quedado en la cueva porque tenía jaqueca. Una vez más pidieron café para todos, aunque a Spar le pareció que venían bastante achispados.

Estudió sus rostros con disimulo. Aunque nerviosos y vivos, todos tenían en sus miradas una expresión parecida a la que había observado en la mayoría de los oficiales del Puente. El doctor los había calificado de cadáveres vivientes. Era interesante observar que lo que le habían parecido manchas en las caras de Panette y Doucette eran en realidad pecas... grupos de motas rojizas que destacaban sobre las pálidas mejillas.

—¿Dónde está el famoso gato que habla? —preguntó Crown, dirigiéndose a Spar.

Éste se encogió de hombros. Keeper intervino:

—Se ha extraviado. De lo cual me alegro; no me gusta tener aquí un felino capaz de armar trifulcas como la de anoche.

Sin apartar de Spar sus ojos de iris amarillento, Crown dijo:

—Nos parece que esa trifulca ha motivado la jaqueca de Almodie esta noche. Por eso no ha querido venir. Le diremos que has echado al gato-brujo.

—Si no lo hubiera hecho Spar, lo haría yo —terció Keeper—. ¿Cree el señor Juez que era un gato-brujo?

—Estamos seguros de ello. ¿Qué es ese trasto que Spar lleva pegado a la cara?

—Bisutería barata, Juez, de la especie que por lo visto gusta a los borrachos.

Spar tuvo el presentimiento de que aquella conversación había sido convenida de antemano; de que había un arreglo entre Crown y Keeper. Pero se limitó a encogerse otra vez de hombros. Suzy parecía indignada, aunque guardó silencio.

Sin embargo, volvió a quedarse cuando el Mesón del Murciélago cerró sus escotillas. Esta vez Keeper no le exigió que le acompañara, sino que bostezó y se limitó a lanzarle un guiño significativo antes de desaparecer por la escotilla. Spar verificó que todo estuviese bien cerrado y apagó las luces, aunque no importaba, pues ya se percibía la claridad del amanecer. Luego se reunió con Suzy, que había ocupado el obenque donde él solía dormir.

Ella preguntó:

—No habrás echado a Kim, ¿verdad?

Spar respondió:

—No. Se ha extraviado, como dijo Keeper al principio. No sé dónde está.

Suzy sonrió y rodeó a Spar con los brazos.

—Esas cosas que llevas en los ojos son muy bonitas —murmuró.

Spar dijo:

—Suzy, ¿sabías que Windrush no es el Universo? Es una nave que viaja por el espacio girando alrededor de un disco blanco que tiene manchas; un disco infinitamente más grande que la misma Windrush. ¿Lo sabías?

—Sé que a Windrush le llaman a veces La Nave. He visto ese disco... en reproducciones. Olvida esas ideas descabelladas, Spar, y toma lo que te ofrezco.

Spar lo hizo, principalmente por amistad. Se olvidó de unir su tobillo al obenque. El cuerpo de Suzy no le atraía. Estuvo todo el rato pensando en Almodie.

Cuando terminaron, Suzy se durmió. Spar se ató la venda sobre los ojos y trató de hacer lo mismo. Le molestaban los síntomas de la desintoxicación casi tanto como el último Día del Sueño. La ligera mejoría fue lo único que le disuadió de acercarse a la barra para coger una bolsa de Niebla de Luna. Luego sintió un súbito dolor en la espalda, como si tuviera un calambre, y sus síntomas empeoraron. Se dobló una o dos veces sobre sí mismo y luego, cuando el dolor amenazaba con volverse insoportable, se desmayó.

Al despertar, con fuerte dolor de cabeza, descubrió que no sólo su tobillo sino todas sus extremidades estaban atadas al obenque, las muñecas a un lado y los tobillos al opuesto. Tenía las manos y pies entumecidos y su nariz rozaba el obenque.

Notó un resplandor a través de los párpados. Entreabrió los ojos y vio a Hellhound vigilándole, con las patas traseras dobladas y apoyadas en un obenque cercano. Pudo ver claramente los poderosos colmillos del perro, dispuesto a saltar sobre su garganta al menor movimiento sospechoso.

Spar apretó las mandíbulas, notando sus afilados dientes de metal. Al menos, tenía algo mejor que las encías para replicar a un ataque cara a cara. Más allá divisó unas espirales transparentes y negras. Comprendió que estaba en la cueva de Crown. Evidentemente, el dolor que sintió en la espalda había sido debido a una inyección de droga.

Pero Crown no le había quitado la bisutería facial, ni se había fijado en su dentadura. Para él, Spar seguía siendo el viejo ciego y desdentado.

Entre Hellhound y las espirales, vio al doctor atado a un obenque con la gran bolsa negra enganchada a su lado. Le habían puesto una mordaza. Por lo visto había intentado gritar. Spar decidió no hacerlo. Los ojos grises del doctor estaban abiertos y a Spar le pareció que le estaba mirando.

Muy poco a poco, sus dedos entumecidos buscaron el obenque por encima del nudo que sujetaba sus muñecas, y tiró con todas sus fuerzas. Las ligaduras se deslizaron por el obenque, un milímetro hacia abajo. Mientras se moviese con lentitud suficiente, Hellhound no se fijaría. Repitió su acción a intervalos.

Con más lentitud aún, volvió el rostro a la izquierda. Sólo vio que la escotilla que daba al pasillo estaba cerrada, y que más allá del perro y del doctor, entre las espirales negras, había un camarote completamente desierto y sin amueblar, con un fondo de estrellas a estribor. La escotilla que conducía a ese camarote estaba abierta, mostrando la puerta de emergencia con su distintivo de rayas negras.

Cuando se volvió hacia la derecha, siempre lentamente como precaución para no ser asaltado por el perro, que espiaba el menor signo de movimiento, había logrado bajar dos centímetros el nudo que sujetaba sus muñecas.

Lo primero que vio fue un recuadro transparente. Dentro del mismo se veían más estrellas y, en la parte superior, el disco anaranjado oscuro. Por fin podía verlo con claridad. La parte oscura era la superior, y la inferior era la de color naranja. No parecía más grande que la palma de la mano de Spar. Mientras miraba, vio un súbito destello en la parte anaranjada. Fue un brillo breve que se convirtió de pronto en un punto negro. Spar experimentó una pena indefinible, esta vez más que nunca.

Entonces vio un espectáculo horrible. Suzy estaba atada a un bastidor metálico, muy pálida, y tenía los ojos cerrados. De un lado de su cuello salía un tubo aspirador rojo que terminaba en cinco ramales. Cuatro de ellos iban a las rojas bocas de Crown, Rixende, Phanette y Doucette. El quinto estaba cerrado con un pequeño clip metálico, y más allá del mismo flotaba Almodie, cubriéndose los ojos con las manos.

Crown dijo en voz baja:

—La queremos toda. Quitáselo todo, Rixie.

Rixende obtuvo el extremo de su tubo y flotó hacia Suzy. Spar creyó que iba a quitarle las bragas azules y los sostenes, pero en vez de esto se puso a masajear una de las piernas de Suzy, apretando siempre en sentido ascendente, de los tobillos hacia la cintura, para que la sangre restante fluyera hacia el cuello. Crown se quitó el tubo de los labios lo justo para exclamar:

—¡Ahhhh! Buena hasta la última gota.

Luego sorbió apresuradamente la sangre que se había dispersado mientras tanto y volvió a meterse el tubo en su lugar. Phanette y Doucette dejaron oír unas risitas convulsivas. Almodie atisbo por entre los dedos entreabiertos, y volvió a cerrar la mano en seguida.

Al cabo de un rato, Crown dijo:

—Ya no queda más. Phan y Doucie, echadla al triturador principal. Si os ve alguien en el pasillo, fingid que está borracha. Luego obligaremos al doctor a que nos dé una buena dosis, le daremos un trago si se lo merece, y nos beberemos a Spar.

Spar había acercado las muñecas a sus dientes. Hellhound vigilaba, incapaz de notar un movimiento tan lento. Tenía los colmillos llenos de baba, que formaba unas burbujas flotantes de color gris. Phanette y Doucette abrieron la escotilla y pasaron a través de ella el cadáver de Suzy.

Abrazando a Rixende, Crown se volvió hacia el médico. Parecía estar de humor parlanchín.

—¿Qué, viejo? ¿No te parece bien todo esto? Como dijo un sabio, el pez grande se come al chico. Ellos lo envenenaron todo allá —hizo un gesto hacia el disco oscuro y anaranjado, que estaba a punto de desaparecer del recuadro—. Todavía pelean, pero muy pronto estarán todos muertos. Por tanto, es de justicia que la muerte impere también en este armatoste ridículamente llamado nave de supervivencia. Recuerde que los llevamos a bordo. Cuando nos hayamos bebido la sangre de todos los habitantes de Windrush, terminaremos con la de ellos y hasta con la nuestra si es preciso.

Quiénes serán esos «ellos» de que hablaba Crown, pensó Spar. El nudo estaba ya junto a sus dientes. Oyó que el gran triturador empezaba a chirriar.

En el camarote vecino aparecieron Drake y Fenner, otra vez disfrazados de bebedores habituales, flotando hacia la escotilla abierta. Pero Crown también los había visto.

—¡A por ellos, Hellhound! ¡Es una orden! —azuzó, señalando con el dedo.

El gran perro negro saltó de su obenque y cruzó la escotilla como una bala. Drake le apuntó con algo y el animal flotó inerte.

Con una risotada, Crown cogió un extremo de una svástica cuyos bordes estaban afilados como hojas de afeitar, y la arrojó contra los intrusos, haciéndola girar con fuerte efecto. Pasó volando junto a Spar y el doctor, no acertó a Drake y Fenner... y golpeó la pared de estrellas.

Hubo una intensa corriente de aire, y al instante la puerta de emergencia se cerró de golpe, condenando la escotilla. A través de la ventanilla transparente, Spar vio que Drake, Fenner y Hellhound vomitaban sangre, se inflaban y en seguida estallaban en una explosión sanguinolenta. El habitáculo de Crown estaba deformado; el casco de Windrush acababa de sufrir una nueva modificación.

A lo lejos, cada vez más diminuta, la svástica volaba hacia las estrellas.

Phanette y Doucette regresaron.

—Hemos eliminado a Suzy. Alguien se acercaba y tuvimos que darnos prisa. El gran triturador dejó de funcionar.

De un mordisco, Spar cortó las ligaduras de sus muñecas e inmediatamente se dobló sobre sí mismo para deshacer las de sus tobillos.

Crown se lanzó hacia él, y las cuatro chicas hicieron lo mismo después de sacar unos cuchillos.

Phanette, Doucette y Rixende quedaron flotando, completamente laxas: Spar tuvo la impresión de que rebotaban en sus cráneos unas pequeñas bolas negras. No había tiempo para soltarse los pies, por lo que se incorporó. Crown chocó contra su pecho, mientras Almodie le cortaba las ligaduras de los tobillos.

Crown y Spar dieron una voltereta alrededor del obenque. Spar intentó propinarle a Crown un rodillazo en la ingle, pero éste lo esquivó mientras ambos volaban hacia la pared del compartimiento.

Entonces se oyó el «clic» de la navaja de Crown al abrirse. Spar alcanzó la muñeca morena y la sujetó con fuerza, enviando un cabezazo a la mandíbula de Crown. Este se volvió para esquivarlo; Spar clavó los dientes en la nuca de Crown y mordió.

La sangre regó el rostro de Spar. Escupió un bocado de carne. Crown se estremeció y Spar le arrebató la navaja, pero su adversario ya estaba inmóvil, flojo.

Spar sacudió la cabeza para quitarse la sangre. A través de los goterones flotantes vio a Keeper y a Kim, uno al lado del otro. Almodie estaba agarrada a sus tobillos. Phanette, Doucette y Rixende flotaban.

Keeper dijo orgullosamente:

—Lo hice yo, con la pistola para defenderme de los borrachos. Las he dejado sin sentido. Ahora podemos cortarles el pescuezo, si quieres.

—Nada de eso. Basta ya de sangre —dijo Spar.

Desprendiéndose de las manos de Almodie, se acercó a donde estaba el doctor, cogiendo de paso el cuchillo de Doucette, que flotaba por el aire. Cortó las ligaduras del médico y le libró de la mordaza.

Mientras tanto, Kim silbaba:

—A Keeper le pissspé losss créditosss de la cajija y losss essscondí. Entonsssssss le dijije que ssse losss habíasss quitado tú, Sssspar. Tú y Sssussyy. Por essso vino. Keeper esss un sssonssso.

Keeper dijo:

—Vi el pie de Suzy que aún sobresalía del triturador. Lo reconocí por la esclava de corazones de oro. Después de eso, me sentí con fuerzas para liquidar a Crown o a quien fuese. Yo amaba a Suzy.

El doctor carraspeó y gruñó:

—¡Un poco de Niebla de Luna!

Spar halló una bolsa triple, que el doctor vació de un tirón. Luego dijo:

—Crown decía la verdad. Windrush es una nave de supervivencia, construida de plástico y procedente de la Tierra. La Tierra —hizo un gesto hacia el disco anaranjado que se eclipsaba hacia la parte superior de la ventanilla— se envenenó a sí misma con la contaminación y la guerra nuclear. Gastó oro para la guerra y plástico para la supervivencia. Más vale olvidarlo. En Windrush nos volvimos locos. Es comprensible, incluso sin la infección por la rickettsia del Leteo, o las fiebres Estigias como vosotros las llamáis. Se llegó a creer que Windrush era todo el Universo. Crown me secuestró para apoderarse de mis drogas, y me dejaba vivir para que le dijera las dosis.

Spar miró a Keeper:

—Limpia esto —le ordenó—. Y lleva a Crown al triturador.

Almodie se acercó de nuevo a Spar y le rodeó la cintura con los brazos.

—Hubo una segunda nave de supervivencia: Circumluna. Cuando Windrush enloqueció, mi padre y mi madre, así como tú, fuisteis enviados aquí para investigar y hallar remedio. Pero mi padre murió y tú contrajiste las fiebres Estigias. Mi madre murió antes de que yo fuese entregada a Crown. Fue ella quien te envió a Kim.

Kim silbó:

—Misss antepassadosss también llegaron a Windrusshshsh desssde Ssscircumluna. Mi bissabuela me enssseñó lasss sssifrasss de Windrushshsh... Orrrbita desssde el sssentro de la Luna, dosss mil quinientasss millasss. Período, sseissss horasss; porr essso loss díass ssson tan cortoss. Un terranth es el tiempo que tarda la Tierra en passsar por una consstelassión, y assí ssussessivamente...

El doctor dijo:

—Así pues, Spar, tú eres el único que puede recordar sin prejuicios. Tendrás que hacerte cargo de todo. Es todo tuyo, Spar.

Y a Spar no le quedó más remedio que darle la razón.

LA GRANJA DE LOS ANIMALES

Alfred Bester

Este título, así como la situación descrita en el relato, evocan inmediatamente la dramática novela alegórica de Orwell Rebelión en la granja. Aunque en este probable homenaje a la parábola orwelliana, Bester describe una «entente» entre los animales y los humanos bastante más cordial.

Fui a la granja de los animales.
Las aves y las bestias estaban allí
A la luz de la luna,
el gran mandril
estaba peinando su pelo dorado.
El mono se emborrachó
y se subió a la trompa del elefante.
El elefante estornudó
y cayó de rodillas.
Pero ¿qué fue del mono?
Canción infantil tradicional

Hay una elevada colina en Bucks County, Pennsylvania, llamada la Colina Roja, debido a que está formada de esquisto de ese color. Sobre la cumbre de la colina hay una granja abandonada, conocida como la granja de la Colina Roja. Quedó desierta hace muchos años, cuando los hijos de los granjeros llegaron a la conclusión de que había mucha más excitación y entretenimiento en las ciudades.

La granja de la Colina Roja tiene una vieja casa de piedra con gruesas paredes, suelos de madera de roble y enormes chimeneas en las que, hace doscientos años, se cocinaba la comida. Detrás de ella hay un ahumadero con techo de pizarra en el que se colgaban los jamones. Hay un pequeño establo rojo atestado de cosas olvidadas, como trineos de los niños y trozos de arneses de las caballerías, y hay también un gran establo rojo que es la Gran Escuela Roja.

Aquí, las señoras y caballeros que poseían la granja de hecho, si no de derecho absoluto, celebraban reuniones durante el día y durante la noche para discutir los problemas sobre presagios y para educar a sus hijos. Pero deben comprender que ellos hablaban el lenguaje de las criaturas, que muy pocos humanos pueden oír o entender. La mayoría de nosotros lo aprendemos cuando somos jóvenes, pero lo perdemos a medida que va siendo sustituido por el lenguaje humano. Hay aún unos pocos seres raros capaces de hablar ambos lenguajes y de eso trata nuestra historia.

Las reuniones que se celebran en la Gran Escuela Roja están gobernadas por el Presidente, un gallo de cuello anillado que es todo pompa y pavoneo. Cuando los demás se refieren secretamente a él, le llaman «el maníaco sexual», porque mantiene un harén de cinco gallinas. El Profesor es un ratón blanco que se escapó de los laboratorios de la Universidad Rutgers, después de tres años de intensa educación. Cree estar calificado como doctor en filosofía, y pronunció una disertación sobre el tema «La importancia del agua caliente para la ciencia».

George Washington Marmota es el incomparable supervisor de la granja de la Colina Roja. Conoce cada pulgada de sus cuarenta acres, y es el árbitro de todas las disputas territoriales. El

Conejo Anciano, a quien ocasionalmente se le llama «jefe de la sección de exploradores», es el mentor de la moralidad y se siente siempre muy alarmado por la libertad y los excesos de la juventud de la Colina Roja.

—No permitiré —dice siempre— que la Colina Roja se convierta en otra Woodstock.
—También deplora mucho la música moderna.

Hay otros muchos miembros de la Gran Escuela Roja, ciervos que tienen actitudes muy cariñosas, pero que en realidad son terriblemente estúpidos. Los intelectuales les llaman los Debutantes. Moisés Topo, que está virtualmente ciego como todos los topos, acosa continuamente al Profesor para que le enseñe astronomía.

—Pero... ¿cómo puedo enseñarte astronomía si ni siquiera puedes ver las estrellas?

—No quiero ser un astrónomo dedicado a la observación. Quiero ser un astrónomo matemático, como Einstein.

Parece como si el Profesor tuviera que introducir un curso sobre las nuevas matemáticas.

También hay un cardenal y un trillador pardo, que tienen temperamentos humildes y que siempre se están metiendo el uno con el otro. Al cardenal se le llama Su Eminencia, desde luego, mientras que al trillador pardo se le conoce con el apodo de Jack Johnson. Ciertamente Jack Johnson tiene un carácter detestable, pero canta maravillosamente y dirige clases vocales con regularidad. Por otra parte, la voz de Su Eminencia no puede ser considerada más que como malísima.

La gallina Caldea es una fugitiva de una incubadora situada bajando el camino y es una chica realmente confusa. Es una Leghorn blanca y tuvo la desgracia de descubrir a temprana edad que Leghorn era un lugar situado en Italia. En consecuencia, habla un galimatías que ella cree un italiano fluido.

—¡Ah, caro mío! —dice—. ¿Comestá? Benny, espero. Grazie. Y con meeyo también está benny.

Se le llama la Caldea porque es una versada en astrología, lo que enrabia al Profesor.

—¡Ah! Tú nunca serás simpático con él. Tú eres Gasitorius y él es Zapicornio.

Los miembros más inteligentes de la Gran Escuela Roja son los cuervos, que son ingeniosos y locuaces y cuyas conversaciones suenan como una reunión nocturna y abierta en un restaurante teatral. Desgraciadamente, no son respetados por el establishment, que los considera como «simples máscaras» que siempre están tratando de tomar algo prestado —que nunca se devuelve— y que llevan adelante serias discusiones como en una función cómica. Tiene que admitirse que, cuando dos cuervos se juntan, comienzan a comportarse como hombres en busca de un interlocutor, convulsionándose con antiguas frases hechas.

—¿Quiénes te agradan más, los antiguos o los nuevos escritores?

—Mi hermano ha cogido eso.

—Ha cogido, ¿qué?

—Neuritis¹.

Y, a continuación, se escuchan varios graznidos.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Tengo cinco, gracias.

—No me des las gracias, amigo. No me des las gracias.

Y vuelven a escucharse varios graznidos.

¹ La frase en inglés “new writers” (nuevos escritores) suena muy parecido a neuritis. (Nota del revisor digital)

Fue durante una tarde de mayo, cuando la luz se prolonga y las sombras se prolongan aún más, que el Presidente penetró en la Gran Escuela Roja, atendido por su harén. Estaba allí todo el mundo, profundamente involucrado en una discusión sobre una proposición planteada por el Profesor. Se trataba de si debían establecer un ferrocarril subterráneo, algo como hicieron los abolicionistas, para permitir que otros escapados alcanzaran la libertad. Moisés Topo, que tiene bastante poca imaginación, estaba señalando que para él resultaría extremadamente difícil excavar túneles lo bastante grandes como para que pudieran pasar vagones de ferrocarril.

—En cierta ocasión vi uno, y son grandes como casas.

Jack Johnson estaba pinchando a Su Eminencia para que diera lecciones de vuelo a todos los refugiados, sin tener en cuenta su raza, credo o especie. Dos cuervos negros estaban graznando. En resumen, era una de las reuniones típicas del Establo Rojo.

—Os he convocado para daros noticias importantes —dijo el Presidente—. Yo digo, cok cok, con inteligencia vital. Flora, siéntate. ¡Oh, lo siento! Frances, ¿te sientas...? ¿Felicía? ¡Oh, Phyllis! Sí. Bastante. Cok cok. Siéntate, Phyllis. Esta mañana un Cadillac ha subido por el camino que conduce a la granja de la Colina Roja...

—Doscientos treinta y cinco coma nueve metros —dijo Geo W. Marmota—, que van del este al sudeste. Latitud...

—Sí, sí, mi querido George. Era seguido por un Volvo que contenía...

—¿Qué te gusta más, un Cadillac o un Volvo?

—Mi padre la tiene.

—¿Qué es lo que tiene tu padre?

—Condición caduca².

Graznidos.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Por favor! Esto es muy serio. En el Cadillac iba un agente de bienes raíces. En el vehículo extranjero iban un hombre, una mujer y un niño extremadamente pequeño, cuyo sexo no ha sido determinado todavía. Es mi juicio, cok cok, he dicho, mi opinión mesurada, que nuestra granja está siendo mostrada para su venta.

—Mayo e mes muy malio para la compra —declaró la gallina Caldea—. Las decisiones importante deben estar reservato para el signo de Jémima.

—La palabra es Géminis —espetó el Profesor—. Lo menos que puedes hacer es mantenerte en línea con tus supersticiones.

—Eres un ratón chauvinista —replicó miss Leghorn—. Y voy a formar un Cuerpo de Gallinas.

—Sí, sí, querida. Y yo seré el primero en contribuir a tu valiosa causa. No pongas esa mirada, Frances... ¡Oh, Fifi! No hay ninguna necesidad de crear un Movimiento de Liberación de Gallinas. Tú ya estás liberada. Cok cok. Y ahora, señoras y caballeros, nos vemos envueltos en, yo digo, estamos lanzados a una lucha por la conservación de nuestra propiedad. No debemos permitir que ningún extraño (yo diría usurpador) nos invada. Tenemos que convertir la zona en lo menos atractiva posible, y eso exigirá sacrificios.

—Cita uno que tú estés dispuesto a realizar —dijo el Profesor.

—Citaré varios. Señoras —y el Presidente se dirigió exclusivamente a las conejas—, les ruego no permitáis que nadie os vea. El animal humano siempre queda prendado de vuestra belleza y encanto.

² Cadillac y *caduca* suenan similar en inglés. (Nota del revisor digital)

Los Debutantes se echaron a reír encantadoramente.

—Mi querido jefe de la sección de exploradores —siguió diciendo el Presidente, dirigiéndose al conejo Anciano—, lo mismo se puede decir de ti y de toda tu tropa. Por favor, desapareced hasta que recibáis más noticias. Ya no habrá más congresos de exploradores en el césped. Yo, desde luego, haré un sacrificio similar. Ocultaré mi radiante magnificencia. Cok cok.

—Yo siempre estoy oculto —dijo Moisés Topo.

—Hay que estar seguros. Hay que estar seguros. Pero veamos una cosa, Moisés, ¿te sería posible socavar todos los cimientos, elevando esos terraplenes ocultos? Tendrás que redoblar tus esfuerzos, pero eso nos ayudaría mucho.

—Pediré a los hermanos de Topo Anónimo que echen una mano.

—Espléndido. Espléndido. Y ahora, George W., te pido esto como un favor especial. ¿Serías tan amable de abandonar tu invaluable inspección por el momento, yo digo, cok cok, temporalmente, y comerte los narcisos?

—No me agrada su sabor.

—No le culpo de nada —observó el conejo Anciano—. Son verdaderamente repugnantes.

—Pero visualmente muy atractivos para el ojo humano. En realidad, no tienes que devorarlos, George; sólo tienes que cortarlos y masticarlos un poco. Yo haré lo mismo con las lilas, al amparo de la oscuridad, desde luego, y mis queridas esposas me asistirán.

—¿Y qué hay de mí y de Su Eminencia? —preguntó Jack Johnson.

—Su Eminencia permanecerá fuera de la vista, pero se pondrá a cantar. Tú permanecerás a la vista, pero no cantarás.

—Soy tan hermoso como ese jesuita.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres mostrarnos? Un paso adelante —respondió el cardenal.

—Caballeros, caballeros. Por favor. Estamos coordinando un ataque general. Ahora, nuestros miembros de Equidad de Actores continuarán sus estragos de costumbre, concentrándose en los manzanos, los perales y los melocotoneros.

—Deberíamos comernos también el grano.

—No voy a comerte, abuela³.

Graznidos.

—Miss Leghorn permanecerá fuera de la vista. No hay nada más atrayente para el animal humano que una gallina meditando en un día de verano. ¡Oh! Y Jack, muchacho, ¿te encargarás de avisar al sinsonte? No hay nada más atrayente que un sinsonte cantando su serenata en una noche de verano.

—¿Por qué no se une a nosotros?

—Se lo he pedido muchas veces, y siempre se ha negado. Creo que ahora se negará a ser forzado.

—Le perseguiré durante todo el camino hasta Canadá.

—Yo continuaré supervisando toda la campaña desde mi puesto de mando en el habitáculo de Preda..., ¡ah!, en el de Frances..., ¡ah!... desde mi propio puesto de mando, bajo el macizo de lilas. Les aseguro, señoras y caballeros, que no podemos fracasar. Se levanta la sesión.

³ *Grain* (grano) y *granny* (abuela) suenan similar en inglés. (Nota del revisor digital)

Fracasaron, desde luego. Los que llegaron de la gran ciudad echaron dos vistazos a la granja de la Colina Roja y quedaron prendados de ella. Vieron los agujeros en miniatura que Moisés Topo había excavado, y les encantaron.

—Los topos tienen sus derechos —dijo el esposo.

Vieron después a George W. diezmado los narcisos.

—Las marmotas tienen sus derechos —dijo la esposa—. Al año que viene plantaremos suficientes para nosotros y para ella.

El cok cok del Presidente, que hacía todo lo que podía para destruir las lilas, casi les puso en éxtasis. Vieron fúgicamente a las conejas y a sus pequeñuelos, ocultos en los bosques, y todo les encantó.

—¿Crees que nos permitirán vivir aquí, con ellos? —preguntó la esposa.

Compraron la granja a un precio elevado —mil dólares el acre— con la ayuda de una hipoteca; se cambiaron a sus posesiones y tomaron residencia en ellas. Casi inmediatamente se oyeron martilleos y aserramientos en el interior de la casa, y se vieron despojos en el exterior, colgados de un cordel que pendía entre un par de robles.

Eran una familia de cuatro. El amo de la casa era una gata birmana, toda ella bronceada y morena, con ojos dorados, que dirigía las cosas con mano imperiosa. Después, estaban el humano y la humana y un niño de dos años que dirigía a la gata. La noticia de la presencia de la gata perturbó bastante a la Gran Escuela Roja, que no se siente contenta con los animales de presa. Todos ellos son vegetarianos, y la gallina Caldea ha formado una asociación denominada COPT, que son las siglas de Comida Orgánica Para Todos. En opinión del Profesor, miss Leghorn es un ser ineducable.

—No, no es nada de lo que preocuparse —aseguró George W. a los reunidos—. Ella es de la realeza.

—¿De la realeza?

—Tuve una larga conversación con ella a través de la puerta de pantalla. Es una especie de princesa birmana, y si los birmanos hubieran sido cazadores, se habrían alimentado con ella.

—Eso es lo que ella dice. Y detrás de una puerta.

—No. La ayudé a abrirla y mantuvimos una conversación muy amistosa hasta que salió la señora, la cogió y la metió en el interior de la casa. Estaba loca.

—¿Por qué?

—Bueno, parece que estos tipos birmanos son de una clase muy elevada y no la dejan salir. Temen que coja la hemofilia o algo así. La princesa está bastante sola. Tendríamos que hacer algo por ella.

—La hemofilia no es contagiosa —dijo el Profesor—. Se trata de una característica congénita transmitida a través del cromosoma femenino.

—Está bien. Será leucemia o algo así.

—¿Qué me dices de la familia?

—La princesa me dice que están un poco como perdidos. El apellido es Dupree. El se llama Constantine y ella Constance, así es que se llaman Connie el uno al otro, y la princesa nunca sabe con quién están hablando.

—¿Y el niño?

—Es un chico, y tiene seis nombres.

—¿Seis?

—Le llaman según una cierta clase de poema, que creo refleja una escena bastante despreciable. Se llama James James Morrison Morrison Weatherby George.

—Eso sólo son cuatro nombres —objetó el Profesor.

—Pero, desde un punto, de vista matemático —empezó a decir Moisés Topo—, se trata de realidad de...

—Está bien, está bien. Seis. ¿Qué edad tiene?

—Dos años.

—¿Y qué hace?

—No mucho. Se arrastra por todas partes.

—¿A los dos años? Es de progreso muy lento. ¿Qué hace el padre?

—Es un editor.

—¿Y qué es eso?

—Ya sabes, esos trozos de papel que vemos a veces con cosas impresas en ellos, como Salsa de Tomate, peso neto 300 gr.; o bien Pall Mall Famous Cigarettes...

—¿Y?

—La princesa dice que alguien tiene que estar a cargo de la impresión. Ése es un editor.

—¿Qué hace ella?

—¿Quién?

—La otra Connie.

—Hace una pasta con comida y la pone en un papel.

—¿Hace qué?

—Eso es lo que dijo la princesa.

—¿Hace pasta con comida y la pone en un papel?

—La princesa dice que tiene muy buen sabor.

—Eso no es hacer pasta con comida y ponerla en un papel —dijo el Profesor—. Ella está haciendo pinturas —después, volviéndose hacia Geo Marmota, añadió—: En mi opinión, tu amiga, la princesa birmana, es una imbécil.

—Quiere encontrarse contigo. Connie, el hombre, también estudió en Rutgers.

—¿Y sigue yendo, ahora? ¿Era Phi-Beta-Kappa? No importa. Quizá podamos arreglar algo.

—Él no habla nuestro lenguaje.

—Eso es algo muy malo. ¿Puede aprender? ¿Cuántos años tiene?

—Unos treinta.

El Profesor sacudió la cabeza y dijo:

—Un ciudadano mayor. Demasiado tarde.

En ese instante, uno de los que estaban de vigilancia dijo:

—Algo divertido está ocurriendo mientras se dirige al establo.

Todos ellos le miraron.

—Algo se está acercando —explicó.

Todos miraron a través de la ranura existente en la puerta del establo. Una criatura curiosa, rosada y desnuda, estaba arrastrándose a gatas a través del prado, avanzando en su dirección.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó Moisés Topo.

—Dirección sur suroeste —le dijo George W.

—¿Qué es?

—¡Es un monstruo! —gritó miss Leghorn.

El Monstruo se arrastró hasta ellos, atravesando la pared por la hendedura, se detuvo, jadeó y descansó. Después, observó a los reunidos. Y todos los reunidos le examinaron a él.

—Es James James Morrison Morrison Weatherby George —dijo Marmota—. Le vi dando un abrazo a la princesa.

—Ba... —dijo agradablemente el Monstruo.

—Evidentemente, es un inculto —dijo el Profesor de mal humor—. No puede hablar. Terminemos aquí la sesión.

—Yo puedo hablar —dijo James, con su lenguaje infantil—. ¿Por qué te muestras tan arisco conmigo?

—Mi querido Monstruo —se disculpó elegantemente el Profesor—. No tenía ni la menor idea. Te ruego me perdones.

—Ba... —dijo James.

—Pero, desde luego —explicó el Ratón Blanco—, la ciencia siempre encuentra la explicación. Él puede hablar con nosotros, pero no puede hablar a los de su propia especie.

—Ba... —dijo James.

—Tienes que aprender a hablar nuestra lengua, muchacho —dijo Jack Johnson.

—Creemos que es listo en cualquier lengua —dijeron los Debutantes, riéndose disimuladamente.

—Señoras —dijo entonces el Monstruo—. Os agradezco el generoso cumplido. No soy más que un alma simple, pero no soy impenetrable a la lisonja procedente de unas damas tan gloriosas como vosotras. En este tumultuoso mundo de conflicto y confrontación, es un verdadero alivio para una criatura solitaria como yo saber que aún hay seres capaces de relacionarse y comunicarse con los demás.

—Su primitiva elocuencia me llega al corazón —dijo un cervatillo, pasando sus ojos sobre James.

—¿En dónde diablos has aprendido ese divertido discurso? —preguntó uno de los vigilantes.

—En los editoriales de mi padre —contestó James con una mueca—. Se los lee en voz alta a mi madre.

—Honrado y modesto —dijo el jefe de exploradores—. Eso me agrada.

—Eh, Monstruo... ¿qué te parece vivir con los tipos humanos? ¿Es diferente?

—No lo sé. Nunca he vivido con ningún otro ser.

—¿Qué me dices de la princesa? Esa tipa birmana.

—¡Oh! Ella no es más que una coqueta. Es de un carácter viscerotónico, lo que significa que actúa por motivaciones instintivas, antes que por motivaciones intelectuales.

—¡Vaya! —exclamó Jack Johnson.

—¿También está eso en los editoriales? —preguntó uno de los vigilantes.

—Así es. Lo que quiero decir, damas y caballeros, es que ésta es la primera oportunidad que he tenido de mantener una conversación racional con otros seres.

—¿Es que tus padres no hablan contigo?

—¡Oh, sí! Pero cuando les contesto, no me escuchan.

—Eso es porque tú hablas Nosotros, y ellos hablan Ellos.

—¿Sabéis? —dijo el Profesor—. Creo que este Monstruo simplista puede tener algún potencial. Creo que le aceptaré como uno de mis estudiantes en Artes y Ciencias.

—Aquí viene uno de los dos Connies —advirtió entonces Su Eminencia.

—Está bien. Sal, Monstruo. Te veremos mañana. Que alguien le empuje para hacerle pasar a través de la puerta.

La madre de James le recogió e inició el camino de regreso hacia la casa.

—Querido, has hecho una magnífica exploración. ¡Qué bonito es que no tengamos que preocuparnos por los coches! ¿Has descubierto algo?

—En efecto, he descubierto algo —contestó James—. Existe una brillante hermandad de aves y bestias en el Gran Establo Rojo, que me ha dado la bienvenida y se me han ofrecido

amable y voluntariamente para iniciar mi educación. Todos ellos son verdaderas personalidades y muy divertidos. Me llaman Monstruo.

Estaba hablando el lenguaje de las criaturas, por lo que su madre no pudo ni escucharle ni comprenderle. Así pues, expresó un «Ba» final, aunque se sintió muy extrañado por el hecho de que su madre no pudiera entenderle. Y éste es el terrible conflicto de nuestra verdadera historia.

Y así fue como comenzó la educación de James Dupree, tanto dentro como alrededor de la Gran Escuela Roja.

—La música alcanzó su cúspide durante la época barroca —dijo Jack Johnson—. Con Telemann, Bach, Mozart. Sin embargo, el más grande, el que más me atrae, fue Vivaldi. Tenía verdadero músculo. ¿Comprendéis? Muy bien. Ahora, lo que tienes que recordar es que estos gatos han hecho unas afirmaciones. Y tienes que darte cuenta de que no sólo se escucha música; hay que hacerla, lo que significa que tienes que mantener una conversación con los artistas. ¿De acuerdo? Tú escuchas sus afirmaciones y después les contestas. Te muestras de acuerdo con ellos, no discutes. De eso se trata.

—Gracias, señor.

—Eso está muy bien. Y ahora, escuchemos cómo pronuncias el Do.

—A medida que profundizamos más y más —dijo Moisés Topo—, descubrimos que, desde el punto de vista matemático, la temperatura aumenta a medida que se profundiza. Pero los hermanos del norte me dicen que ellos han descubierto una capa helada permanente que ha quedado desde la época glacial. Ese dato es muy interesante. Significa que la última glaciación no ha terminado todavía en el sentido matemático. ¿Has visto alguna vez un iceberg?

—No, señor.

—Me gustaría excavar hasta llegar al fondo de un iceberg para comprobar la temperatura.

—Pero ¿no estaría eso muy frío, señor?

—¿Frío? ¿Frío? ¡Bah! El frío es mejor que pastillas para la energía.

—Gracias, señor.

—Déjame ver tu mano —le pidió miss Leghorn—. Benny. Benny. La línea de la vita es forte. ¡Ah! Pero la línea de Venus, del amourismo está rota en multo lugares. Me temo que vas a tener una desgraciada vida amorente, caro mío...

—Repíte después de mí —dijo el Conejo anciano—. Por mi honor.

—Por mi honor.

—Haré lo mejor para cumplir con mi deber.

—Haré lo mejor para cumplir con mi deber.

—Por Dios y mi país.

—Por Dios y mi país.

—Y para obedecer la ley *scout*.

—Y para obedecer la ley *scout*.

—Ayudaré a otras gentes en todo momento.

—Ayudaré a otras gentes en todo momento.

—Y me mantendré físicamente fuerte.

—Y me mantendré físicamente fuerte.

—Mentalmente despierto.

—Mentalmente despierto.
—Y moralmente recto.
—Y moralmente recto.
—Bien. Ahora eres oficialmente un novato. Mañana empezarás a aprender los nudos.
—Perdone, señor, ¿qué significa moralmente recto?

—Y ahora, obsérvame —dijo la Debutante—. Primero das un paso y después otro y después das un paso y después otro y entonces te encontrarás bailando. Y ahora, inténtalo.

—Pero ni siquiera puedo andar, señora.

—Eso es cierto —se apresuró a contestar la Debutante—. Si es así, ¿cómo vas a poder bailar? ¿Quieres que suspendamos esto por el momento? Dime una cosa, ¿qué libros has leído últimamente?

—Mi profesor en Rutgers —dijo el ratón blanco—, me enseñó todo lo que sé. Era un Phi-Beta-Kappa. Decía que siempre nos veíamos enfrentados con problemas en las humanidades y en las disciplinas científicas, y que el paso más importante a dar consiste en decidir si se trata de un problema de complejidad o de perplejidad. Y ahora pregunto: ¿conoces la diferencia?

—No, señor. Me temo que no.

—Hum.

—Señor, ¿cuál es la diferencia?

—George Marmota quiere decirte algo sobre supervivencia.

—No puedo comprender por qué dijo eso el Profesor —observó Geo W.—. La topografía puede representar una línea de trabajo muy molesta. No se la desearía ni a mi peor enemigo.

—Entonces, ¿por qué la hace, señor?

—No lo sé. Supongo que quizá porque soy el único tipo sombrío que se divierte con ella. Pero tú no eres un chico sombrío. Tú eres un chico muy animado.

—Gracias, señor. ¿Por qué no me pone a prueba y ve si a mí me gusta también?

—Bien, está bien, teniendo muy en cuenta que no estoy tratando de inculcarte esto.

—Lo entiendo, señor.

—Bien. Y ahora, una verdadera tarea de topografía no se puede realizar a menos que hayas determinado tu posición por la latitud y la longitud. La posición del sol te proporciona la latitud, mientras que la hora te ofrece la longitud. ¿Lo has comprendido?

—Pero no puedo saber qué hora es.

—Claro que puedes saberlo, muchacho. Dispones de un reloj biológico.

—No sé lo que es eso, señor.

—Todos nosotros lo tenemos. Dime ahora, con rapidez, ¿qué hora es?

—Justo antes de la cena.

—¡No! ¡No! ¿Qué hora es desde que el sol llegó a su cénit, o sea desde que alcanzó su mayor altitud en el cielo, al mediodía? ¡Dímelo con rapidez! En horas, minutos y segundos. Sácalo de tu propia cabeza.

—Las seis horas, diecisiete minutos y cinco segundos.

—Y tres segundos. Te has equivocado por ochocientos metros —dijo el Incomparable Topógrafo, dando una generosa palmadita en el hombro de James—. Eres un chico brillante y dispones de tu reloj biológico. Mañana mediremos los límites de la granja.

—Damas, yo digo, cok cok, las mujeres son cambiables. Nunca olvidemos eso. No podemos vivir con ellas y tampoco sin ellas. Como dijo el gran poeta: cuando mi gallina va vestida de seda, entonces, entonces, pienso en lo suavemente que fluye la licuefacción de sus ropas. Esto, tengo un poco de miedo de que seas demasiado joven para la segunda *stanza*, que, por decir lo menos que se puede decir, es un poco obscena.

—Sí, señor.

—Y ahora, llegamos a la cuestión del momento —dijo el Presidente—. Supongo que no serás daltónico.

—No lo sé, señor.

—La percepción de los colores es esencial para la supervivencia. Muy bien, te pondremos a prueba. ¿Cuál es el color de esa flor?

—Es el color de un iris.

—Eso ya lo sé. Pero ¿cuál es el color? El nombre. El nombre.

—¿Azul? —dijo James, aventurando.

—Es azul marino purpúreo. ¿Y el de ese tulipán?

—¿Rojo?

—Es cereza. ¡Mi joven amigo! ¡Supervivencia! ¡Supervivencia! ¿Y el de esas lilas?

—Lila, señor.

—¡Ah! Ahora sí que estás mostrando algo de percepción. Muy bien. Mañana estudiaremos el RAAVAAV.

—No sé lo que es eso, señor.

—Son las letras iniciales de los colores del espectro —contestó severamente el Presidente, marchándose con paso airado y una actitud afectada.

—¡Eh, muchacho!

—¿Sí, Su Eminencia?

—¿Cuál de ellos es tu padre?

—El más alto, señor.

—¿Y qué hace?

—Bueno, habla mucho, Su Eminencia, y yo también le escucho mucho.

—¿De qué habla?

—Prácticamente de todo. De ciencia y de la situación de la Nación. De la sociedad, la ecología, de libros, ideas, del teatro...

—¿Qué es eso?

—No lo sé, señor. También cocina mucho cuando está en casa, pero la mayor parte de eso lo hace en una lengua extraña.

—¿De veras? Dime, muchacho, ¿crees que existe alguna posibilidad de que me haga algo dulce? Me muero por el dulce.

No todo era dulzura y luz perpetua en la Gran Escuela Roja; de vez en cuando, se producían momentos desagradables.

Hubo un momento en el que James se arrastró de una forma maniática. Había pasado una mala noche, debido a un exceso de pastel de chocolate con crema batida que había comido durante la cena, y se sentía cansado y abatido. Rechazó las graciosas sugerencias de las Debutantes. Hizo carantoñas mientras el Profesor estaba leyendo. Mostró un carácter bastante imposible de soportar. Sólo pronunció una palabra. No era lenguaje de criatura, sino humano,

pero no fue «Ba», sino que fue «¡Maldición!». Después, comenzó a lloriquear. Las criaturas, que nunca lloran, se le quedaron mirando, llenas de perplejidad.

—¿Qué está haciendo?

—Está llorando —explicó la voz de la princesa birmana, que acababa de entrar en el establo—. Espero que perdonéis la intrusión, pero me las he arreglado para salir y le he seguido. Hola, George. Tienes un aspecto muy elegante hoy. Tú debes de ser el Profesor. James nunca me dijo que fueras tan distinguido. El Presidente y Su Eminencia están magníficos, como siempre. No os puedo decir cuántas veces os he admirado a través de las ventanas.

—Cok cok. Se lo agradezco a Su Alteza.

—Tú tampoco tienes mal aspecto. Vamos, James. Regresamos a casa.

—Pero... ¿es que está enfermo? —preguntó el Profesor.

—No. Sólo está un poco fuera de sí. Ya sabéis que tiene un temperamento fuerte, heredado de su madre, que es bastante bohemía. Vamos, James. Regresamos a casa.

La princesa empezó a coquetear con James, haciéndole cosquillas con su pelo suave, pero apartándose unos pocos pasos cada vez que el niño intentaba abrazarla. James se fue arrastrando tras ella, saliendo de la Escuela, y empezó a atravesar el prado en dirección a la casa.

—Estará bien mañana —dijo ella—. Tenéis un lugar encantador aquí. Adiós a todos.

—Ya te dije que era un verdadero ser de la realeza —observó George W.

Y llegó un momento en que uno de los vigilantes penetró en la Escuela, cantando:

—¿Cómo les vais a mantener en la granja después de que lo hayan visto? —Examinó a los reunidos con ojos legañosos, balanceándose ligeramente—. Estáis todos pasados —les informó—. Estáis todos borrachos.

Y después sintió náuseas.

—¿Qué sucede con nuestro entretenimiento, digo yo, amigo actor? —preguntó el Presidente.

—Las bayas de uno de los matorrales han fermentado —explicó el otro vigilante—, y no pude impedirle que se las comiera. Está terriblemente borracho.

—¡Actores! —explotó el Conejo anciano—. Que esto sea una lección para ti, James. Bueno, no os quedéis pasmados. Que alguien lo saque de aquí y dé un paseo con él.

—¿Señor?

—¿Sí?

—La manguera está rociando los rosales. Si le colocamos bajo el chorro de agua fría...

—Eso sí que es mantenerte mentalmente despierto. Llevad a este payaso por cualquier medio y ponerlo debajo del chorro de la manguera. Sólo espero que se siente en una espina.

—Connie —le dijo Constance a Constantino—. Estoy preocupada por Jamie.

—¿Por qué?

—¿No debería ir ya al jardín de infancia?

—¿Por qué?

—Parece que está encerrado.

—Aún no tiene tres años. ¿Qué quieres que sea, Connie? ¿Un niño prodigio que entre en Harvard a los diez y quede arruinado para toda la vida? Quiero que James crezca como un niño normal y saludable, sin que nadie fuerce su mente prematuramente.

—Si me permite, profesor —dijo James—, me gustaría mostrarme en desacuerdo con mi erudito colega, Moisés Marmota, sobre la teoría cosmogónica de la Gran Explosión.

—Cosmológica —le corrigió el Ratón Blanco.

—Gracias, señor. La idea de un gigantesco protoátomo explotando para producir el universo en expansión, tal y como lo conocemos en la actualidad, es realmente muy atractiva; pero, en mi opinión, es una pura invención. Yo creo en la teoría del Estado Permanente... según la cual nuestro universo se está renovando constantemente a sí mismo con el nacimiento de nuevas estrellas y galaxias a partir del hidrógeno primordial.

—Pero, ¿cuál es tu prueba? —preguntó Moisés Topo.

—La ecuación eterna —contestó James—. Energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz elevada a la segunda potencia.

—¿James? ¡Jamie! —llamó una voz en lenguaje humano—. ¿Dónde estás?

—Discúlpeme, Profesor —dijo James con amabilidad—. Me están llamando.

Se dirigió gateando hacia la hendedura de la puerta del establo y la atravesó con dificultades.

—¡Ba...! —gritó, en lenguaje humano.

—Tendremos que abrir más esa puerta —dijo el Profesor con irritación—. Ha crecido. ¿Por qué diablos no habrá aprendido a andar? Ya tiene edad suficiente. Cuando yo tenía su edad, ya tenía nietos.

Los conejos y cervatillos se echaron a reír.

—Ha terminado la clase —dijo el Profesor; después, dirigiéndose a Moisés Topo, añadió—: ¡Tú y tu teoría de la Gran Explosión! ¿Por qué no me puedes ayudar a conseguir microscopios para nuestro seminario de biología?

—Porque no me he encontrado ninguno debajo de la tierra —contestó razonablemente Moisés—. De hecho, no reconocería uno aunque lo viera. ¿Podrías describir matemáticamente un microscopio?

— $E=mc^2$ —espetó el Profesor, marchándose.

Se encontraba en un terrible estado mental y era una verdadera suerte que no tocara ahora realizar exámenes en sus clases. Habría suspendido a cada uno de sus estudiantes.

El Profesor estaba profundamente preocupado por James James Morrison Morrison, que había pasado los dos años de edad y ya tendría que estar andando y hablando como un ser humano. Tuvo una sensación de culpabilidad, y se dirigió hacia la charca de los patos para llevar a cabo un autoexamen.

—Ahora estoy solo —dijo el Ratón Blanco.

Los patos reales chapotearon hacia él para echarle un vistazo, pero los ignoró. Todo el mundo sabe que los patos son incapaces de apreciar un solemne soliloquio.

—La cualidad de la sabiduría no exige un esfuerzo excesivo. Cae del cielo como suave lluvia. Así pues, ¿quiénes somos nosotros, simples absurdos, para luchar contra los ángeles? Todo lo que pido, James, es que me recuerdes. Hoy es el día del Padre. Quien sobreviva a este día se pondrá de puntillas cuando se cite este día y festejará anualmente a sus vecinos. Los viejos olvidan, pero ¿acaso no es mejor soportar las hondas y flechas de la terrible fortuna?

Después, inició algo que estaba entre un gruñido y una canción:

*En los bancos del viejo Raritan,
muchachos míos,
donde seguirá estando la vieja Rutgers,
pues, ¿acaso no ha estado allí
desde los tiempos del diluvio,*

en los bancos del viejo Raritan?

Sintiéndose mucho mejor, el Profesor regresó a la Gran Escuela Roja para preparar su primera lección sobre matemáticas modernas.

—Cero —se dijo a sí mismo—. Uno. Diez. Once. Cien. Ciento uno...

Estaba contando en aritmética binaria.

Mientras tanto, James James Morrison Morrison había terminado de comer —ensalada de pollo, una rebanada de pan con mantequilla, leche y zumo de manzana— y estaba arriba, en su habitación, durmiendo teóricamente la siesta, pero manteniendo en realidad una soñolienta conversación con la princesa, que se había instalado cómodamente junto a su pecho.

—Te quiero —dijo James—. Pero eso tú ya lo das por sentado. Todas las mujeres sois iguales.

—Eso es porque lo amas todo, James.

—¿Es que no debería hacerlo así todo el mundo?

—Desde luego que no. Todo el mundo debería quererme a mí, pero no a todo lo demás. Eso reduce mi rango.

—Princesa, ¿eres realmente una princesa birmana?

—Creía haberte oído decir que me amabas.

—Pero es que da la casualidad de que sé que has nacido en Brooklyn.

—Esas son cosas de la política, James, de la política. Mi padre, que fue también un almirante, se vio obligado a huir de Birmania de improviso. Apenas si pudo echar unos cuantos rubíes en un maletín de vuelo, y después llegó a Brooklyn.

—¿Y por qué a Brooklyn?

—Porque el avión fue secuestrado.

—¿Qué es un rubí?

—Pregúntaselo a tu Profesor —espetó la princesa.

—¡Ja, ja! Celosa. Estás celosa. Sabía que te había cogido.

—Y ahora, ¿quién está dando algo por sentado?

—Yo. Súbete un poco hacia mi cuello, princesa. No puedo respirar.

—Eres un cerdo chauvinista masculino —dijo la princesa, mientras le complacía—. Yo soy simplemente tu símbolo sexual.

—Dime una cosa, ¿por qué no te unes al Movimiento de Liberación de Gallinas de miss Leghorn?

—¿Yo? ¿Y qué tengo que ver yo con las gallinas?

—Me he dado cuenta de los ojos con que miraste la ensalada de pollo. No actúes como si no supieras de lo que estoy hablando; te vi sobre la mesa cuando mamá estaba lavando los platos. Pensé que la mayonesa era terrible.

—Era comercial.

—¿No puedes enseñarle a mamá a hacer una buena mayonesa?

—¿Yo? ¿Y qué tengo yo que ver con las cocinas? Eso lo dejo para el servicio.

—¡Ja, ja! ¡Te he vuelto a coger!

—Te odio —dijo la princesa—. Te detesto y te aborrezco.

—Me amas —dijo James James tranquilamente—. Me amas y estás perdida por mí. Te tengo en mis manos.

—¿Hay algún otro gato en el Establo Rojo?

—No —contestó James riendo—. Tú eres la única princesa que existe en la Colina Roja.

Se produjo entonces un ruido estrafalario en el exterior, unos gruñidos y chillidos que procedían de las voces de las criaturas.

—¿Qué es eso? —preguntó James.

La princesa se acercó a la ventana a toda prisa, y regresó.

—Sólo son un par de perros, que están jugando con George Marmota —informó perezosamente—. Y ahora, tal y como estábamos diciendo sobre mí...

—¿Jugando? No me parece que estén jugando, por lo que oigo. Será mejor que vea yo mismo lo que pasa.

—James, ya sabes que no puedes andar.

—Pues ahora voy a andar estupendamente bien.

James James se arrastró hasta el borde de la cama y cayó al suelo. Después, se agarró al borde de la cama y se levantó con un esfuerzo. A continuación, se dirigió vacilante hacia la ventana.

—No están jugando. Al contrario, George se encuentra en una mala situación.

James salió de la habitación, apoyándose en las paredes y en los marcos de las puertas, y se las arregló para bajar las escaleras, sentándose en cada uno de los escalones, abrió la puerta con la cabeza y se encontró sobre el prado suave que había frente a la casa. Andando, balanceándose, cayendo y volviéndose a levantar, avanzó poco a poco hacia el Incomparable Supervisor, que estaba siendo destrozado por dos salvajes perros callejeros.

Cuando James se arrojó sobre George W. para protegerle, gruñeron, dispuestos a morder, sintiéndose lo bastante preparados como para arrojarse sobre los dos. James les golpeó, desafiándoles y maldiciéndoles en la lengua de las criaturas, utilizando unas palabras tan terribles que no pueden ser transcritas aquí. La exhibición de coraje y decisión desanimó a los perros callejeros, que finalmente dieron media vuelta y se marcharon trotando como si todo aquello no hubiera sido más que un juego.

James se levantó con esfuerzo, recogió a George en sus brazos y comenzó a caminar tambaleándose hacia el Gran Establo Rojo.

—Gracias —le dijo George.

—¡Bah! Cállate —replicó James.

Cuando llegaron a la Escuela, todo el mundo estaba allí. En la Colina Roja no sucede nada que escape a la atención de todos. James James se sentó sobre su grueso trasero, sosteniendo aún al Supervisor entre sus brazos. Las Debutantes emitieron sonidos de simpatía.

—¡Cazadores! ¡Matones! —gruñó el conejo Anciano—. Nadie está a salvo de ellos. Todo es culpa de los Corazones Sangrantes⁴. «Compréndelos. Sé amable con ellos. Ayúdales». ¿Ayudarles a qué? A matar.

—La granja de la Colina Roja es un triángulo —dijo Geo W. débilmente—. Mide exactamente uno coma seis acres de área. Se extiende hasta la propiedad de al lado, donde vive Paula, la cerda. Decidle a Paula que debe respetar nuestros límites, que tiene que hacerlo...

—Se lo diré —dijo James, y empezó a llorar.

Cogieron el cuerpo de la marmota de entre sus brazos y lo llevaron a los bosques, donde dejaron a George expuesto al tiempo y a la naturaleza. Las criaturas no entierran a sus muertos.

James seguía sentado en la Gran Escuela Roja, sollozando en silencio.

⁴ Alusión a ciertas sociedades protectoras de animales, que velan más por las mascotas que por la fauna en peligro. (Nota del revisor digital)

—El muchacho es un verdadero hombre —dijo uno de los vigilantes.

—Sí, está muy triste ahora. ¿Viste la forma en que luchó contra esos perros? Eran dos contra uno.

—Sí. Vaya muchacho, vaya. Ahora, todo ha pasado. Oye, ¿has oído hablar del tipo que entró en una carnicería, y perdóname la expresión? —dijo uno de los vigilantes a su compañero—. «Quisiera una libra de riñones, por favor». «Querrás decir riñones, ¿verdad?». «Bueno, dije riñones», respondió el primero. «¿Es que le he secuestrado algo?»⁵. ¡Oh, qué divertido! ¡Di-ver-tido! ¿Eh, muchacho?

—Tendremos que meterlo en la charca, cok cok, yo digo, tendremos que sumergirlo allí —dijo el Presidente—. Está cubierto con la sangre de George, y las dos liebres harán preguntas.

—Querrás decir los Connies⁶.

—No importa. ¿Serán nuestras jóvenes Debutantes lo bastante amables como para llevar a nuestro valiente amigo a la charca y...?

—Ahora ya puedo andar —dijo James.

—Sólo para estar seguros. Sólo para estar seguros. Y metedle dentro de la charca. Cok cok. Y ofrecedles mis disculpas a los patos reales, a quienes puede disgustar la intrusión. Si me permites decir, mi querido muchacho, yo digo, me permito afirmar en nombre de todos nosotros, que te damos la bienvenida como un miembro completamente aceptado de nuestra comuna. Es un privilegio contar entre nosotros con un espécimen de tu especie, cok cok. Estoy seguro de que mi valioso amigo, el Profesor, estará de acuerdo.

—Es mi mejor alumno —admitió de mala gana el Ratón Blanco—, pero voy a tener que trabajar mucho con él si es que aspira a ser admitido alguna vez en Rutgers.

—¡Oh, Jamie! Te has vuelto a caer en la charca.

—Ba... —dijo el héroe.

Aquella fue otra mala noche para James. Se sentía terriblemente impresionado por la muerte de George. Se encontraba en un dilema a causa del comentario del jefe de exploradores sobre los perros, porque se sentía tan orgulloso de los perros como lo estaba de todas las criaturas.

—Hay perros buenos y perros malos —se decía una y otra vez a sí mismo—, y no tenemos que juzgar a los buenos por los actos de los malos. Creo que el conejo Anciano estaba equivocado, pero ¿cómo se puede equivocar un jefe de exploradores?

»Es una cuestión relacionada con el imperativo categórico. Los buenos actos conducen a buenos resultados. Los actos malos conducen a malos resultados. Pero... ¿puede lo bueno llevar a lo malo, o lo malo a lo bueno? Mi padre podría contestar ésa pregunta, pero que me condenen si le pregunto en su lenguaje. Y él no hablará el nuestro.

En aquel momento el profundo y sordo rumor de los murciélagos empezó a irritarle. Las voces de las criaturas tienen un tono mucho más alto que las voces humanas, de modo que el agudo chillido de un murciélago, que así suena a los oídos humanos, parece un estampido bajo para el oído de la criatura. Esta es otra de las razones por las que la mayor parte de los seres humanos no pueden hablar en el lenguaje de las criaturas.

James se acercó a la ventana.

⁵ *Kidney* (riñón) y *kidnap* (rapto, secuestro) son palabras similares en inglés. (Nota del revisor digital)

⁶ *Coney* (liebre) y *Connie* (diminutivo de Constantine y de Constance) suenan similar en inglés. (Nota del revisor digital)

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo—. Disolveos y marchaos de aquí.
Uno de los murciélagos revoloteó hasta la ventana y se enganchó allí.
—¿Qué te pasa, muchacho? —retumbó.
—Baja el tono de voz, ¿quieres? ¿O pretendes despertar a toda la casa?
—Ellos no pueden oírnos.
—Yo sí que te puedo oír.
—¿Cómo puede ser? No hay muchos humanos que puedan.
—Eso no lo sé, pero puedo oírte, y estáis haciendo tanto ruido que no puedo dormir.
—Lo siento, viejo, pero tenemos que hacerlo.
—¿Por qué?
—Bueno, en primer lugar porque somos seres nocturnos, ¿lo sabías?
—Sí, ¿y qué?
—En segundo lugar, porque no vemos muy bien.
—Moisés Topo tampoco ve muy bien y no arma tanto escándalo.
—Sí, pero Moisés trabaja bajo tierra, muchacho. No tiene ni árboles, ni establos, ni edificios de los que preocuparse. ¿Lo sabías? Y lo último que deseamos que suceda es chocar contra algo. Se llevaría a cabo una investigación y estoy seguro de que alguien perdería su licencia.
—Pero ¿qué tiene eso que ver con el ruido?
—Es nuestro sonar.
—¿Qué es el sonar?
—¿Sabes lo que es el radar?
—Sí.
—Pues el sonar es como un radar que actúa con sonido. Lanzas un grito y, cuando los ecos llegan hasta ti, sabes dónde se encuentra cada cosa.
—¿Sólo por el eco?
—Así es. ¿Quieres intentarlo? Vamos. Espera un momento. Nada de engaños. Cierra los ojos. Y ahora actúa con el sonar.
—¿Qué debo gritar?
—Cualquier cosa que quieras.
—¡PREGONAMOS! —gritó James.
El murciélago hizo una mueca de dolor.
—He oído tres ecos —dijo James.
—¿Cómo eran?
—Pregonamos.
—Eso era la granja grande.
—Pregón.
—El ahumadero.
—Pregona.
—El roble. Estás captando el truco, muchacho. Y ahora, ¿por qué no practicas un poco? Eso no nos molestará a nosotros. Ninguno de nosotros utiliza esos nombres, excepto un chiflado del sur que siempre grita «Carlsbad».

Más adelante, James se enamoró. Fue una pasión loca, que le consumía, dirigida hacia la candidata que menos se podía esperar. Obedeciendo la última advertencia del moribundo George Marmota, se dirigió hacia los límites de la propiedad para pedirle a Paula, la cerda, que respetara los límites.

Fue un amor a primera vista. Paula era blanca, con manchas negras, o negra con manchas blancas —era del tipo chino Poland—, y su peso era muy superior al normal. A pesar de todo, James la adoraba. Le llevaba brazadas de manzanas del huerto, que ella comía metódicamente, sin darle siquiera las gracias. A pesar de todo, James la amaba. Se convirtió en un motivo de desesperación para la Gran Escuela Roja.

—Muñeco enamorado —espetó el Profesor.

—Es un buen ejemplo de ese chiste sobre «mi esposa es tan gruesa» —dijo uno de los vigilantes.

—El matrimonio está completamente descartado —dijo el Conejo anciano—. Ella le dobla la edad.

—Y también le dobla el peso, por lo menos.

Graznidos.

—Si se atreve a traer aquí a esa mujer —dijeron las Debutantes—, no le volveremos a dirigir la palabra.

Cuando estaba en el interior del establo, James soñaba y se mostraba despistado.

—Preparado para el seminario de biología —dijo.

—Hoy tocan matemáticas —espetó el Profesor con una mirada crítica.

—Sí, Paula.

—Yo soy el Profesor.

—Lo siento, señor.

—Comenzaremos con una revisión de la aritmética binaria. Confío en que todos recordaréis que el sistema decimal utiliza la base diez. Contamos del uno al diez, del diez al veinte, del veinte al treinta, etcétera. El sistema binario, en cambio, está basado en el cero y el uno. Cero es cero. Uno es uno. Pero dos es diez. Tres es once. Cuatro es cien. ¿Cuál sería entonces cinco, James?

—Cien y Paula.

—Se suspende la clase.

A partir de entonces, James comenzó a faltar a las clases.

—Se suponía que ayer debíamos haber comenzado una excavación —informó Moisés Topo—, pero él no apareció por aquí.

—A mí me cortó mi sesión de oratoria —dijo Jack Johnson.

—Ese chico se está apartando de nosotros.

—¿Os habéis dado cuenta de cómo se peina? —preguntaron las Debutantes.

—¡Oh, vamos! —exclamó Su Eminencia—. Si el chico desea algo ardientemente, ¿por qué no podemos...?

—El chico se comportará de un modo moralmente recto —le interrumpió fijamente el jefe de exploradores.

—Esto no se puede solucionar con fórmulas simplistas —dijo el Profesor—. Aquí hay implicadas emociones y el cerebro nunca está relacionado en términos lingüísticos con el cerebelo.

La situación se resolvió por sí misma una tarde en que James, cuidadosamente peinado y cepillado, llevó otra brazada de manzanas a su amada. Paula las devoró tan impasible como siempre, mientras James permanecía sentado, mirándola devotamente. Al parecer, aquella tarde Paula tenía un hambre excesiva, porque cuando James comenzó a acariciarla, ella intentó

devorarlo. James sacó de un tirón el brazo de su boca, y retrocedió, lleno de horror y desilusión.

—¡Paula! —exclamó—. Sólo me amas por mí mismo.

—*Khonyetchna* —gruñó Paula en cirílico.

James regresó a la Gran Escuela Roja de un sombrío humor. Desde luego, todo el mundo había visto aquel desagradable incidente, y todos hicieron lo que mejor pudieron para mostrarse ante James con mucho tacto.

—Mañana habrá fisiología —dijo el Profesor—. Discutiremos el equilibrio de iones de hidrógeno en la sangre.

—Sí, señor.

—Tenemos que empezar a conocer a los compositores modernos, muchacho.

—Sí, señor.

—Ya sabes que el esquisto es una roca que contiene petróleo —dijo Moisés Topo—. Pero ¿por qué no hay petróleo en el esquisto rojo? Tiene que existir una razón matemática que lo explique.

—Intentaremos encontrarla, señor.

—Saca el pecho y actúa como un hombre —dijo el jefe de exploradores.

—Lo estoy intentando, señor.

—Es mucho mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca —dijo el Presidente.

Entonces, un cervatillo se situó junto a James y murmuró:

—Está bien. Sentimos mucho que eligieras a la chica incorrecta, pero eso le tiene que ocurrir a todo hombre por lo menos una vez. Así es como se encuentra a la mujer adecuada.

James rompió a llorar y gritó y gritó por su amor perdido, mientras el cervatillo le acariciaba, pero al final se sintió curiosamente aliviado.

—James —dijo el Profesor—, tenemos que hablar seriamente.

—Sí, señor. ¿Aquí?

—No, ven al bosquecillo de sauces.

Y se dirigieron al bosquecillo de sauces.

—Ahora estamos solos —dijo el Profesor—. James, tienes que empezar a hablar a tu padre y a tu madre. Sé que puedes hacerlo. ¿Por qué no lo haces?

—Que me condenen si lo hago, señor. Ellos no hablarán con nosotros. ¿Por qué debo hablar con ellos?

—James, ellos no saben cómo hablarnos. ¿No estás siendo injusto?

—Podrían intentarlo.

—Y estoy seguro de que lo harían si tuvieran una clave, pero no la tienen. Y ahora, escúchame. Tú eres nuestro único lazo de unión con ellos. Te necesitamos, James, como diplomático. Tu padre y tu madre son personas muy agradables; no han cazado ni matado a nadie en la Colina Roja, y están plantando muchas cosas. Todos nosotros vivimos juntos muy agradablemente. Admito que tu madre pierde la paciencia con el jefe de exploradores y con su tropa porque no se apartan de su camino cuando ella sale a tender la ropa, pero eso sucede porque ella tiene un carácter bohemio. Ya sabemos que los artistas son seres impredecibles.

—No hablaré con ella —dijo James.

—Tu padre es un intelectual de mucho calibre y fue a Rutgers. Tú has traído a la Escuela muchas de sus ideas y especulaciones, que son estimulantes y apreciadas. Con toda justicia, deberías permitirle saber lo muy agradecido que le estamos.

—Él no me creará.

—Pero, por lo menos, deberías hablar con él.

—No hablaré con él. Es viejo, viejo, viejo y aferrado a las tradiciones. Es un cubo. Está atrapado en una sociedad estructurada.

—¿De dónde has sacado eso?

—De mi padre.

—Bien, entonces... ¿lo ves?

—No, no lo veo —dijo James tercamente—. No hablaré con ellos en su lenguaje. Primero tienen que intentar hablar el nuestro.

—En otras palabras, ¿quiere eso decir que has optado por nosotros?

—Sí, señor.

—¿Hasta llegar a la exclusión de ellos?

—Sí, señor.

—Entonces, no hay nada más que decir.

—Connie —le dijo Constance a Constantino—, tenemos que hablar muy seriamente.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿De qué?

—De Jamie.

—¿Qué pasa con Jamie?

—Es un niño problemático.

—¿Cuál es su problema?

—Va retrasado.

—¿Volverás a empezar con eso? Vamos, Connie. Ha aprendido a andar. ¿Qué más quieres?

—Pero no ha aprendido a hablar.

—¡Hablar! ¡Hablar! ¡Hablar! —Constantino parecía como si estuviera maldiciendo—. ¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras! He vivido toda mi vida con ellas, y las odio. ¿Sabes lo que son las palabras? Son como balas que utiliza la mayoría de la gente para cargarse a los demás. Las palabras son armas para los asesinos. El lenguaje debería ser la poesía más maravillosa de la comunicación, pero lo hemos degradado, lo hemos envenenado, lo hemos corrompido hasta convertirlo en algo hostil, utilizándolo continuamente en una competición entre ganadores y perdedores. Y el ganador nunca es el hombre que tiene algo que decir; el ganador es siempre quien tiene el revólver más rápido de todo el Oeste. Esas son las simples palabras que tengo que decir sobre las palabras.

—Sí, querido —dijo Constance—, pero nuestro hijo tendría que estar disparando palabras a estas alturas, y no lo está haciendo.

—Espero que no llegue a hacerlo nunca.

—Tiene que hacerlo, y nosotros tendremos que llevarle a una clínica; es un autista.

—Autismo —dijo el Profesor— es una inmersión anormal en la fantasía, en detrimento de la realidad externa. He conocido a muchas víctimas de laboratorio que han sido empujadas hacia ese estado deplorable mediante diabólicos experimentos.

—¿Se puede expresar eso en términos matemáticos? —preguntó Moisés—. No puedo seguir tus palabras.

—¡Ah, sí! Cok cok. Yo mismo tengo alguna ligera dificultad para entenderlo. Estoy seguro de que nuestro valioso amigo será lo bastante amable como para simplificar.

—Está bien —admitió el Ratón Blanco—. Él no hablará.

—¿No hablará? ¡Por el amor de Dios, si no podemos pararle! Ayer mismo se enzarzó conmigo en una disputa de dos horas sobre las reglas de orden de Robert, y...

—No hablará lenguaje humano.

—¡Oh! ¡Ah!

—La cuestión es si puede —dijo la Gallina Caldea—. Muchos de los que han nado bajo el signo de Torso encuentran difícil hacerlo...

—¡Tauro! ¡Tauro! Y tranquilízate. Puede hablar, pero no quiere.

—¿Qué es una fantasía? —preguntó Moisés.

—Una alucinación.

—¿Y qué es eso?

—Algo que no es real.

—¿Quieres decir que él no es real? Pero si le vi ayer y...

—No tengo la intención de discutir aquí la metafísica de la realidad. Los que estéis interesados en saberlo, podéis seguir mi curso sobre Tesis, Antítesis y Síntesis. La situación con James es muy simple. Habla con nosotros en nuestro propio lenguaje; se niega a hablar con sus padres en su lenguaje; ellos están alarmados.

—¿Y por qué están alarmados?

—Porque creen que es un autista.

—¿Se piensan que es irreal?

—No, Moisés —dijo el Profesor pacientemente—. Ellos saben que él es real. Pero creen que padece un obstáculo de tipo psicológico que le impide hablar el idioma humano.

—¿Saben que habla con nosotros?

—No.

—Entonces, ¿por qué no se lo decimos? En ese caso, todo quedará bien.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—No puedo hablar con ellos.

—¿Es que hay aquí alguien que sepa?

No hubo respuesta.

—Ya ves adónde lleva tu brillante sugerencia —dijo el Profesor—. Y ahora, llegamos a la encrucijada de la situación. Van a enviarle a una escuela especializada.

—¿Qué le pasa a nuestra escuela?

—¡Ellos no saben nada de nuestra escuela, bobo! Quieren que vaya a una escuela donde pueda aprender a hablar inglés.

—¿Qué es eso?

—El idioma que ellos hablan.

—¡Oh!

—Bien, cok cok, como nuestro más estimado y valioso erudito que eres, seguramente no podrás oponer ninguna objeción a ese programa, mi querido Profesor.

—Hay un dilema —dijo sombríamente el Ratón Blanco.

—Di cuál es, yo digo, descríbelo y veremos, cok cok, veremos cómo nos las arreglamos.

—Está tan acostumbrado a hablar con nosotros, que me temo no llegará a aprender a hablarles a ellos.

—Pero ¿por qué tendría que desear hablarles, mi querido amigo?

—Porque tiene Rutgers ante sí, en el futuro.

—¡Ah, sí! Claro está. Tu querida alma máter. Pero sigo sin desentrañar la cuestión, yo digo, sigo sin comprender la dificultad básica.

—Vamos a tener que hacerle cambiar.

—¿Qué has dicho?

—Vamos a tener que dejar de hablarle. Tenemos que romper la costumbre que tiene de hablar con nosotros, de modo que pueda así aprender a hablar con ellos. Nadie puede hablar ambas lenguas.

—No querrás decir que hay que destruirlo todo, ¿verdad, Profesor?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. ¿No comprendéis? No importa adónde vaya, siempre se encontrará con otros como nosotros. Tenemos que romper su costumbre. Y ahora. Por su propio bien. —El Profesor empezó a pasearse de un lado a otro, con enojo—. Llegará a olvidarse de cómo se habla con nosotros. Le perderemos. Ése es el precio que hemos de pagar. Mi mejor alumno. Mi favorito. Tal como es ahora, nunca podrá llegar a ser un Phi-Beta-Kappa.

Las Debutantes parecían estar desesperadas.

—Queremos mucho a ese muchacho —dijeron—. Es un ser lleno de alegría.

—No lo es —afirmó el conejo Anciano—. Se puede confiar en él, es leal, amistoso, cortés, amable, obediente, cariñoso, ahorrativo, valiente, limpio y respetuoso.

—Me lo dijo todo sobre E igual a M por C elevado a la segunda potencia —dijo Moisés—. Eso me permitió comprender algo. Eso cambiará el mundo.

—Acuario —dijo miss Leghorn profundamente.

—Es una lata, una preocupación, una molestia, un..., un humano —espetó el Profesor—. No pertenece a nuestra Escuela. No queremos tener nada que ver con él. Nos venderá tarde o temprano. ¡Destruíd! ¡Destruíd! —se detuvo, desmoronándose por completo—. Yo también le quiero, pero tenemos que ser valientes. Vamos a perderle, pero tenemos que ser valientes en beneficio suyo. Y será mejor que alguien advierta de esto a la princesa.

James James Morrison Morrison abrió un poco más la puerta del establo y penetró en la Escuela. No cabía la menor duda de que sentía un gran orgullo al poder andar. De una forma un tanto extraña, era como un reflejo del pavoneo del Presidente.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dijo, tan cortés como siempre.

Las Debutantes se sorbieron la nariz, y se marcharon.

—¿Qué diablos les pasa? —preguntó James con curiosidad. Se volvió después hacia el Topo y añadió—: Tío Topo, acabo de escuchar algo en la casa que te interesará. Parece ser que el modelo de Newton sobre el universo se desmorona. El tiempo no es reversible desde el punto de vista matemático, y...

En aquel momento, Moisés dejó de escuchar y se escabulló bajo tierra.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó James.

No hubo respuesta. Todos los demás habían desaparecido también. El largo y terrible silencio acababa de empezar.

El pollo se pavoneó, acompañado por su harén y, al pasar junto a él, ignoró a James. Martha W. Marmota, que se había hecho cargo de las tareas de George —era su nuera—, también ignoró a James. Por allí no se podía ver ni al Profesor, ni al jefe de exploradores. Los conejos y los cervatillos se habían escondido en el bosque. Moisés Topo decidió comenzar antes su período de hibernación. Jack Johnson se dirigió hacia el sur para pasar el invierno y, de repente, Su Eminencia trasladó su residencia al territorio de Paula. Los cuervos no resistieron el desafío de un espantapájaros *art nouveau*, situado en una granja enclavada a casi dos kilómetros de distancia, y también se marcharon. James James había quedado abandonado.

—¿Quieres leerme la palma de la mano? —le preguntó a miss Leghorn.

—Cloc cloc —replicó ella.

—Princesa —preguntó—, ¿por qué razón nadie quiere hablar conmigo?

—Meou —replicó ella.

James había sido abandonado.

—Bueno, al menos ha aprendido a andar —dijo el doctor Rapp—, y eso es una prognosis favorable. Lo que me extraña es que pueda ser autista en una casa tan articulada. Podría uno pensar... Alto. Tengo una idea. ¿Es posible que su hogar sea tan articulado que su autismo no sea más que una negativa a competir con sus mayores?

—Pero no hay ninguna clase de competencia en nuestro hogar —dijo uno de los dos Connies.

—No capta usted el potencial de la idea. En nuestra sociedad, si uno no gana, ha perdido. Ese es nuestro mayor error contemporáneo. James puede muy bien sentir miedo al fracaso.

—Pero si sólo tiene tres años de edad...

—Mi querida señora Dupree, la competencia comienza ya en el vientre materno.

—No en mi caso —dijo Connie con indignación—. Yo tengo el vientre más rápido de todo el Oeste.

—Sí. Y ahora, si me permite, comenzará la primera lección. Abra esa puerta. Gracias —el doctor Rapp apretó un botón del intercomunicador—. Tráigame un vaso de zumo de naranja.

Cuando tuvo ante él el vaso de zumo de naranja, dijo:

—James, ¿te gustaría tomar un poco de zumo de naranja frío? Toma —llenó una cuchara y se la ofreció a James—. Bien. ¿Te gustaría tomar más? Entonces, dime lo que es esto —y el doctor Rapp cogió una pequeña pelota—. Es una pelota. James. Repite después de mí... pelota.

—Sí —dijo James.

—No habrá más zumo de naranja, James, hasta que no hayas hablado. Pelota. Pelota. Pelota. Y después el zumo.

—Sí.

—Quizá prefiera el gusto a limón —dijo el doctor Rapp a la semana siguiente; apretó el botón del intercomunicador y pidió—: Un vaso de zumo de limón, por favor.

Una vez servido el vaso, preguntó:

—James, ¿te gustaría tomar un poco de zumo de limón frío? —llenó una cuchara y se la ofreció a James, que tragó su contenido—. Bien. ¿Te gustaría tomar más? Entonces, dime lo que es esto. Es una pelota, James. Repite después de mí... Pelota. Pelota. Pelota.

—Sí —dijo James.

—Trataremos de probar con el helado —dijo el doctor Rapp a la semana siguiente—. No podemos permitir que caiga en un modelo de comportamiento social familiarizado. Se le tiene que desafiar —apretó el botón del intercomunicador y pidió—: Un helado de chocolate, por favor.

James saboreó la primera cucharada de helado de chocolate, pero se negó a identificar la pelota por su nombre.

—Sí —dijo.

—Estoy empezando a soñar con esa condenada expresión —se quejó el doctor Rapp—. Un centurión romano se me acerca, desenvaina la espada y dice «sí». Y nada más. Una idea. ¿Será

un símbolo fálico? La sexualidad comienza con la concepción. ¿Acaso el niño estará rechazando los hechos de la vida?

Apretó el intercomunicador.

—James, aquí tenemos un plátano. ¿Te gustaría tomar un bocado? Haz lo que quieras. Bien. Bien. ¿Quieres más plátano? Entonces, dime lo que es esto. Una pelota. Pelota. Pelota. Pelota.

—Sí.

—Estoy fracasando —dijo el doctor Rapp, abatido—. Quizá sea mejor que vaya al doctor Sí para tomar un refresco... Pero ¿qué estoy diciendo? Es el doctor Damon. Alto. Una idea. Damon y Pytias. Una amistad. ¿Puede ser que me haya comportado demasiado clínicamente con James? Debo establecer un lazo de fraternidad con él.

—Buenos días, James. Hoy es un maravilloso día de octubre. Las hojas del otoño son muy bonitas. ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo?

—Sí —contestó James.

—Bien. Bien. ¿Adonde te gustaría ir?

—A Rutgers —contestó James con toda claridad.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que me gustaría ir a Rutgers.

—Pero... esto sí es gracioso... Estás hablando.

—Sí, señor.

—¿Y por qué no has hablado antes?

—Porque no quería hacerlo.

—¿Y por qué estás hablando ahora?

—Porque quiero ver los bancos de la vieja Raritan.

—Sí, sí. Ya comprendo. ¿O no comprendo? —el doctor Rapp apretó el comunicador—. Por favor, póngame con el doctor Sí, quiero decir... con el doctor Damon al teléfono. Dígame que creo haber hecho un importante descubrimiento.

—Descubrir —dijo James—, es ver lo que todo el mundo ve, pero pensando lo que nadie ha pensado antes. ¿Qué piensa usted al respecto? ¿Quiere que lo discutamos mientras nos acercamos a Rutgers?

Así llegó el segundo verano. James y su padre estaban paseando por el prado mientras sostenían un acalorado debate sobre los lirios barbados, palabra que, por otra parte, James pronunciaba mal. El tema de la discusión consistía en determinar si los lirios debían ser cogidos y colocados en un florero, o dejados solos. James adoptó la posición de que se trataba de damas muy delicadas que no debían ser molestadas. Su padre, en cambio, siempre pragmático, declaró que las flores tienen que justificar su existencia mediante la decoración de un hogar.

Padre e hijo terminaron por separarse con una sensación de desesperación y Dupree senior se dirigió hacia los melocotoneros. James James Morrison Morrison permaneció tranquilamente en el prado, mirando a su alrededor. Entonces, escuchó un cok cok familiar y el Presidente apareció, surgiendo de debajo del matorral de lilas.

—Vaya, si es mi viejo amigo, el maníaco sexual. ¿Cómo estás?

El pollo se le quedó mirando fijamente.

—¿Y cómo están Phyllis, Frances, Felice y todos los demás, señor Presidente?

—Sus nombres son, yo digo, la nomenclatura es, cok cok, Gloria, Glenda, Gertrude, Godiva y... —en aquel instante, el Presidente se detuvo bruscamente y se quedó mirando a James—. ¡Pero si tú eres el Monstruo!

—Sí, señor.

—Vaya, ¡cuánto has crecido!

—Gracias, señor.

—¿Has aprendido ya a hablar con ellos?

—No muy bien, señor.

—¿Por qué no?

—Tengo un ligero ceceo. Dicen que es porque tengo una lengua algo perezosa.

—Pero aún sigues hablando con nosotros.

—Sí, señor.

—¡Qué extraño! Digo, eso es algo que no he oído nunca.

—¿Creíais todos que me iba a olvidar alguna vez? Soy el mejor alumno del Profesor, y me muero por ir a la querida y vieja Rutgers. ¿Podemos celebrar una reunión de emergencia ahora mismo en la Gran Escuela Roja? Tengo muchas cosas que decirles sobre las locas y confusas criaturas humanas.

A la reunión asistieron la mayor parte de los antiguos, además de unos cuantos recién llegados. Había un pollo Plymouth Roca que había entablado una estrecha amistad con miss Leghorn, quizá porque su única respuesta a las arengas de la Caldea era un «¡Vaya!». El sinsonte había terminado por unirse a ellos, ahora que Jack Johnson parecía dispuesto a quedarse en las costas de Florida. Su nombre —el del sinsonte— era Milton. Había un nuevo miembro extraordinariamente exótico, un pequeño mono bárbaro, que se mostraba muy amistoso, pero extremadamente tímido. James le estrechó la mano y le preguntó su nombre.

—Me llamaban... Bueno, me llamaban el Gran Zunia. Lo sabe todo. Lo hace todo.

—¿Qué es eso de Zunia?

—El circo Reeson & Tickel.

—¿Estabas en el circo?

—Bueno, sí. Yo..., yo... hacía trucos. Lo sabe todo. Lo hace todo. Era lo que ellos llamaban... lo que ellos llamaban uno de primera. Ya sabes. Conducir una motocicleta con las luces encendidas. Pero yo..., yo...

—¿Sí?

—Pero me estrellé cuando estábamos... cuando estábamos actuando en Princeton. Destrocé el vehículo por completo. Yo... bueno, me marché cuando estaban reuniendo las piezas.

—¿Y por qué te marchaste, Zunia?

—Yo... Yo odio decir esto... Bueno... Odio el negocio del espectáculo.

—Zunia, estamos encantados de que estés aquí, y sabes que eres más que bienvenido, pero hay un problema.

—Bueno... ¡Vaya!... Sólo necesito un poco de fruta de vez en cuando, manzanas y...

—No se trata de comida. Se trata del clima. Los inviernos pueden ser condenadamente fríos en la granja de la Colina Roja. ¿No crees que estarías mucho más cómodo si te fueras más al sur?

—Bueno..., si es lo mismo..., bueno, preferiría quedarme aquí. La gente es muy simpática.

—Si es eso lo que quieres, no hay ningún problema por nuestra parte. Pero mis padres se van a enojar mucho si te ven, así es que será mejor que te mantengas siempre oculto.

—De todos modos, soy un tipo nocturno.

—Bien. Y ahora, levántate, por favor. Levántate todo lo que puedas y nos pondremos espalda contra espalda. Profesor, ¿somos del mismo tamaño?

No hubo contestación.

—¿Profesor?

—El Profesor está indispuerto —dijo Moisés Topo.

—¿Qué?

—No ha podido venir.

—¿Por qué no?

—No se siente muy bien.

—¿Dónde está?

—Arriba, en su estudio.

—Será mejor que vaya y... No, espera. ¿Tenemos Zunia y yo el mismo tamaño? ¿Hay alguien que lo pueda decir?

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que James y Zunia tenían aproximadamente el mismo tamaño. James prometió traer alguno de sus jerseys y de su ropa interior de lana para que Zunia se abrigara durante los meses de invierno.

—Si tú... bueno, no estoy pidiendo... Pero me gustaría tanto llevar un jersey con la palabra Boston en él...

—¿Boston! ¿Y por qué Boston?

—Porque allí odian el negocio del espectáculo.

James trepó a una de las fuertes vigas de roble que sostenían el techo del establo, echó a andar sobre la pesada viga, por encima del pajar vacío, actuando con tanta naturalidad como un trabajador sobre un elevado andamio —su madre se habría puesto a gritar al verle—, llegó ante una pequeña hendidura situada en el desván, y llamó amablemente.

—¿Quién es? —preguntó una voz débil.

—Soy el Monstruo, señor. He vuelto.

—¿No! ¿De veras? Entra, entra.

James introdujo la cabeza por la hendidura. El estudio estaba revestido de musgo. Sobre el suelo, donde se encontraba el Profesor, había manojos de hierba seca y hojas de hierbabuena. Parecía estar enfermo y encontrarse muy débil, pero sus ojos rojos de albino eran tan feroces como siempre.

—Bueno, James, has vuelto —dijo, jadeando—. Nunca creí... ¿Hablas ya con ellos?

—Sí, señor.

—Y sigues pudiendo hablar con nosotros. Nunca habría creído... Phi-Beta-Kappa cum laude para ti. No cabe la menor duda.

—Estuve en Rutgers, señor.

—¿De veras? ¿Estuviste? ¿Y?

—Es maravilloso, exactamente como usted me dijo —mintió James—. Y aún le recuerdan allí.

—¿No!

—Sí, señor. No pueden comprender cómo consiguió escapar. Creen que, probablemente, burló al asistente del laboratorio, pero unos pocos dicen que le hizo algo. Que le chantajeó.

El Profesor trató de reír, pero le surgió una dolorosa tos seca. Una vez desaparecido el espasmo, James preguntó:

—¿Qué le ocurre, señor?

—Nada. Nada. Probablemente es un poco de gripe asiática. Nada serio.

—Dígamelo, por favor.

El Profesor se le quedó mirando.

—La ciencia es la dedicación a la verdad —dijo—. Seré honrado. Estoy gravemente herido.

—¡Oh, señor! ¿Cómo?

—Un rifle de aire comprimido. Un par de chicos de la granja.

—¿Quiénes son? ¿Del lugar rico? Les voy a...

—¡James! ¡James! En la ciencia no hay lugar para la venganza. ¿Acaso Darwin tomó represalias cuando le ridiculizaron?

—No, señor.

—¿Lo hizo Pasteur?

—No... no, señor.

—¿Permanecerás fiel a lo que te he enseñado?

—Lo intentaré, señor, p-pero esos malditos chicos...

—Nada de encolerizarse. Razona siempre; no te encolerices nunca. Y nada de lloriqueos, James. Necesito ahora de tu coraje.

—Si es que tengo algo, señor.

—Claro que lo tienes. Recuerdo lo de George. Ahora, quiero que ocupes mi lugar y continúes mis clases.

—¡Oh, Profesor! Usted se pondrá...

—Supongo que mantienes unas relaciones parlantes con tu padre. Aprende todo lo que puedas de él y pásalo a nosotros. Eso es una orden, James.

—Sí, señor. No será fácil.

—Nunca hay nada que sea fácil. Y ahora, te voy a pedir un acto de gran coraje.

—¿Señor?

—No puedo seguir así. Es demasiado doloroso e inútil.

—Profesor, quizá podamos...

—No, no. No tengo salvación. Si no hubieras interrumpido mis clases de anatomía cuando te enamoraste de Paula, quizá... —volvió a toser, aún más dolorosamente; finalmente, dijo—: James, acaba esto por mí lo más rápidamente que puedas. Ya sabes lo que quiero decir.

James quedó estupefacto. Al fin, se las arregló para murmurar:

—Ssseñor...

—Sí, ya veo que comprendes.

—Señor, no po-podría.

—Claro que puedes.

—Pero no sabría cómo.

—La ciencia siempre encuentra un camino.

—Permítame por lo menos preguntarle a mí...

—No preguntarás nada a nadie. No se lo dirás a nadie.

—Pero, entonces... me deja completamente solo con esto...

—Sí, así es. Así es como maduramos.

—Señor, no tengo más remedio que negarme. No puedo hacerlo.

—No. Sólo necesitas tiempo para tomar una decisión. ¿No hay una reunión allá abajo?

—Sí, señor. Yo mismo la solicité.

—Entonces, regresa a tu reunión. Dale mis mejores recuerdos. Y vuelve con rapidez. Con rapidez. —El Profesor comenzó a temblar y a moverse ligeramente sobre la hierba seca.

—¿Tiene algo para comer, señor? Le traeré algo, y después volveremos a hablar del asunto. Tiene que aconsejarme.

—Nada de dependencias —dijo el Ratón Blanco—. Tienes que decidirlo por ti mismo.

El Presidente se encontraba en el apogeo de su oratoria cuando James bajó del desván y se sentó junto a sus amigos, las aves y las bestias, pero terminó de hablar rápidamente y concedió la palabra a James James, que se levantó y miró a su alrededor.

—Les voy a hablar de ellos —empezó a decir James con serenidad—. Me he encontrado con ellos y he vivido con ellos y ahora empiezo a comprenderles. Tenemos que comprenderles. La mayoría de ellos son unos condenados destructores, eso ya lo sabemos todos, pero lo que no sabemos es que una nueva generación se está alzando en revuelta en contra de la destrucción. Son de nuestra clase. Viven en paz y armonía con la tierra; tomen de ella lo que tomen, lo devuelven; no matan, y luchan contra quienes lo hacen. Pero son jóvenes y débiles; son superados en número y necesitan nuestra ayuda. Tenemos que ayudarles. ¡Tenemos que hacerlo!

»Hasta ahora, no hemos hecho nada. Nos ocultamos de los destructores y utilizamos nuestra inteligencia para intentar burlarles. Sólo hemos sido víctimas pasivas. Ahora, tenemos que convertirnos en activistas, en activistas militantes. Al Profesor no le gustará esto; ese gran erudito aún cree en la razón y en la luz. Yo también, pero me reservo la razón y la luz sólo para quienes también se dejan guiar por la razón y la luz. En cuanto al resto, acción militante.

»En cierta ocasión, le oí contar a mi padre una historia sobre Confucio, un gran sabio que vivió hace ya muchos años. Aunque él era humano, se parecía mucho a nuestro Profesor, y fue casi tan sabio como él. Uno de sus estudiantes se le acercó y le dijo: “Maestro, un nuevo hombre sabio llamado Cristo ha aparecido en Occidente. Enseña que debemos devolver bien por mal. ¿Cuál es tu opinión?”. Confucio lo pensó y contestó: “No. Si devolvemos bien por mal, ¿qué devolveremos a cambio del bien? Hay que devolver bien por bien. En cuanto al mal, hay que devolver justicia”.

La voz de James comenzó a temblar.

—Ellos han disparado contra el Profesor. Eso ya lo sabíais, ¿verdad? Le han disparado. No está indispuesto. Está allá arriba, está herido y sufre. Tenemos que aprender a devolver una justicia militante a cambio del mal. Ya no podemos seguir utilizando este establo como un santuario. Tenemos que abandonarlo cuando nos graduemos, para viajar y enseñar. Se está librando en estos momentos una batalla desesperada por conservar lo poco que queda de nuestra tierra. Todos nosotros tenemos que unirmos a la lucha.

—Pero... ¿cómo? —preguntó Moisés Topo muy razonablemente.

—Ese será el tema de mi primera lección, mañana —contestó James—. Y ahora, con el permiso de nuestro distinguido Presidente, quisiera pedir la disolución de esta reunión. Tengo que cuidar al Profesor.

—De acuerdo —dijo el gallo—. ¿Terminamos? Gracias, miss Plymouth. Se disuelve esta reunión.

—Zunia —dijo James—, espérame aquí, por favor. Necesitaré tu ayuda. Vuelvo dentro de un momento.

James se dirigió al manzano más próximo y comenzó a recoger manzanas caídas y a lanzarlas al espacio. Su madre miró por la ventana de la cocina y sonrió al ver a un niño pequeño y feliz que se distraía en una tarde de verano.

«Si hago lo que me pide el Profesor, será asesinato», pensó James. «Ellos le llaman matar por compasión, pero he oído decir a mi padre que, de todos modos, es un asesinato. Mi padre dice que algunos doctores lo hacen deliberadamente, dejando de dar determinadas medicinas. Y él dice que eso también es asesinato, y no lo aprueba. Dice que la religión lo condena y que si alguien lo hace irá al infierno, esté donde esté. Él dice que la vida es algo sagrado.

»Pero el Profesor sufre. Le duele mucho, y dice que no hay esperanzas de salvarle. No quiero que le siga doliendo. Quiero que sufran los chicos que dispararon contra él, pero no el Profesor. Podría llevarle un poco de leche y dejarle que muera por sí mismo, pero eso puede tardar mucho tiempo. No sería justo para con él.

»Así es que... muy bien... iré al infierno».

James regresó a la casa, se dirigió ceceante a su madre y le pidió amablemente un vaso de leche caliente para matar el hambre hasta la hora de cenar. Recibió el vaso de leche; subió después a su habitación y lo dejó allí. Se dirigió a continuación al cuarto de baño de sus padres. Se apoyó sobre el lavabo, empujándose, y abrió la puerta del armario de medicinas, el que le habían dicho que no debía tocar, so pena de terribles castigos. Tomó un pequeño frasco de una de las estanterías. Llevaba una etiqueta que decía: «Seconal». Estaba lleno de unas cápsulas anaranjadas. James sacó una de las cápsulas, volvió a dejar el frasco donde estaba, cerró el armario y bajó del lavabo.

—¿Qué estás cogiendo? —le preguntó la princesa birmana.

—Una medicina —contestó James con sequedad, volviendo después a su habitación.

Abrió la cápsula y vertió su contenido en el vaso de leche. Lo agitó con el dedo índice.

—Vamos, James, tendrás que animar un poco ese humor.

—Lo siento, no estoy muy bien ahora, princesa. De hecho, me siento muy mal.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—No te lo puedo decir. No se lo puedo decir a nadie. Perdóname.

Llevó el vaso de leche al Gran Establo Rojo, donde Zunia le esperaba pacientemente.

—Gracias —le dijo James—. Y ahora, mira. Tengo que subirme a esa viga, y no puedo hacerlo llevando este vaso de leche. Tú puedes hacerlo con facilidad. Sube arriba con el vaso. No lo tires. Me encontraré contigo sobre la viga.

Se encontraron en la viga y James recuperó el vaso.

—Parece leche, pero tiene un gusto extraño —dijo Zunia.

—¡No la habrás bebido!

—Bueno, no... Sólo la probé con la lengua..., ya sabes. Curiosidad. Es algo..., bueno, tradicional entre nosotros.

—¡Oh! Bueno, eso está bien. Es una medicina para el Profesor.

—Claro. Dile..., dile que se ponga bien pronto.

—No tardará en estar bien —le prometió James.

Zunia se marchó de un salto, catapultándose hacia otra galería vacía. James cruzó la viga y llamó al estudio del Profesor.

—Soy James de nuevo, señor.

Apenas si pudo escuchar el débil sonido. Asomó la cabeza por la hendidura. El Profesor estaba temblando.

—Le he traído algo, señor. Un poco de leche tibia. —James colocó el vaso cerca de la cabeza del Profesor—. Por favor, beba un poco. Esto le fortalecerá.

—Imposible.

—Hágalo por mí, señor. Eso, al menos, se lo debe a su mejor alumno. Y después, discutiremos su proposición.

James esperó hasta que vio cómo el Ratón Blanco comenzaba a beber. Apartó la cabeza, se sentó en la viga y comenzó a charlar ligeramente, mientras las lágrimas nublaban sus ojos.

—Su proposición, Profesor, plantea un dilema interesante en la relación entre maestro y alumno. Permítame que le diga algo sobre mi lunático maestro en la escuela especializada, el

doctor Rapp, y sobre mis relaciones con él. Valoro en mucho su opinión. ¿Qué tal está la leche, señor?

—Terrible. ¿Has dicho lunático?

—Bébasela de todos modos. Sí, lunático. Es un psiquiatra, excesivamente instruido, y...

—No puede producirse un exceso de instrucción.

—No para un genio como usted, señor, pero en el caso de gente inferior una educación excesiva produce alejamiento de la realidad. Y eso es lo que le sucede al doctor Rapp.

—Tienes que ser específico —dijo el Ratón Blanco con severidad.

—Bien, señor. Permítame compararle con él. Usted siempre ha comprendido la capacidad y el potencial de sus estudiantes, tratándolos de acuerdo con ello. El doctor Rapp estaba tan empollado de erudición que nunca se preocupó de comprendernos; trataba simplemente de adaptarnos a los casos sobre los que había leído en los libros de texto.

—Hum. ¿En qué escuela estudió?

—Me temía que preguntara eso, señor. No le gustará la respuesta. Fue en el Colegio Universitario Abigail.

—¿Qué? ¿Qué?

—En el Colegio Universitario Abigail, señor. ¿Ha terminado ya la leche?

—Sí, y estaba muy mala.

—Pero ya parece sentirse más fuerte, señor.

—¿Dónde está el Colegio Universitario Abigail?

—En un estado llamado Kansas.

—Hum. Un colegio recién construido. No es ninguna sorpresa.

Las palabras del Profesor comenzaron a ser balbuceantes. James comenzó a balancearse de un lado a otro, lleno de agonía.

—¿Qué harías tú si ese..., ese Abigail te propusiera estudiar allí, James?

—¡Oh, señor! Esa no es una pregunta justa. No me gusta ni respeto al doctor Rapp. Le quiero a usted.

—No... hay lugar para... el amor... en la ciencia.

—No, señor. Siempre hay que buscar la objetividad. Eso es lo que usted me enseñó.

—Me estoy durmiendo... James... Zunia...

—¿Qué pasa con Zunia, señor?

—¿Te gusta?

—Mucho, señor. Disfrutará usted mucho enseñándole.

—No..., no... dejes... de venir con nosotros, ya sabes. No dejes que te convenza de ir a Princeton, ¿sí?

—Nunca, señor. Rutgers por siempre.

Se produjo una pausa larga, muy larga. La dolorosa y lenta agitación que se estaba produciendo en el interior del estudio, se detuvo. James asomó la cabeza. El vaso de leche estaba vacío. El Profesor había muerto pacíficamente. James extendió la mano, lo recogió, lo llevó a través de la viga y descendió por la columna de madera de roble con el cuerpo en una mano. Una vez abajo, pegó tres fuertes patadas sobre el suelo. Repitió la señal tres veces. Finalmente, Moisés Topo apareció, surgiendo de las profundidades.

—¿Eres tú, James?

—Sí. Por favor, ven conmigo, tío Topo. Necesito tu ayuda.

Moisés se fue arrastrando junto a James James, parpadeando en el crepúsculo.

—¿Hay problemas, James?

—El Profesor ha muerto. Tenemos que enterrarle.

—Eso es una vergüenza. Y nunca pudimos comenzar mis lecciones de astronomía. ¿Dónde está el cuerpo?

—Aquí mismo. Lo llevo yo —dijo James, quien condujo a Moisés hacia el reloj de sol que había junto al prado sur—. Excava aquí, tío Topo. Quiero enterrar al Profesor bajo el centro del pedestal.

—Eso es fácil —dijo Moisés.

Empezó a excavar y desapareció bajo tierra. Pequeños montoncillos de tierra surgían de vez en cuando por la boca del túnel. Finalmente, Moisés reapareció.

—Todo está preparado. He hecho una pequeña y bonita cámara funeraria en el mismo centro. ¿Dónde está él ahora?

James colocó el cuerpo en la boca del túnel. Moisés lo fue empujando por delante de él, volviendo a perderse de vista. Reapareció en otro montoncillo de tierra.

—Sólo hay que llenarlo —explicó, como pidiendo disculpas—. Hay que apretarlo sólidamente. No queremos que aparezca por aquí ningún ladrón de tumbas, ¿verdad?

—No —dijo James—. Hay que enterrarle para siempre.

Moisés terminó la tarea, murmuró unas cuantas palabras de condolencia y se marchó, arrastrándose. James se quedó mirando fijamente el reloj de sol.

—Militante —dijo al final, y después se volvió.

La esfera de bronce del reloj de sol llevaba grabada una frase del inmortal Thomas Henry Huxley. Decía: «El gran fin de la vida no es el conocimiento, sino la acción».

DIENTES LARGOS

Edgar Pangborn

¿Dónde acaba la barbarie y comienza la civilización? O ¿dónde acaba la bestia y comienza el hombre? He aquí una inquietante pregunta que sólo los más dogmáticos se atreverán a contestar tajantemente.

Mi palabra es veraz. ¿Cómo puedo probarlo? Nací en Darkfield, ¿no? Falté de allí por treinta años, después del colegio, pero cuando volví todavía era yo Ben Dane, uno de los Dane de Darkfield, el hijo mayor del juez Marcus Dane. Y ellos saben que mi palabra es veraz. Mi mujer murió y me harté de todas las ciudades; después también murió mi hermano soltero Sam, que vivió toda su vida aquí en Darkfield, con su oficina legal en Lohman, nuestra ciudad más cercana, 6.437 habitantes. Un ataque al corazón a los cincuenta años; yo lo adoraba. Murió Helen, y después Sam, así que envolví mis pocas cosas y me vine a casa, heredando a Adelaide Simmons, ama de llaves de Sam, con su estabilidad inflexible y su cocina celestial. La nostalgia en Maine es un asunto serio a la edad madura; tuve que resignarme. Esperaba una transición gradual hacia mi vejez sin infancia, jugando al ajedrez por correspondencia, o traduciendo algunos clásicos. Pensé que podía dar por garantizado el respeto continuo de mis vecinos. Digo que mi palabra es veraz.

Recordaré de nuevo aquel momento, a mediados de marzo, hace algunos años, con la nieve cayendo del cielo de la tarde, un cielo tan sucio como el fondo de un viejo cacharro de

aluminio. El camino que iba por detrás de la casa de Harp Ryder había sido barrido después de la última caída de nieve. Supuse que mi Bolt-Bucket podría recorrer los dos kilómetros hasta su granja, y después volver, antes de que nos atraparan. Harp me había pedido que le consiguiera un libro si yo hacía un viaje a Boston, cualquier maldito libro que hablara de esquimales, y le conseguí uno, el *Kabloona*, por De Poncius. Veía a los diablos enanos de blanco, corriendo como locos hacia abajo, empujados por el viento, y recordé haber escuchado en la Oficina de Noticias de Darkfield, también conocida como Almacén General de Cleve, que alguien había mencionado un pronóstico de la peor tormenta de nieve en cuarenta años. Joe Cleve, que no permitía poner un aparato de radio en la tienda porque molestaba a su úlcera, preguntó al Gran Inquisidor que estaba a tres metros de distancia:

—¿Por qué siempre tiene que ser la peor en tantos y tantos años, y para qué le sirve eso a nadie?

La Oficina estaba todavía analizando esa pregunta difícil cuando me fui, con mis cigarrillos y todo lo que pude recordar de la lista de compras que me había hecho Adelaide y que yo me había olvidado sobre la mesa. No eran ni las tres cuando llegué al camino trasero de Harp, y una ráfaga le pegó al Bolt-Bucket, como si le diera muerte con una pala.

Traté de ganar impulso para llegar hasta el terreno más alto, giré para evitar a un conejo atontado y me di contra un montón de nieve dura, frenándome de golpe en un sitio del cual nada nos sacaría excepto un remolque.

Yo tenía 57 años entonces, con mi respiración dañada por tanto cigarrillo y mi corazón —ahora lo sé— tan débil como el de Sam. Dejé de maldecir —gradualmente, para evitar movimientos bruscos— y me metí el *Kabloona* bajo mi abrigo. Pensaba caminar el kilómetro que faltaba hasta casa de Ryder, quedarme allí lo necesario para dejar el libro, decir hola y telefonear para pedir un remolque. Después, como Harp nunca tuvo un coche ni lo tendría jamás, habría que caminar de vuelta y esperar el remolque.

Si Leda Ryder supo alguna vez conducir, eso ya no importaba después que se casó con Harp. Realizaban los trabajos de la granja como lo hacían los antepasados de Harp en la época de Jefferson. Harp cuidaba sus doscientas gallinas ponedoras con métodos que se consideraban modernos antes de que las infelices fueran condenadas a las baterías eléctricas, pero en todas sus otras tareas se acercaba a lo anticuado. En su gran jardín de la cocina dejaba que un retazo de arbustos creciera solo, algunos centímetros; no sobrevivía en otro lado. Unas pocas vacas, algo de terreno para una exigua cosecha y una pequeña perra, Droopy, cuya abuela se había entendido con un perro de patas cortas. En su obesa ancianidad, la única amenaza de Droopy era un ladrido jadeante. Los Ryder debían de haber cubierto todas sus necesidades vitales excepto el tabaco de mascar y de vez en cuando otro vestido para Leda. Harp podía saltarse el siglo XX, y dudo de que Leda fuera consultada al respecto, a pesar de su obsesiva dedicación a ella.

Leda era treinta años más joven y él no debía haberse casado con ella. Del otro lado se podía decir lo mismo: ella no debía haberse casado con él, pero lo hizo.

Harp era quizá un dinosaurio, pero yo crecí junto a él, que era un año más joven. Nadábamos, pescábamos, nos divertíamos. Y cuando volví a Darkfield, ya envejeciendo, él fue uno de los pocos que parecieron contentos de verme, hasta donde se puede leer algo en un rostro que era como un promontorio de granito. Quizá dos veces por semana, Harp Ryder sonreía.

Remonté la cuesta, y noté una doble marca, como de ida y vuelta, de neumáticos anchos, que ya estaba borroneada por la nieve. Debía de ser el camión de los huevos, que yo había pasado un cuarto de hora antes en el camino principal. Cada vez que amainaba a mis espaldas

el viento del oeste, podía girar y disfrutar de uno de mis paisajes favoritos, el bosque de abedules y abetos. Desde casa de Ryder no hay otro signo de Darkfield, distante tres kilómetros al sudoeste, más que una cúspide de iglesia. En los días claros se puede divisar el monte Calvo y sus dos grandes hermanos, más de treinta kilómetros al oeste.

La nieve se estaba espesando. Fue un alivio y un placer contemplar los aleros negros del granero de Harp y el techo de su Cape Codder. Escorzada, la casa parecía limpia contra el fondo del granero; en realidad, casa y granero estaban conectados por un pasadizo de dos pisos, con cinco metros de ancho y unos trece de largo; madera abajo, gallinero arriba. La ventana del cuarto de los Ryder, orientada hacia el sol del amanecer, estaba un metro más arriba del techo de ese pasadizo. Realmente se acostaban con las gallinas.

Grité, porque Harp estaba a punto de cerrar la gran puerta. La dejó abierta para mí. Corrí, y la tormenta corrió detrás de mí. El viento del oeste estaba sacudiendo el granero; los remolinos aullaban. La temperatura había bajado diez grados desde que dejé Darkfield: lo decía el termómetro en la puerta del sendero cubierto, y supe que me había portado como un tonto. Mientras ayudaba a Harp a sujetar la puerta para mantenerla cerrada, creí oír que Leda lloraba.

Una impresión repentina y confusa. El viento estaba explorando nuevas alturas de la pasión, la puerta chirriaba y Harp me preguntaba:

—¿Se rompió el coche?

Todavía pienso que Leda gemía. Si fue así, terminó cuando afirmamos la puerta y Harp le acomodó una gruesa barra de través. No pude entender eso: el viejo picaporte seguramente resistiría cualquier viento excepto un huracán.

—El Bolt-Bucket no se rompe. Deberías conseguirte uno, Harp. Es una gran compañía. Todo lo que hizo fue meterse en una cuneta de nieve.

—Volverás a verlo en la primavera.

Las gallinas estaban rascando arriba, sin asustarse aun por la tormenta. Los ojos de Harp eran pequeños brillos grises de inquietud.

—Ben, ¿tú crees que un hombre está viejo a los cincuenta y seis?

—No.

Mis huesos, que envejecían, estaban sufriendo por llegar al calor de su cuarto-cocina-comedor-salón, no por tristes filosofías.

—Puedo usar tu teléfono, ¿verdad?

—Si no se han caído los cables... —dijo, sin moverse, como un hombre abatido por otras tormentas—. Esos holgazanes no cortaron este verano las ramas que colgaban. Se los dije, claro, les dije lo que pasaría... Lo que quiero decir, Ben, es: ¿ya soy lo bastante viejo como para tener fantasías tontas?

Mi cara debía haberle dicho que yo estaba rumiando algo sobre él y su joven mujer. Frunció el ceño, disgustado porque yo no había atrapado el sentido.

—Quiero decir, ver cosas. Cosas que no pueden ser, pero que...

—Eso nos pasa a cualquier edad, Harp.

Esa frase fue una estúpida forma de interrumpirlo, porque yo estaba impaciente, tenía frío, quería pasar adentro. Harp siempre tenía una sensibilidad armada en un solo sentido. Su rostro se endureció.

—Bueno, pasa, caliéntate. Leda no se siente bien. Ha de tener un resfriado.

Cuando ella bajó a saludarme, sus ojos estaban enrojecidos. No creo que el viento hubiera hecho aquellos ruidos. La perra Droopy salió de su canasto junto a la estufa para olerme los pies y darme su señal de aprobación, habitualmente baja.

Leda nunca lo pasaba bien allí, siendo joven y apasionada, con limitados recursos mentales. Tenía veintiocho años y parecía alta porque llevaba graciosamente su firme cuerpo. Algo en la hosquedad de su gran boca y de sus lúcidos ojos grises era sensualidad; otra parte era puro descontento. Me gustaba Leda; su carácter no se inclinaba a la animosidad o a la maldad. Antes de su casamiento, la Oficina de Noticias de Darkfield solía declarar, con su habitual corrección escrupulosa, que Leda había tenido encima todo lo que llevara pantalones en cincuenta kilómetros a la redonda. Por una vez, la Oficina puede haber pronunciado un grano de verdad en su malicia, porque Leda poseía el poder que atrae a los hombres sin palabras ni gestos. Después de su abrupto casamiento con Harp —eso me lo dijo Sam; yo entonces no vivía en Darkfield y no la conocía—, los chismes sucios se escondieron bajo tierra: enfurecer a Harp Ryder nunca fue saludable.

Los cables del teléfono todavía no habían caído. Mientras yo esperaba que el garaje me contestara, Harp dijo:

—Ben, no te puedo dejar salir. Quédate.

Yo no quería quedarme. Significaba más trabajo y molestias para Leda, y yo era lo bastante anciano como para anhelar mi madriguera conocida y segura. Pero sentí que Harp pedía que me quedara por algún asunto propio. Le pedí a Jim Short, en el garaje, que siguiera adelante con el Bolt-Bucket si yo no estaba ahí para encontrarlo. Jim rugió:

—¿Sabes cómo está la tormenta, ahora mismo?

—Juntando nieve, parece.

—¡Jesús! —Cubrió imperfectamente el tubo del teléfono. Sentí sonar su voz a través de ecos—: ¡Saben, el viejo Ben metió de nuevo esa cosa en el montón de nieve! ¿Qué les parece? —Volvió a hablarme—. Escucha, Ben, no te puedo prometer nada. Los dos remolques están fuera ahora. Mejor que te quedes donde estás y des gracias al Señor por haber llegado tan lejos.

—Está bien —dije—. No era una cuneta tan grande.

Leda nos dio café. Miraba continuamente hacia el pie de la escalera, donde ya había una oscuridad como de noche. Una escalera cerrada se inclinaba hacia una puerta frontal nunca usada; detrás de eso estaba la otra sala libre o cuarto de huéspedes, donde yo habría de dormir. No sé qué esperaba encontrar Leda en esa sombra. En cierto momento, cuando una astilla del fuego hizo un ruido extraño, sus labios se apretaron como para contener un grito.

El café me calentó. En ese momento el clima ya no permitía discusión. No eran ni las 3:30, pero al oeste y el norte el cielo se había perdido en un negro furioso. A través de la silbante cortina blanca pude ver la puerta del granero, unos trece metros más allá.

—Nadie va a ningún lado a través de eso —dijo Harp. La casa tembló, reforzando sus palabras—. Leda, no pareces muy animada. Descansa un poco.

—Mejor arreglo el cuarto para Ben.

Ninguno habló con mucha ternura, pero en él se despertó una vehemencia cuando ella se dio la vuelta. Después alguna otra necesidad doblegó su cara de granito. Todo su cuerpo se inclinó hacia adelante, como para ayudarlo a hablar.

—¿Tú no crees que yo pueda estar fuera de juicio? —preguntó.

—Desde luego que no. ¿Qué pasa, Harp?

—Hay algo en los bosques... Algo que no debería estar allí.

Para mí eso fue como un alivio; no tendría que escuchar problemas matrimoniales ajenos. Continuó hablando:

—Deseo, por Jesucristo, que esto le toque a otro alguna vez, así yo puedo decir lo que sé sin que se me rían en la cara. Yo no sirvo para fantasías estúpidas.

Con Harp uno camina sobre huevos. Podía decidir en cualquier momento que yo me estaba riendo.

—Cuéntame —le dije—. Si hay alguien allí ahora, se debe estar congelando.

—Ajá.

Se fue hacia la ventana norte, mirando hacia donde el camino se sumergía bajo una blanca confusión. El terreno de Harp se extendía al otro lado del camino, hasta el borde de un bosque enorme y siempre verde. Katahdin está más de ochenta kilómetros al norte y un poco hacia el este de nosotros. Vivimos en un mundo que se va marchitando y achicando, pero uno podía salir de la granja de Harp y, excepto por el camino ocasional y por los ríos, no muy grandes, podría seguir sumergido en los bosques hasta la tundra o hasta Alaska.

Harp habló:

—Es con este tiempo cuando viene.

Se hundió en el sillón que tenía en la cocina y alargó el brazo hasta *Kabloona*. Apenas había mirado el libro mientras Leda estuvo con nosotros.

—Nombre gracioso.

—Kabloona es la palabra en esquimal para el hombre blanco.

—¿Hizo esas fotos? ¿Son buenas, Ben?

—Me gustan. Hay fotografías en la parte de atrás.

—Oh.

Pasó rápidamente las páginas para buscarlas, pero estudió solamente las que mostraban los fuertes rostros esquimales, y su interés desapareció. Lo que él quería no estaba allí.

—Esta gente es... ¿es civilizada?

—A su manera, desde luego.

—Ajá, este tipo parece que pudiera encontrar su camino dentro del bosque...

—Es probable que eso sea justo lo que no puede hacer, Harp. Nunca ven un árbol a menos que vengan hacia el sur, y detestan hacer eso. Todo lo que esté por debajo del círculo ártico les parece demasiado caluroso.

—¿Es así? Bien, es un lindo libro. ¿Cuánto te costó?

Yo lo había encontrado de segunda mano; me pagó con las monedas justas.

—Me gustará leerlo.

Nunca iba a hacerlo. Terminaría en un anaquel del vestíbulo, junto a la Biblia, un viejo almanaque y un Longfellow, hasta que algún día el sitio se rematara y nadie se acordara ya de cómo vivía Harp.

—¿Qué es lo que pasa, Harp?

—Oh... estuve oyendo cosas en los bosques, el último verano. Un zorro, me dije, pero después supe que no lo era. Te hace poner los pelos de punta. Perdí una vaca, en agosto pasado, en la pradera del Norte. Una parte del cerco estaba rota. Quiero decir, Ben, que las dos tablas de arriba estaban arrancadas de los agujeros de los clavos. No había marcas de martillos.

—¿Un oso?

—La única huella que encontré parecía de un oso, pero era demasiado chica. Tú sabes que un oso no arrancaría esas tablas, Ben.

—¿Y la vaca golpeando en ellas, asustada por algo?

Conservó la paciencia.

—Ben, ¿construiría yo una cerca para las vacas martillando las piezas del lado de afuera? La vaca le pegaría con toda la fuerza que tuviera, desde luego. Y se mataría haciéndolo, habría sangre y pelos sobre las tablas rotas, y estaría allí, no a dos kilómetros, dentro del bosque.

Ocurrió durante una gran tormenta. Supuse que sería alguien que me guardaba algún rencor, quizá algún hijo de perra que codiciara la propiedad, tratando de asustarme después que viví aquí toda mi vida, y mi familia antes que yo. Pero eso no tiene sentido.

»Encontré la vaca una semana después, lo que quedaba de ella. Dentro del bosque. La cabeza y los huesos. El cuero arrancado y tironeado. Cualquiera persona que quiera un poco de carne, corta lo que quiere y se lo lleva; no se sienta y se pone a masticar la carne para desprenderla de los huesos, por Cristo. No le saca la paleta de la coyuntura... Muy bien, quizá fuera un oso. Pero ningún oso hace ese trabajo en la cerca y después se lleva a la vieja Nell, dos kilómetros dentro del bosque, para matarla.

»Era una linda Jersey chica, más tonta que un gatito. A Leda le gustaba hacerle cariños, como no suele hacerlo con el ganado... Después miré mucho en los bosques y nunca encontré nada. Alguna vez oli algo. Algo raro, como olor a oso, pero... diferente.

—Pero Harp, si había nieve en el suelo...

—Ahora me vas a llamar loco. Cuando el tiempo está claro, no puedo encontrar las huellas. Lo oigo, de noche, pero cuando voy de día donde estaba el sonido, no hay huellas. Sólo las habituales de la nieve. Lo sé. Vive en los árboles y no baja más que cuando hay tormenta. ¿Cómo llegué a creer eso? Porque aparece, Ben, cuando el tiempo está como ahora, como ahora mismo. Y el viejo Ned, y Jerry en el establo, se agitan, y alguna vez escuchamos el ruido bajo la ventana. Lo ilumino con la linterna a través del vidrio, pero nunca llego a verlo. Salgo con la calibre diez, por si hay alguna luz para ver, y veo huellas alrededor de la casa: agujeros que se cubren de nieve. Por la mañana quedan algunas marcas, y conducen hacia los bosques, al Norte, pero debajo de los árboles ya no se encuentran. Entonces, creo que se sube a las ramas y viaja por ellas.

»Una vez llegué a verlo, Ben. En octubre. Pero mejor te cuento otra cosa antes. Al día siguiente de haber encontrado lo que quedaba de la vieja Nell, perdí seis pollos grandes. Yo había hecho unos casilleros, recordarás, para que los animales se quedaran en el granero por la noche. Buenas puertas, y yo siempre las cerraba. A las dos de la mañana, Ned y Jerry se pusieron como locos. Pasé por el granero hasta el establo y estaban enfurecidos y Ned trataba de salir dando coces. Los tranquilicé, miro por todo el establo, por el desván, por el sitio de los arneses, por todos lados. Nada. Una noche tranquila, sin luna... tiene que ser algo que los caballos hubieran olido.

»Vuelvo por el granero, y encuentro abierta una de las puertas de los pollos: arrancada de la traba. Un ladrón de gallinas habría traído alguna herramienta para abrir. ¿No sería idiota no hacerlo? Se llevó seis animales, seis espléndidos pollos de cuatro kilos, y dejó las cabezas en el suelo, arrancadas a mordiscos.

—Harp, ha de ser un loco. Hay gente que se enloquece así. En algunos viejos cuentos...

—Estuve tratando de creerlo. Pero... ¿pasaría así el invierno un hombre? ¿Con ese frío bajo cero?

—Quizá en una caverna. Con pieles de animales.

—Forré con madera toda la parte trasera del granero. Hice lo mismo con las ventanas del gallinero, tablas de dos por cuatro, con clavos de diez centímetros, puestos de través. Están a cuatro metros del suelo y todavía no vino hasta allí, todavía no... Así que después de lo que pasó, mandé buscar al *sheriff* Robart. El hijo de perra vive en Darkfield, así que uno pensaría que podría interesarse.

—¿Sirvió para algo?

Harp se rió. Lo hizo manteniendo mi mirada, sin sonido alguno, sin mover un músculo excepto una pequeña agitación en los ojos. Es un arte de Nueva Inglaterra. Quizá había sido importado ya con el *Mayflower*.

—Robart vino, después de un tiempo. Le mostré esa puerta. Le mostré las cabezas de pollo. Le conté cómo me paso allí las noches, sentado en mi trasero, con mi calibre diez.

Harp se levantó para escupir el jugo del tabaco en el fuego; tiene la teoría de que eso purifica el aire.

—Ben, creo que le mostré las cabezas de pollo justo debajo de sus narices. Por la fecha en que él vino, te darás cuenta, ya no estaban frescas. Dijo que miraría por allí y me lo haría saber. A mediados de setiembre. No lo volví a ver.

—Habría supuesto que no era bienvenido...

—Bueno, lo sería tanto como la mierda en el mantel.

—¿Dijiste que lo habías visto, Harp?

—Si eso se llama verlo... Muy bien. Fue durante los días del verano indio, ¿te acuerdas? Igual que en junio, pero con lindos colores, olor a brisa... Dios, eso me gusta, me gusta octubre. Había ido hasta la cuesta donde arreglé la cerca después de perder a Nell. Estaba recostado allí, supongo que cansado. Al final de la tarde, con el cielo rosado del sol que se ponía. Recordarás que la cerca atraviesa la pendiente hasta el bosque del Este. Había dejado que los matorrales crecieran; allí vienen los pájaros. Estaba mirando hacia abajo, en ese claro entre los bosques del norte y mi bosque, donde aparecen esos pastos crecidos. Lindo sitio. Apareció un pintor por allí, hace unos años. Hizo un cuadro, dijo que el sitio parecía un «coro»; no sé qué diablos es eso, no me lo dijo.

Lo apremié.

—¿Allí lo viste?

—No. A mi derecha, en los matorrales. Calculo que serían unos veinte metros. Por Dios que no moví la cabeza. Lo vi con el rabillo del ojo y me di la vuelta para el otro lado, como si pensara caminar hacia la pendiente. Hice como si estuviera ocupado con algo del pasto y di unas vueltas hasta aproximarme a la cerca. Se quedó allí, una mancha marrón en los matorrales, al lado del abedul amarillo. Casi la altura de un hombre. Yo no tenía ningún arma, ni siquiera un palo... Tenía hombros grandes, no le pude ver los pies. No tendría más de metro y medio. Sus manos, si es que tenía manos, colgaban fuera de mi vista, entre las ramas. Tenía la piel marrón, Ben, un pelambre marrón rojizo en todo el cuerpo. La cara también, la cabeza, el pescuezo enorme. Los pelos brillan con el sol, es imposible equivocarse. Así que... lo miré directamente. Procuré actuar como si no lo viera, pero él lo sabía. Se dio la vuelta y puso el abedul entre él y yo. Sin un sonido.

Y entonces Harp se puso a escuchar a Leda, que estaba en el piso de arriba. Luego siguió hablando suavemente.

—Bueno, corrí a por un arma, y empecé a buscar en el bosque. Para lo que me sirvió... Querrás saber sobre la cara. Esa parte no se la describí a Leda. Verás, está asustada, y no quise empeorarlo, le dije que era algún animal que se escapó antes de que pudiera verlo bien. Una cara grande, Ben. La cabeza como humana, excepto que sobresale mucho en la mandíbula. Poca nariz: dos agujeros abiertos entre el pelo. Pero... Ben, ¡los dientes! Le vi la boca abierta y él movió un lado de sus labios y me mostró esas enormes cosas penetrantes. Vi unos colmillos semejantes en un oso crecido.

»Me van a decir que vi un oso. Eso es lo que me van a decir si alguna vez trato de hablar de esto. Pero yo maté mi primer oso a los dieciséis años, cuando el viejo me llevó a Jackman.

Después maté uno cada dos años, más o menos. Los conozco, conozco sus costumbres. Pero eso es lo que me van a decir si les cuento esto.

Yo soy un naturista frustrado, lleno de hechos diversos. Sé que no hay monos que puedan aguantar estos inviernos, excepto el inofensivo *langur* del Himalaya. Ninguna bestia como la que Harp describía existió en ningún lado del planeta. Pero eso no servía. Harp era honesto, era racional, quería una explicación razonable tanto como la quería yo. Por algo era el ateo del pueblo.

—Sí, supongo que eso te pasará, Harp —dije—. La mayoría de la gente no acepta lo... inusual.

—Quizá lo oigas esta noche, Ben.

Leda bajó y oyó una parte de eso.

—Te ha estado contando, Ben. ¿Qué opinas?

—No sé qué pensar.

—Leda, pensé que si yo imitara ese ruido para Ben...

—¡No!

Ella había traído algo para zurcir y se iba a sentar a hacerlo, pero quedó helada como si hubiera sido amenazada por un ataque.

—No podría aguantarlo, Harp. Y... puede atraerlo...

—¿Atraerlo? —Harp dejó oír una risita ahogada—. No creo que pudiera hacerlo tan bien como para que esa cosa viniera.

—¡No lo hagas, Harp!

—Muy bien, señora. —Ella había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás—. No te pongas nerviosa.

Empecé a preguntarme si un hombre que todavía parecía sano podía imaginar tal horror con el propósito inconsciente de atormentar a una mujer demasiado joven para él, una mujer que nunca pudo imaginar que poseería. Si él decía que el ladrido de un zorro no correspondía a un zorro, ella lo creería.

—No debemos hablar de esto si a ella le molesta —comenté.

Él me miró como a un hombre que flota al salir a la superficie del agua. Leda agregó, con una voz baja y dolorida:

—Ruego a Dios que pudiéramos irnos a Boston.

La cara de granito se cerró como si se defendiera.

—Leda... ya hablamos de eso. Nada me va a sacar a mí de mis tierras. No tengo nada que hacer en la ciudad a mis años. ¿Qué puedo hacer? ¿Vigilante nocturno? ¿Limpiar el cuarto del fondo para alguien, por Cristo? Los ahorros se nos irían en seguida. Ya hablamos de eso. No nos iremos a ningún lado.

—Yo podría trabajar.

Para Harp, eso era lo peor que podía decir. Ella probablemente se dio cuenta por su silencio. Agregó, incómoda:

—Me olvidé algo arriba.

Juntó lo que había traído y se fue.

No hablamos más del tema por el resto del día. Yo ayudé a ordeñar y en otras tareas, dando una mano donde se requería, y pusimos todo tan seguro como podíamos, contra la tormenta y contra otros enemigos. La cosa peluda de dientes largos fue un huésped fantasmal durante la comida, pero lo callamos por Leda, o al menos eso intentamos hacer. La comida hubiera sido extraña, de cualquier manera. No tenían la costumbre de recibir huéspedes, y Leda era una mala cocinera porque no le importaba. Era una chica de Darkfield y supongo que tenía los

habituales sueños confusos de la televisión en el siglo XX, hasta que algún impulso, quizá algún falso signo de embarazo le hizo casarse con un hombre del siglo XIX. Tuvimos un venado cocinado como si fuera vaca, y verduras demasiado cocidas. No me gusta el venado ni siquiera cuando está bien hecho.

A las seis, Harp sintonizó su radio de batería y se sentó con cara de piedra a escuchar las malas noticias del día y el pronóstico del tiempo.

—...Una tormenta que debe ser la peor en cuarenta y dos años. Desde las tres, han caído seis centímetros de nieve en Bangor, siete en Boston. No se espera que la caída se detenga hasta mañana. Los vientos aumentarían durante la noche, con ráfagas de hasta cien kilómetros por hora...

Harp apagó la radio con firmeza. En otras noches que yo estuve allí, le dejaba la radio a Leda después de la cena, y entonces proseguían unos sonidos apagados durante parte de la noche. Pero esta vez Harp quería escuchar otros sonidos.

Leda limpió la vajilla, dijo temprano sus buenas noches y se fue arriba. Harp no habló, excepto cuando por cortesía debía contestar alguna frase mía. Nos sentamos y escuchamos la nieve y el viento lunático. Una hora de eso me bastó; dije que estaba cansado y que quería acostarme temprano.

Harp me acompañó hasta la cama en la otra sala y puso otra poca de carbón en la estufa. Llegó a mostrar una difícil sonrisa de granito, haciendo uso de su cuota de una semana, y sacó una botella de un estante que había estado durante años debajo de un grabado: George Washington, creo, terminando un tratado con algún extraño enfermo de hepatitis que pudo haber sido el general Cornwallis, si es que éste tenía dos pies izquierdos. La botella tenía una clase de whisky de centeno que Harp creía sinceramente que se podía beber, después de haberse quemado el gástrico durante más de cuarenta años por tratar de demostrarlo.

Mientras mi garganta se recuperaba, Harp dijo:

—No te debíamos haber molestado con toda esta morralla, Ben. Confío que no te arruine el sueño.

Me dio su otra linterna y cerró la puerta. Le escuché sentarse de nuevo en el sillón de la cocina.

Bajo muchas mantas, sin luz, escuché el silbido cruel de la nieve. La estufa murmuraba como una amiga, convirtiendo el cuarto en un reducto de calor vivo entre el frío exterior. Más tarde escuché a Leda, en la parte superior de la escalera, con una voz tímida, cansada y dulce:

—¿Vienes a la cama, Harp?

Los escalones crujieron cuando él subió. La puerta se cerró; al rato ella gimió en ese dolor deseado que es una breve liberación de los problemas.

Recordé algo que Adelaide Simmons me había contado sobre esta casa, a cuya parte superior no había subido desde que Harp y yo éramos muchachos. Adelaide, que era una de las pocas mujeres de Darkfield que nunca habló mal de Leda, me dijo que el pequeño cuarto hacia el lado oeste, frente al dormitorio de Harp y Leda, estaba preparado como para un niño, y que Harp no dejaba poner allí nada que no fueran muebles de niños. Había estado así desde que se casaron, siete años atrás.

Se arrastró otra hora, en la exasperación de mi insomnio. Entonces escuché a Dientes Largos. El ruido venía del lado oeste, detrás del jardín. Oculto por la nieve. Cuando me quitó del filo del sueño, traté de pensar que era el ladrido de un perro, el chirrido brillante y metálico que la pequeña bestia roja puede lanzar desde su garganta, como un dragón. Pero totalmente despierto, supe que había sido más profundo, más pectoral. ¿Una lechuza? No. Un sonido que

correspondía a épocas antiguas, cuando los hombres se confiaban a instrumentos de piedra tallada y tenían todos los motivos para temer a la oscuridad.

Los resplandores de la estufa me dieron la luz necesaria para llegar hasta mi ropa. El viento no se había calmado. Vacilé hacia la ventana del oeste, abrochándome, y encontré un blanco total. La nieve se había amontonado sobre el alféizar inferior. Poniéndome de puntillas pude ver por encima. Apareció una luz, que iluminaba apenas el campo de nieve. Eso debía venir de una lámpara en el dormitorio de los Ryder, brillando a través de la otra habitación y después, débil y difusa, hacia el caos de la tormenta.

¡Yaaaarh!

Ahora se había acercado horriblemente. Desde las ventanas del norte de la habitación se veía todo negro. Harp se acercó hasta mi puerta.

—¿Estás despierto, Ben?

—Sí. Ven a mirar por la ventana oeste.

No había dejado ninguna luz en la cocina, y sólo un débil resplandor bajaba desde el dormitorio. Murmuró detrás de mí:

—Ajá, la nieve se amontonó. Debe de tener un metro ya.

¡Yaaaarh!

La voz había gritado del lado sur, el lado tapiado de la casa, sólo visible desde una ventana de la cocina y una más pequeña en el cuartito donde estaba la bomba de mano. La vista desde la ventana de la despensa estaba impedida mayormente por un enorme arce, más alto que la propia casa. Escuché al viento silbar entre los huesos invernales del árbol.

—Ben, ¿prefieres ponerte las botas? Decídelo tú; no tengo derecho a pedírtelo. Yo podría tener que ir afuera.

Harp hablaba bajo, como si la bestia pudiera escucharlo a través de las gruesas paredes.

—Desde luego.

Me puse las botas, que llegaban hasta la rodilla, y cogí el abrigo, mientras lo seguía hacia la cocina. Un rifle de calibre 30 y su pesado caño colgaban en unas astas de ciervo sobre la puerta. Los encontró en la oscuridad.

El coraje que tuve esa noche provino de verme empujado a la acción, del miedo de mostrarme cobarde ante un amigo con problemas. Yo estuve en la invasión de Normandía. Acampé solo, cuando era más joven y más sano, en un campo de alces y de osos, y dormí perfectamente. Pero ese grito de Dientes Largos quitaba el coraje. Dolía a todo lo largo de la médula espinal.

Yo tenía una linterna, pero sabía que Harp no quería que la usara allí. Pude adivinar los muebles y a Harp que llegaba hasta el arma. Ya tenía puestas sus botas, su gorra de piel y su abrigo.

—Tú lleva esto —me dijo, poniéndome el calibre diez en la mano—. Los dos cañones están cargados. No es mi manera de guardarlo, cierto, pero desde que esto empezó...

¡Yaaaarh!

—¿Dónde se ha ido ahora? —Harp estaba en la ventana del sur—. ¿Dio la vuelta para aquí?

—Creo que sí... ¿Dónde está Droopy?

Harp dejó oír una risita leve.

—¡La pobre! Se vino arriba apenas escuchó el primer ruido y se metió debajo de la cama. Le dije a Leda que se quedase arriba. Necesitaría una luz acá abajo. No tendría sentido.

Entonces, aparentemente desde el lado este del gallinero y arriba, vino el grito resonante:

¡Yaaaarh!

—¡No es posible! ¡Jesús, eso está a cuatro metros por encima del suelo!

Pero Harp se lanzó por el pasadizo, y yo le seguí.

—Mantén tu luz contra el suelo, Ben. —Corrió por la estrecha escalera—. No ilumines a las aves, van a reaccionar.

Hasta entonces los pollos, estúpidos y prácticamente ciegos en la oscuridad, estaban lanzando sólo un débil cloqueo de alarma. Pero algo estaba golpeando en la parte exterior de la ventana, gruñendo, pegando en las tablas. ¿Era un puño? No sonaba como otra cosa. Harp gritó:

—¡Ilumina la ventana!

Y disparó hacia ella.

No sentimos ningún grito. Cualquier ruido exterior habría sido ahogado por la tormenta y por el cacareo de las gallinas alborotadas por el disparo. El vidrio estaba sucio de la mugre de las aves; no pude ver a través de él. La bala había agujereado el panel sin destrozarlo, y había pasado entre las tablas, pero la bestia podía haberse apartado antes del disparo.

—Tengo que ir afuera. Tú quédate, Ben.

En la cocina cambió el rifle por una escopeta.

—Puede que no tenga oportunidad de apuntar. Recuerdas esta pieza, ¿verdad?

—La recuerdo.

—Bien. Mantén abiertas las orejas.

Harp corrió pasando por la puerta que daba a una pequeña zona de piso firme, junto al techado de madera. Para llegar hasta la ventana del este tendría que remontar a través de la nieve por detrás del granero, ya que había bloqueado todas las aperturas traseras. También podía dar la vuelta a toda la casa, pero afrontando el viento del oeste y peleando contra nieves más profundas. Vi cómo su gran sombra se esfumaba fuera de la vista.

La voz de Leda me llegó desde arriba.

—¿Le... le ha dado?

—No sé. Ha ido a ver. Tranquilízate.

Oí una vez más ese ladrado infernal antes de que Harp regresara, y otra vez sonó en las alturas; debió de venir de la copa del gran arce. Y momentos más tarde —yo estaba escudriñando en la oscuridad, buscando a Harp— hubo un tremendo ruido de vidrios y maderas rotas, y un violento golpe de puerta en el piso superior. Un chirrido penetrante se interrumpió, y después hubo un grito como ningún ser humano debería escuchar jamás. Todavía lo oigo.

Creo que perdí algunos segundos por la impresión. Después subí trabajosamente por la escalera, entorpecido por el rifle y la linterna. El viento rugía en la puerta de la cocina y Harp me estaba empujando, apartándome a un lado. Pero yo estaba justo detrás de él cuando abrió la puerta del dormitorio. El ventarrón desde la ventana rota que había golpeado la puerta también había apagado la lámpara. Pero nuestras linternas nos dijeron en seguida que Leda no estaba allí. Nada había, nada vivo.

Droopy yacía en una mezcla de fragmentos de vidrio y de maderas de la ventana, muerta con el pescuezo aplastado: algo había caído sobre ella. La frazada había sido arrastrada casi hasta la ventana; quizá la mano de Leda se había asido a ella. Vi sangre en algunos fragmentos de vidrio y, en el alféizar destrozado, un retazo de pelambre rojiza.

Harp corrió hacia abajo. Yo vacilé unos segundos. La flecha del miedo me había entrado hondo, y en ese momento me dejó atontado. Mi luz dio en una fea fotografía de la pared, la madre de Harp a los cincuenta años o algo así, petrificada y seria frente a la cámara, una deidad puritana con ojos asustados. La recordaba.

Harp se había apartado de la religión cuando su padre murió, y dejó de ir a la iglesia. La madre lo repudió. La granja era de él; ella lo dejó y se fue a vivir con una hermana viuda en Lohman y murió poco después, sin reconciliarse con su hijo. Harp vivió soltero, maniático, encerrado, hasta su extraño casamiento a los cincuenta años. Ahora estaba todavía aquí la madre, vigilante, implacable. En el sopor de mi shock pensé: «Probablemente hacen el amor con las luces apagadas».

Pero ahora Leda no estaba allí.

Corrí detrás de Harp, que había salido por la puerta de la cocina para luchar contra el viento. Salí allí con el rifle y la linterna, y a través del camino vi su luz. No había ninguna otra luz: sólo su pequeño brillo y el mío.

Apenas meforcé a dar vuelta la esquina de la casa, hacia el fantástico abrazo de la tormenta, supe que no podría lograrlo. El viento del oeste me clavaba espinas en la cara. La nieve me llegaba hasta la mitad de los muslos. Con pulmones débiles y quizá un corazón imperfecto, no podía hacer nada excepto morir rápidamente para nada. En un momento Harp estaría bajando la cuesta hacia los bosques. Sus huellas ya desaparecían bajo mi luz. Me moví un poco más, y un respiro de la tormenta por un instante me permitió gritar:

—¡Harp, no puedo seguir!

Me escuchó. Puso las manos para hacer bocina en su boca y contestó:

—¡No lo intentes! ¡Vuelve a casa! ¡Telefona!

Agité la mano para acusar recibo del mensaje y luché para volver.

Apenas si conseguí hacerlo. En la puerta de la cocina caí redondo, con el arma y la linterna que rebotaron hacia algún lado, y ahí me quedé hasta que recuperé el aliento suficiente para seguir viviendo. Mi rostro y mis manos eran bloques de hielo, y luego eran fuegos. Mientras me esforzaba en la empresa de poner aire en mi cuerpo, un pensamiento continuaba, como una necesidad interna: «Debe haber una causa racional. No abandono la causa racional».

Al final me recuperé y me arrastré hasta el teléfono. La línea estaba muerta.

Encontré la linterna y fui hacia arriba con ella. Pasé sobre el cuerpo de la pobre Droopy y sobre los vidrios rotos, para mirar a través de la ventana. Pude ver que la nieve había sido apartada del techado, cerca de la ventana del dormitorio; la casa misma protegía esa zona de la fuerza del viento del oeste, así que alguna pista quedaba. Supuse que la cosa habría saltado desde el arce hasta el techo de la casa, luego deslizado por el sendero cubierto y después había entrado a través de la ventana cerrada sin crearla un obstáculo, perdiendo algo de sangre y un poco de pelo.

Miré alrededor y no encontré ese pelo. El viento lo habría alejado de la vista. Forcé la puerta para cerrarla. Abajo, encendí las lámparas de la cocina y de la sala. Harp necesitaría esas señales cuando volviera. Avivé el fuego y tomé una dosis del horrible whisky. Era alrededor de la una de la mañana.

¿Y si Harp no volviera? Podrían pasar días antes de que se consiguiera limpiar el camino. Cuando la tormenta se levantara yo podría usar los zapatos de nieve de Harp, quizá...

Volvió a la 1:20, doblado en dos y tambaleante. Lo ayudé a sentarse en su sillón. Cuando pudo hablar, me dijo:

—Ninguna pista. Ninguna pista.

Me tomó la botella de las manos y bebió un sorbo.

—¡Jesucristo! ¿Qué puedo hacer? Ben, tengo que ir a la aldea, conseguir ayuda. Si es que pueden dar alguna ayuda...

—¿Tienes otro par de zapatos de nieve?

Me miró fijo, peleando con su confusión.

—¿Eh? No, no tengo. Es mejor que te quedes, de todos modos. Te traeré los tuyos de tu casa, si quieres, y si puedo llegar hasta allí.

Bebió de nuevo y martilló en el corcho con el dorso de su mano.

—Te dejaré la calibre diez.

Sacó los zapatos para nieve de un armario. Lo convencí de que esperara para tomar café. El apuro no resolvía nada; no nos podíamos decir, uno al otro, que sabíamos que Leda estaría muerta. Cuando estuvo preparado para irse, salí junto con él hacia el viento endemoniado.

—¿Quieres que haga algo antes de que vuelvas?

Procuró pensar en eso.

—Creo que no, Ben... Dios, ¿es que no me he portado bien? No, eso no tiene sentido. ¿Dios? Eso es una burla...

Salió. Dio dos o tres pasos y la tormenta lo absorbió. Eran alrededor de las dos.

Durante cuatro horas estuve solo en la casa. El calor volvió poco a poco, con la puerta del dormitorio cerrada y los fuegos bien encendidos. Llevé la lámpara de la cocina a la sala y después me acurruqué en la oscuridad casi total de la cocina, con mi espalda hacia la pared, mirando todas las ventanas, el calibre diez al alcance de mi mano; pero no esperaba un regreso de la bestia, y no lo hubo.

La noche se hizo más silenciosa, quizá porque la casa ya estaba tan envuelta en nieve que los sonidos se apagaban. Yo estaba separado de la batalla, enterrado vivo.

Harp volvería. Las estaciones seguirían su curso natural y de alguna manera sabríamos lo ocurrido con Leda. Supuse que la bestia tendría que ser algo cercano al molde humano: loco, deformado, salvaje, pero todavía humano.

Al rato me pregunté por qué no había escuchado ninguna excitación en el establo. Me forcé a tomar el arma y la luz para ir a mirar. Caminé por el techado, lleno de sombras saltarinas, y hasta el cobertizo. Las vacas estaban pastando pacíficamente. En el corredor central me atreví a enfocar mi luz, tímida y parpadeante, hasta la distancia donde estaba la paja. Quieto, todo quieto; sólo el crujido normal de los ratones.

Después fui al establo, donde Ned retozó y me dejó acariciarle la mejilla marrón, mientras Jerry bajó su ojo húmedo. Supongo que no les habría llegado ningún olor que les provocara pánico, y quizá habían escuchado ese aullido con la suficiente frecuencia como para que ya no les molestara. Volví a mi puesto, y las horas se arrastraron entre las profundidades del terror y las del cansancio. Quizá dormí.

No hubo un color de amanecer ese día, pero sentí la palidez y el cambio; ni una tormenta podría esconder la aparición del día. Desayuné con jamón y huevos, alimenté a las gallinas, puse pasto y agua a las vacas y los caballos. La única vaca que se podía ordeñar, una arisca Ayrshire, se rehusó a admitir que yo quería ser útil. No había ordeñado una vaca desde que era muchacho; la habilidad se me había ido de las manos, y el alivio le pareció a ella menos importante que volcar el cubo; la vaca estaba obteniendo más diversión que incomodidad con la tarea, así que la dejé estar.

Me ocupé en remover con una pala algo de nieve en la puerta de la cocina. El viento había amainado, la caída de nieve era persistente pero casi pacífica. Caminé un poco fuera de la casa y me enteré de que la nieve llegaba más arriba de mis caderas.

Y de allí, cuando me di la vuelta, venía Harp con sus zapatos de nieve, y más allá por el camino venían tres más. Reconocí al sheriff Robart, gordo pero enérgico, a Bill Hastings, torcido y eterno, primo de Harp y uno de sus pocos amigos... y al final, Curt Davidson, quizá amigo del sheriff Robart pero ciertamente no de Harp.

Conocí a Curt como un charlatán de ingenio grueso cuando era un chico; crecer hasta ser un hombre no había hecho mucho por él. Y cuando lo vi pensé, quizá irracionalmente: nada bueno para nuestro lado. Una especie de absurdo, y sin embargo, Harp y yo estábamos unidos frente al mundo simplemente porque habíamos vivido juntos lo que otros habrían de llamar imposible, lo que iban a interpretar en forma dura, hasta condenatoria, y no serviría para nada.

Vi la delgada mancha del sol, su fuerza que crecía. En ningún lado de toda la superficie blanca, el viento y la nieve nueva nos habían dejado marca alguna de la visita nocturna.

Los hombres llegaron hasta mi espacio libre y se sacudieron la nieve. Yo abrí el sendero techado. Harp me dispensó una mirada interrogante y sin esperanza; yo sacudí la cabeza.

—¿Problemas?

Ese era Robart, quitándose los zapatos para nieve. Harp lo ignoró.

—Tengo que ocuparme de las tareas.

Le dije que yo lo había hecho todo, excepto esa maldita vaca.

—Ah, Bess. Sí, es muy nerviosa. Ahora la atiendo.

Me dio mis zapatos de nieve, que traía atados a la espalda.

—Adelaide quería saber sobre las compras. Le dije que supuse que estarían en el coche.

—Tan bueno como una nevera —dijo Robart, en forma realmente amistosa.

Curt tenía que darse también sus gustos.

—Ben, ¿estás seguro de que tocaste a la vieja Bess del lado correcto, donde están las tetas?

Curt se ríe de sus propios chistes, así que nadie está obligado a seguirlos. Bill Hastings escupió en la nieve.

—¿Está bien si entro? —preguntó Robart.

No era una pregunta simple; él se había hecho presente oficialmente y lo hacía constar. Harp lo miró de arriba abajo.

—Nadie te detiene. No te traje aquí para estar ahí parado, supongo.

—Harp —dijo Robart con tono amable—, no me trates mal. Vienes a decirme que ocurrieron ciertas cosas, tengo que mirar adentro.

Pero Harp ya estaba abriendo el sendero techado hacia la puerta del cobertizo. Los otros entraron a la casa conmigo, y puse agua para hacer café.

—¿Es tu coche el que está en el camino, Ben? Escuché que te habías metido en una cuneta. Todo lo que se ve ahora es una joroba en la nieve. El frío helado debe hacerle bien, como si ya lo hubieras probado todo.

Pero yo no me sentía con humor, y nunca había estado en tales términos con Robart. Gruñí, y de su cara desapareció el regocijo como si se quitara un jersey.

—Muy bien, ¿qué pasa? Harp fue y me contó una historia que yo no podría dar ni a los perros, así que... ¿dónde está la señora Ryder?

Davidson gorgojeó de nuevo. Es un ruido desagradable cuando proviene de esa masa de carne. No creo que Robart tuviera tampoco mucho entusiasmo por él, pero parece que le había tomado juramento como su segundo antes de partir.

—Sí, señor —dijo Curt—, ésa era realmente una buena historia.

—¿Dónde está la señora Ryder?

—No está aquí —le dije—. Creemos que está muerta.

Se animó, frotándose las manos para quitarse el frío.

—Vi esa ventana. Parece como si el marco hubiera sido deshecho.

—Sí, desde afuera. Cuando Harp vuelva será mejor que miren. He cerrado la puerta en esa habitación y no la he abierto. Habrá más nieve, pero verán lo que nosotros vimos cuando llegamos allí.

—Miraremos ahora —dijo Curt.

Bill Hastings observó:

—Curt, ¿no estás exagerando para ser un ayudante? El señor Dane dijo que cuando volviera Harp.

Bill y yo somos amigos; normalmente no me llamaría el señor Dane. Creo que estaba tratando de darme cierto sabor de autoridad. Reconocí esa alianza preguntando:

—¿También eres un segundo, Bill?

Le di la oportunidad de escupir en la estufa, reponer la tapa suavemente y contestar:

—No, mierda.

Harp volvió y llevó el cubo de leche a la despensa. Después nos miró.

—Bill, debo intentar de nuevo en el bosque. ¿Vienes conmigo?

—Seguro, Harp. Pero no he traído arma.

—Toma mi calibre diez.

—Irás Curt —dijo Robart—. Es muy bueno con zapatos de nieve. Interesado por la vida salvaje.

Harp dijo:

—Eso es gracioso, Robart. Creo que es lo más gracioso que he escuchado desde que la nena de Cutter se cayó debajo del tractor. ¿También vienes con nosotros?

—El caso es, Harp, que tuve una distensión muscular cuando venía para aquí. No me estoy poniendo más joven. Creo que miraré un poco por aquí. Confío que no tengas objeción. ¿Ninguna objeción a que yo mire un poco?

—Se ha hervido el café —dije.

—El caso es, que si yo hubiera creído que ibas a tener alguna objeción, me habrías obligado a traer una orden escrita.

—Gracias, Ben —Harp se tragó el café hirviente—. Bueno, si mirar un poco por la casa es lo mejor que puedes hacer, *sheriff*, yo no tengo ninguna objeción. Ben, no quiero distraerte de tus asuntos, pero... ¿podrías quedarte? ¿Como para hacerle compañía? No es que yo tenga mucho en la casa, pero aun así, tú sabes...

—Me quedaré.

Deseaba poder decirle que eliminara esa manera de hablar; sólo se metía más en el barro. Robart pasó a Davidson su cinturón para el arma, con cartuchera.

—Mejor que lleves eso, Curt, para estar a tono.

Harp y Bill estaban afuera poniéndose los zapatos para nieve; escuché a medias algún comentario de Harp sobre el dolor de espalda del *sheriff*. Partieron. La nieve casi había cesado. Se perdieron de vista al bajar la pendiente del norte, y Curt iba tras de ellos. Detrás de mí, Robart dijo:

—Parece como si Harp mismo se lo creyera.

—¿Nos vas a llamar mentirosos a ambos antes de haber mirado nada?

—Traté de entenderlo.

Lo seguí hasta el dormitorio. Estaba cruelmente frío. Tocó el cadáver rígido de Droopy con el pie.

—Es difícil imaginarse a un hombre que mata a su propio perro.

—No vamos a llegar a ningún lado con esa clase de ideas.

—Ben, tienes que ver esto como lo ve otra gente. Y no te metas conmigo.

—Eso es lo que me asusta, Jack. Algo no razonable ocurrió, y Harp y yo fuimos los únicos en experimentarlo... excepto la señora Ryder, claro.

—¿Tú dices que viste a ese... animal?

—Yo no dije eso. Lo oí gritar. Cuando llegamos arriba este cuarto estaba como lo ves ahora.

Miré alrededor, y otra vez no pude encontrar ese mechón de pelo, pero doy a Robart el mérito de buscar. Miró el cubrecama y las frazadas, examinó el piso y el armario. Estudió el espacio de la ventana, se inclinó hacia afuera para mirar la pared de la casa y el techado. Sus pies enormes evitaron los vidrios rotos y se puso en cuclillas para mirar largamente los trozos del alféizar de la ventana. Después me miró, personificando a todos los policías: un hombre grande, más bien inteligente, convencionalmente honesto, sin paciencia para la imaginación, sin tiempo para ningún hecho que no estuviera ya previsto por los libros.

—Mechón de pelo, ¿eh? —Lo dijo como si yo hubiera descrito un animal fantástico—. Bueno, aquí terminamos.

Me hizo seña de bajar: se parecía a todos los policías que debían enfrentar la estupidez de las multitudes con la suya propia. Mientras me retiraba, le dije:

—Confío que no estás tan ocupado como para no tener tiempo de que un químico analice esa sangre en la madera.

—Lo haremos. —Hizo un movimiento de partida con ambas manos—. Será un placer hacer esa pequeñez por ti y por tu amigo.

Después revisó toda la casa, el techado, el granero y el establo. Yo nunca había visto antes a un policía en funciones; tuve que admirar su dedicación. Me mezclé en la farsa de sostenerle la linterna mientras él miraba en el sótano. En la leñera le sugerí que si quería remover más de veinte leños sería mejor que esperara hasta que Harp pudiera ayudarlo; no le hizo gracia.

Tampoco fue feliz en el granero. Mover toneladas de paja para encontrar un hipotético cadáver no era tarea para un hombre solo. Yo sabía que él era capaz de volver con una pandilla y maquinaria para hacer exactamente eso. Y por su expresión, eso es lo que iba a hacer.

Después volvimos a la cocina, Robart dándose una sesión de manicura con su navaja, yo con mi último cigarrillo, casi al final de mi resistencia.

Robart no era torpe. Contesté sus preguntas tan moderadamente como pude, incluso, por ejemplo, la de «¿No te gustaba Leda a ti también?». No contesté ninguna de ellas con el silencio; para hacer eso bien, hace falta escupir en la estufa, y no soy un masticador de tabaco.

Desde la ventana del norte dijo:

—Vuelven. Se suponía.

Habían estado fuera poco más de una hora. Harp se paró junto a la estufa, a mi lado, para calentarse las manos. Habló como si estuviera solo conmigo:

—Ninguna pista, Ben.

Lo que siguió vino en un tono más bajo:

—Tú me hablaste de un amigo tuyo, un hombre de ciencia, un profesor...

—¿El profesor Malcolm?

Recordé habérselo mencionado a Harp mucho tiempo antes; me asombró que lo recordara. Johnny Malcolm es un profesor de biología que había evitado la especialización. Realmente no era un amigo muy cercano. Harp me estaba contemplando con su cara de granito, como si me hubiera solicitado recurrir a un tribunal superior. Pensé en otro conocido de Boston a quien podría consultar, el doctor Kahn, un psiquiatra que había visto a mi esposa Helen en un momento difícil...

—Harp —dijo Robart—, tengo que pedirte dos o tres cosas. Le mandé decir a Dick Hammond que traiga ese tractor de limpieza a este camino, tan pronto como pueda. Mientras lo esperamos, podríamos conversar. Sabes que no me gusta ponerme duro.

—Habla —dijo Harp—, sólo que Ben tiene que irse a la casa sin esperar a ningún Dick Hammond.

—¿Es cierto, Ben?

—Sí. Estaré en contacto.

—Hazlo —aceptó Robart, descartándome.

Cuando me fui estaba comenzando de nuevo su operación de manicura y Harp esperaba rígidamente que continuara la penosa prueba. Sentí, morbosamente, que yo lo estaba abandonando.

Sin embargo —*corpus delicti*— no ocurriría mucho más hasta que el cuerpo de Leda Ryder fuera encontrado. Y si ese cuerpo demostrara una muerte violenta, sin ningún signo aceptable de la existencia de Dientes Largos... bueno, ¿entonces qué?

No creo que Robart me hubiera dejado ir de haber sabido que mi primera medida fue llamar a Mike, el hermano de Short, y pedirle que me llevara a Lohman, donde podía conseguir un autobús para Boston.

Johnny Malcolm me contestó:

—Puedo ver que esto te inquieta, y que tú no me mentirías. Pero, Ben, a nivel de biología no funciona. No hay tal animal. Tú lo sabes.

No se estaba haciendo el académico. Estábamos cenando en un restaurante tranquilo y a mí me había gustado mucho el pato asado. Johnny es un tipo de costillas de roca, que puede comer como un hambre que camina, sin lamentarlo.

—Supón —observé—, sólo como hipótesis y porque biológicamente no es inconcebible, que haya cierta base para la leyenda del Yeti.

—No es inconcebible. Te lo concedo. Mientras queden algunos rincones de la Tierra mal conocidos, como las cumbres del Himalaya, las selvas, los pantanos tropicales, la tundra..., las leyendas persistirán y algunas de ellas tendrán visos de verdad. ¿Sabes lo que pienso sobre los vuelos a la Luna y todo eso?

Sonrió; en mi interior yo sentía gritar a Leda.

—Una de nuestras razones más fuertes para llevarlos a cabo —prosiguió—, y para los mayores vuelos que haremos si antes no matamos la civilización, es una expedición para obtener leyendas nuevas. Ya usamos las mejores, y eso es peligroso.

—¿Por qué no miramos antes en nuestros territorios?

Pero Johnny no estaba escuchando mucho.

—Los hombres no pueden pasarse sin puertas cerradas y la oportunidad de empujarlas. Oh, en cuanto a tu Yeti... Sí, podría existir. Un antropoide peludo, capaz de aguantar un frío severo, tan raro y tan astuto que los exploradores no dieron todavía con él. No tendría que ser carnívoro para tener unos grandes caninos: fíjate en los mandriles. Pero si estuviera activo durante el invierno del Himalaya, tendría que comer carne, supongo. Oye, yo no creo nada de esto, pero puedes considerarlo como «no imposible biológicamente». ¿Y cómo llegó a Maine?

—¿Perdido? El Tibet, Mongolia, el hielo ártico...

—Quizá.

Johnny había empezado a disfrutar de la hipótesis como algo para jugar durante la cena. Pronto se puso a facilitar el pasaje del bruto a través de los continentes, y se divertía hasta que yo gruñí algo sobre alternativas, sobre seres no terrestres. Él no quería saber nada de eso, y se puso firme. Escuchando todavía el grito de Leda, le aseguré que yo no estaba buscando homrecitos verdes.

—Ben, ¿cuánto sabes sobre ese... Harp?

—Crecimos en líneas diferentes, pero es un amigo. Un dinosaurio, si quieres, pero un amigo.

—Duro soltero de Maine elige joven esposa caprichosa...

—No es caprichosa. No lo era. Sexy sí, pero no caprichosa.

—Muy bien. Soltero cociéndose en su propio jugo durante años. ¿Estás seguro de que no se subió él mismo al techo?

—Imposible. A menos que todos mis sentidos estuviesen más paralizados de lo que yo creo, no hubo tiempo.

—A menos que estuviesen más paralizados de lo que tú crees...

—¡Termina con eso! No estoy senil todavía... ¿Qué supones que hizo con ella? ¿Tirlarla a la nieve?

—Hmmm —dijo Johnny, y terminó su café—. Muy bien. Algún monstruo humano con una fuerza anormal y la resistencia para aguantar una tormenta de nieve en Maine, robando mujeres. Me gusta más lo del Yeti. Dices que tú mismo le sugeriste a Ryder que sería algún loco. Lástima que hayas venido hasta aquí sólo para repetir tus suposiciones. Para corregir esto, ¿vamos a ver alguna mala película?

—Me encantaría.

Al día siguiente el doctor Kahn buscó un hueco para verme al final de la tarde, tan amable y paciente que estuve seguro de que le estaba impidiendo la cena. Parecía indeciso entre preocuparse con los traumas de la historia de Harp Ryder o con los míos. Los míos ya le eran conocidos.

—Me hubiera gustado que tuviera tiempo de contarme todo eso. Me ha dado un buen resumen de lo que parecen haber sido los hechos físicos, pero...

—Doctor —le dije—, eso ocurrió. La ventana fue destrozada, pregúntele al *sheriff*. Yo escuché al animal. Leda Ryder gritó, y cuando Harp y yo llegamos allí, juntos, la perra había sido muerta y Leda no estaba.

—Y sin embargo, si todo estaba tan claro, me pregunto por qué usted pensó en consultarme, Ben. Yo no estaba allí. Y sólo soy un psiquiatra.

—Quería... ¿Existe alguna forma en que una ilusión pueda habernos poseído a Harp y a mí, perturbar nuestros sentidos de la misma manera? Oh, sólo decirlo ya lo hace ridículo.

El doctor Kahn sonrió.

—Digamos «difícil».

—¿Es posible que Harp la hubiera matado, la hubiera arrojado por la ventana del cuarto del oeste... La nieve tenía dos metros o más de ese lado... y que mi cabeza hubiera distorsionado mi sentido del tiempo? ¿Y que yo pueda haberme quedado en la cocina durante todo ese tiempo, que serían minutos y no segundos? ¿Y que él hubiera bajado desde el techado y hubiera vuelto a la casa en forma normal, mientras yo corría hacia arriba? Oh, es un infierno.

El doctor Kahn había dibujado un diagrama de la casa de acuerdo a mi descripción y lo miraba con un interés plácido. «Benigno» era la palabra que Helen solía asignarle. Contestó:

—Semejante distorsión del sentido del tiempo sería... poco habitual... ¿Se siente usted culpable de algo?

—¿De estar allí y no hacer nada? No puedo creer seriamente que hayan sido más que unos pocos segundos. De cualquier manera, eso convertiría a Harp en un monstruo salido de una novela policíaca. Y no es esa clase de persona. ¿Cómo podía contar con que yo me congelara de pánico? Absurdo. Oí la lucha, los pasos, la ventana del cuarto occidental cuando se levantaba. ¿Podía haberla matado, y haberlo sabido yo todo el tiempo, incluso haberlo presenciado, y después sufrir amnesia sobre un punto?

Parecía tan paciente que comencé a desear no haber ido allí.

—Yo no diría que ninguna trampa de la mente sea imposible, pero a ésa la llamaría altamente improbable. Académicamente, sin embargo, y considerando su vinculación emocional...

—¡No estoy emocionalmente vinculado!

Eso lo grité. Él sonrió, mostrándose mucho más interesado. Me reí de mí mismo. Eso era mejor que pegarle en el ojo.

—Estoy alterado, doctor, porque todo el asunto desafía a la razón. Si uno comienza sabiendo que nadie habrá de creerle, todo se complica antes de abrir siquiera la boca.

Asintió con amabilidad. Es un buen tipo. Creo que dejó de escuchar lo que yo no decía, durante el tiempo suficiente como para escuchar lo que yo sí dije.

—Usted no es inestable, Ben. No se preocupe de la amnesia. La explicación, quizá algún intruso humano, resultará estar dentro de las normas humanas. Las normas de lo posible incluyen cosas tales como ilusiones licantrópicas, conducta maniaca, etcétera. No dejarán de lado ese montón de nieve. No las subestime y no se preocupe por el estado de su mente, Ben.

—¿Alguna vez vio los bosques de Maine?

—No, suelo ir a Cape.

—Pruébelo alguna vez. Tome una zona, digamos cien kilómetros por cien, eso serían diez mil kilómetros cuadrados. Ponga allí algunos policías ansiosos, y pídales que cacen algo que nunca vieron antes y que no quieren ver y que no quiere ser encontrado.

—Pero si esa bestia es humana, los seres humanos dejan huellas. Los cuerpos no son fáciles de ocultar, Ben.

—¿En esos bosques? ¿Un cuerpo que se haya llevado un animal carnívoro? ¿Por qué no?

Bien, nuestras mentes no se encontraron. Le agradecí su paciencia y me levanté.

—El maniaco responsable —agregué—. Pero de cualquier manera que lo llamemos, doctor, estaba allí.

Mike Short me fue a buscar a la estación de autobuses y me informó sobre un malestar en Darkfield. No debía sorprenderme.

—Están todos asustados, señor Dane. Quieren herir a alguien.

Mike es el hermano menor de Jim Short. Se las arregla para vivir con su servicio de taxi y alguna tarea ocasional en el garaje. Tiene unos rizos caídos y arrugados y creo que se acerca a los treinta.

—Como el viejo Harp, que quiere decir lo que ocurrió y nadie se lo cree. Eso es triste. ¿Cuánto tiempo estuvo usted ausente, tres días? Lo mejor es que se contacte con el *sheriff* Robart cuanto antes. Me rezongó por haberlo llevado hasta el autobús aquel día, como si yo hubiera sabido que usted no debía hacerlo.

—Ya lo tranquilizaré. ¿No encontraron a la señora Ryder?

Mike escupió por la ventana del automóvil, que estaba baja para que entrara el aire.

—El viejo Harp nunca tuvo semejante trabajo de nieve removida a pala. Por la comunidad, y gratis. No, no la van a encontrar.

En eso había mucho de quiero-que-me-pregunten, y algo más, un asomo de la mitología en la generación de Mike.

—¿Y cuál es tu opinión, Mike?

Se las arregló para encender un cigarrillo nuevo con la colilla del anterior y condujo un rato en un opresivo silencio. El camino se abría entre montañas de nieve que se derretía. Yo

también tenía abierta la ventana de mi lado, para dejar entrar el buen sol de la tarde, y me imaginé un dejo de primavera. Al final, Mike habló:

—Probablemente usted no estará de acuerdo. De paso, Jim ya sacó su automóvil. Está en su casa... Bueno, ya los oírás hablando del asunto hasta dejarlo en pedazos. Algunos creen que Harp cuenta la verdad. Otros dicen que la mató él mismo. No explican cómo la hizo desaparecer. No oí nada contra usted, señor Dane, nada que importe. El *sheriff* se molestó, pero eso fue porque usted se fue sin preguntar.

Sus ojos grandes y vagos miraron el paisaje que se derretía, los mensajes ambiguos de la primavera.

—Bueno, yo creo, en fin, que un demonio se la llevó. Ella era uno de los suyos. Yo conocí a esa pollita. Bueno, usted dirá que no es científico, sólo que hay una ciencia para esas cosas. Yo leí un libro sobre eso. Se puede reír si quiere.

Yo no me estaba riendo. Este no era mi primer vistazo al medievalismo contemporáneo y no sería el último si llegaba a sobrevivir un año o dos. No me estaba riendo y no dije nada. Mike estaba sentado, fumando, conduciendo expertamente un artefacto del siglo XX mientras creo que sus pensamientos estaban en el aire, husmeando las maravillas del mundo invisible, y entonces recordé lo que Johnny Malcolm me había dicho sobre la necesidad de leyendas. Después Mike y yo no seguimos hablando.

Adelaide Simmons se alegró de verme. Por ella supe que el *sheriff* y la policía estatal habían buscado en todo el terreno de Harp y en el campo alrededor, y que todavía lo estaban haciendo. Resultado: cero. Harp había contado repetidamente nuestra historia y se negaba a seguir contándola.

—Hace las tareas de la casa y se sienta allí a beber —me informó ella— o a mirar para afuera. Fui a verlo ayer, señor Dane, sentí que debía hacerlo. Por un par de días no lo dejaron solo un minuto, aunque ahora deben de haber aflojado. Me preguntó con mucho interés si usted había vuelto. Bueno, limpié un poco el sitio, cociné algo de pan; era lo menos que le podía hacer.

Cuando le dije que yo iba para allí, me preparó un canasto, mientras me sentaba en la cocina y escuchaba.

—Algunos dicen que ella rompió la ventana, se tiró y corrió por la nieve, como una loca. ¿Eso tiene algún sentido?

—No.

—Y otros dicen que ella lo había abandonado. Y antes. Lo que le deja a usted como un mentiroso. Y dicen que, sea como fuere, Harp inventó toda esta historia enloquecida porque no puede soportar la verdad.

Sus manos hábiles dieron forma a los sándwiches.

—Dicen que Harp se las arregló para que usted funcionara de acuerdo con eso; no dicen cómo.

—Me hipnotizó, probablemente. Adelaide, todo ocurrió como Harp lo cuenta. Yo también oí a esa cosa. Si Harp está loco, yo también lo estoy.

Me miró fijamente y suspiró. Le gusta hablar, pero el molino a menudo se le detiene de pronto, por una cualidad suya que encuentro tan buena como rara: quiero decir que cuando no tiene nada más que decir, deja de hablar.

Llegué a casa de Ryder alrededor de la hora de la cena. Bill Hastings estaba allí. El camino estaba limpio entre los cerros de nieve y me pregunté cuánto de la basura de los camiones y

del papel arrugado y de las cajetillas de cigarrillos vacías había sido dejado allí por los curiosos. El hielo de la tierra no había dejado todavía su lugar a la temporada de barro, que rápidamente haría imposible conducir vehículos por unas cuantas semanas.

Bill me dejó entrar, con la mirada que la gente suele usar para los casos de enfermedad grave. Pero Harp se levantó del sillón, sin estar enfermo, por lo menos en el cuerpo.

—Ben, lo oí anoche. Tarde.

—¿En qué dirección?

—Al norte.

—¿Tú lo oíste, Bill?

Dejó el canasto. Mi amigo sacudió la cabeza.

—No estaba aquí.

No conseguí ver cuánto aceptaba Bill de toda la historia. Harp preguntó:

—¿Qué hay en el canasto? Oh, muchas gracias. Adelaide es una buena mujer. —Pero su mente estaba lejos—. Al norte, Ben, y lejos, pero creo que sé dónde podría ser. No lo hubiera oído si no fuera que la noche estaba tan tranquila, como se ha aquietado todo para mí. Sabes, me han estado enloqueciendo noche y día. Robart, la policía del Estado, un lío de reporteros de los diarios. No pude dormir. Salté afuera como si me hubieran llamado. Demonios, él no podría estar del otro lado de las estrellas, con el cielo tan lleno de ellas y nada que se agitara. Hace frío... ¿Fuieste a Boston, Ben?

—Sí. Una pérdida de tiempo. Quieren que sea algo humano, algo que les quepa en los libros.

Con suspicacia, Bill dijo neutralmente:

—Y tú mismo eres un hombre de libros, ¿no, Ben?

Tuve que asentir. Harp preguntó:

—¿Alguna idea?

—Que me devuelvan mis viejos pensamientos en su lenguaje propio. Tenemos que encontrar algo, Harp. Desde luego, muchos no te lo tomarían por cierto aunque tuvieras fotografías.

—Malditas sean las fotografías —dijo Harp.

—Supongo que tienen que irse —opinó Bill Hastings—. Quizá yo sentiría lo mismo si se tratara de mí... Y es mejor que me vaya ahora o la cena se enfriará y la vieja estará maldiciendo.

Echó de nuevo el palo a la leñera.

—Bill —pidió Harp—, ¿no te importaría alimentar a los animales, por tres días?

—No tengo inconveniente. Estaré aquí mañana.

—Haré lo mismo por ti alguna vez. Oye... no me gustaría que esto se mencionara.

—Harp, me conoces bien. Nos veremos, Ben.

—La nieve se está yendo rápido —comentó Harp cuando Bill se fue—. Pero se quedará por algún tiempo en los bosques, todavía.

—No vas a comenzar tan tarde...

Estaba junto a la ventana, con su bulto flaco quitando la luz a la veterana cocina donde había pasado la mayor parte de su vida doméstica.

—De mañana, temprano. Esta noche tengo que escuchar.

—Necesitas dormir, supongo.

—Nunca duermo lo que necesito —replicó Harp.

—Traeré mis zapatos de nieve. ¿A eso de las seis? Y mi carabina. Soy mejor con un arma que conozca.

Me miró por un momento.

—Muy bien, Ben. Comprendes, desde luego, que quizá tengas que volver solo. No volveré hasta que lo atrape, Ben. Esta vez no.

Cuando se levantó el sol lo encontré junto a Ned y Jerry en el establo. Había vivido ocho o diez años con esos animales. Dio una palmada final al pescuezo de Ned mientras se volvía hacia mí y reanudó la conversación como si la noche no se hubiera intercalado.

—No volveré hasta que lo atrape. Ben, no quiero meterte en esto contra tu inclinación.

—¿Lo oíste de nuevo anoche?

—Lo oí. Al norte.

El sol se estaba levantando cuando salimos sobre nuestros zapatos de nieve, como espectros matutinos. Harp enfiló sin apuro hacia la pendiente que llevaba al bosque, quizá con algún desagrado. Cerca de los árboles se detuvo, mirando hacia la derecha, donde un resplandor rojo quemaba el borde de la cortina del cielo; me maldije por haber pensado que se estaba despidiendo del sol.

La nieve formaba costras y estaba resbalosa incluso para nuestros zapatos de rejilla. Entramos al bosque entre una red de marcas, incluyendo los neumáticos de un carro limpiador de nieve.

—Un tipo de Lohman —dijo Harp—. Le alquiló el maldito aparato a los policías del Estado, con él arriba. Va dando vueltas alrededor como el infierno, asustando a todos, diez o doce kilómetros alrededor. Creo que el asunto está más lejos. Hoy estarán armando jaleo de nuevo.

Me clavó los dedos en el brazo.

—Te das cuenta cómo es, ¿no? No están buscando como nosotros. Están buscando un cadáver para colgármelo al cuello. Y si la encontraran en la forma en que yo...

—Harp, no te busques problemas.

—Yo sé cómo piensan —dijo—. Si yo hiciera el camino hasta Darkfield, me cogerían. No me pondrían las esposas porque... porque no tienen un cadáver, Ben. No tienen que informarme lo que dice la ley. Tienen que tener un cadáver. La única razón por la que no me dejaron aquí un hombre por las noches es que se figuran que no puedo ir a ningún lado. Creen que un hombre no podría viajar sobre un metro de nieve... Ben, quiero encontrar a esa cosa y dispararle... Mejor tomemos por aquí.

Se apartó de las huellas y pronto las perdimos de vista. Sobre las costras nuestros zapatos no dejaban marca. Al rato escucharnos un ruido de motores detrás de nosotros, en el camino. Harp se rió levemente y con malicia.

—Despiertos y temprano, como ayer. —Miró hacia el sitio de donde veníamos—. Nunca van a encontrar el camino sin perros. Ese hijo de perra de Robart dijo algo sobre conseguir un mastín en algún lado, para darle a oler la ropa de Leda. Lo más probable es que ahora le dé a oler la mía.

Ya habíamos avanzado tanto que yo no sabía el camino para regresar. Harp lo sabría. Nunca se podría perder en un bosque, pero yo no tengo una brújula mental como la suya. Así que lo seguí ciegamente, sin tratar de memorizar nuestra senda. Era una región de crecimiento uniforme, sobre todo de abetos, que no habían sido aserrados recientemente, con pocas señas de terreno. La monotonía rebajaba la paciencia nata hasta el aburrimiento, y nuestros zapatos de nieve no dejaban más huella que nuestras ideas.

Pasó una hora o más; después de eso el sonido de los motores desapareció. De vez en cuando sentíamos el movimiento pacífico del viento sobre nuestras cabezas. Pocos trinos de pájaros, porque la mayoría de nuestros cantores no habían vuelto aún.

—¿Estuviste antes por aquí, Harp?

—No con nieve en el terreno. No últimamente.

Su voz era queda y cuidadosa.

—Los veranos. A un par de kilómetros de aquí, los árboles escasean. Una fila de tajos, donde se llevaban los pinos hace cuatro o cinco años, y dejaron una pila de mierda como siempre hacen.

No, Harp no se iba a perder aquí, pero yo estaba perdido, cansado, lamentando haber venido. ¿Se daría la vuelta si yo me desmayara? No pensé que lo hiciera ya por ningún motivo. Mi bulto, con el rollo de frazadas y de provisiones, pesaba en forma infernal. Dijo que debíamos llevar bastante para tres o cuatro días. Sólo unos pocos años antes yo había llevado cargas más pesadas que ésta sin ningún problema; pero ahora estaba hartado, con una puntada en un costado. Y mi reloj de pulsera marcaba solamente las nueve.

Los árboles comenzaron a escasear como él había predicho, y ahora el terreno se levantaba en una larga cuesta hacia el norte. Miré hacia una superficie de unas ocho hectáreas donde la devastación causada por un aserramiento estúpido sólo podría corregirse si la región herida no fuera nuevamente tocada en sesenta años. La nieve profunda, reluciendo solamente donde los arbustos crecidos interrumpían la luz del sol, cubría la parte peor del desastre.

—Buen sitio para las fresas silvestres —dijo Harp quedamente—. Ya es tiempo de que vuelvan a crecer. Creo que fue hace siete años cuando aserraron por aquí y dejaron este asco. El verano pasado me fue difícil encontrar el camino. Hacia la izquierda...

Se detuvo, apuntando con un brazo lento hacia una borrosa línea gris que se delineaba desde la izquierda hasta desaparecer sobre la cuesta. La parte más cercana de esa curva gris estaba a poco más de cien metros, y a mis ojos solo podía ser la sombra proyectada por alguna irregularidad en la superficie de la nieve.

Pero Harp sabía más. Algo había pasado por allí, lo bastante pesado como para romper la costra.

—¿Quieres descansar un poco, Ben? Una vez que lleguemos a esa subida, puede que yo no quiera detenerme de nuevo.

Me dejé caer sobre la raíz de un viejo tronco que estaba inclinado hacia nosotros, cortado porque estaba en el camino, dejado allí a pudrirse porque en ese momento sólo se llevaban el pino.

—¿Realmente le ves algún sentido?

—No lo suficiente —contestó Harp—. Pero podría ser él.

No se sentó a mi lado, sino que se detuvo, descansando de pie, con las piernas abiertas para poder escupir entre ellas.

—Un kilómetro después de esa cuesta hay una especie de garganta. Debe de haber sido un buen arroyo, en otra época, y todavía hay una corriente allí al fondo durante el verano. Una mezcla de saúcos y matorrales. Hay dos o tres cavernas juntas en algún sitio. Creo que hace unos tres veranos que estuve allí. Sitio triste. Había zorros en una de esas cavernas. Cavernas naturales, creo. No fui muy cerca, no en esa ocasión.

Me senté bajo la luz cálida, preguntándome si habría alguna forma de hablar con Harp sobre la bestia: si existía, si no se trataría sólo de la fantasía de un par de hombres que envejecían con sus mentes alteradas. ¿Habría alguna forma de decirle que esa criatura era importante para el resto del mundo, fuera de nuestra pequeña aldea? ¿Que habría que

conservarla viva, y no destrozada a balazos? ¿Cómo podía decir eso a un hombre que ignoraba la ciencia, que había perdido a su mujer y la confianza de sus semejantes?

Quítese esa confianza y se habrá quitado el mundo.

¿Podría pedirle que le disparara a las piernas, para mantenerla viva? Bien, para mí mismo, irracionalmente, eso aparecía equivocado, horrible, y además fuera de nuestras posibilidades. Mejor que él tirara a matar. O que yo lo hiciera. Así que al final no dije nada. Puse mis bultos en su sitio y le informé que estaba listo para seguir.

Con las costras de nieve más inseguras bajo los rayos del sol, elegimos lentamente nuestro camino hacia la cuesta, y cuando llegamos a aquella línea Harp dijo objetivamente:

—Ahora has visto su marca. Es él.

El sol y la helada nocturna habían trabajado sobre esa huella. Harp calculó que habría sido hecha temprano, el día anterior. Pero en los sitios donde el peso de Dientes Largos se había apoyado, la forma del pie se dibujaba en el pozo de nieve, un pie parecido al humano, pero más ancho y más corto. El arco del pie era bajo, pero la bestia no tenía realmente pie plano. Hombre o bestia. Dije:

—Esta es una huella de hombre, Harp. ¿No?

Habló sin calor:

—No. Te olvidas de algo, Ben. Yo lo vi.

—De cualquier manera, está solo.

Contestó lentamente:

—Sólo un juego de huellas.

—¿Qué me quieres decir?

Harp encogió los hombros.

—Es pesado. Podía estar llevando algo. Baja la voz. Esa costra de ayer me sostuvo con las raquetas de nieve, pero él la hundió, y no es tan grande como yo.

Harp revisó el rifle y le quitó el seguro.

—Falta cosa de un kilómetro para esas cavernas. Creo que es ahí donde está, Ben. No hables a menos que sea indispensable, y hazlo muy bajo.

Le seguí. Remontamos la cuesta y encontramos más desolación causada por los leñadores que habían estado del otro lado. El rastro cruzaba por allí y se aproximaba a un muro de árboles enteros que marcaba el límite de la zona aserrada. Allí recomenzaba el bosque y en su principio terminaba la pista de Dientes Largos.

—Ahora ves cómo camina —dijo Harp—. En los sitios donde puede viajar por encima de la superficie, lo hace. Mira aquí: debe de haberse asido a esa rama y colgado de allí. Tiró alguna nieve, pero el viento golpeaba tanto que ya no se puede saber nada. Ves, Ben, él..., él calcula. Sabe sobre huellas. Debe de haberse bajado de los árboles lo bastante lejos de donde estamos como para que no sea posible ver el sitio desde aquí. Puede ser en cualquier lado de un semicírculo, y dibújalo tan grande como quieras.

—Pensando como un hombre.

—Pero no es un hombre. Hay cosas que no sabe: cómo siente y actúa un hombre. Voy hacia esas cavernas.

Por necesidad, le seguí. Debía terminar con aquello rápido. Soy un hombre prematuramente viejo, incapacitado por las consecuencias de un ataque y de un corazón afectado. He mejorado un poco: dieta sensata, nada de fumar, los cuidados de Adelaide. Espero algunos años de salud tolerable en el camino cuesta abajo. Pero creo, como lo hizo Harp, que es aún más dañino perder la confianza de los otros. Escribiré aquí una vez más, y no lo haré de nuevo, que mi palabra vale.

Era mediodía cuando llegamos a la garganta. En esos sitio perdura siempre alguna melancólica parte de la noche. En el centro de la barranca, entre los nudos de los matorrales, el agua rumoreaba bajo el hielo y bajo la nieve derretida que había caído aquí y allá, revelando un brillo oscuro. Harp no entró en la garganta misma, sino que se movió lentamente por el borde izquierdo, bajo la protección de los árboles, con ojos que revoloteaban acechando el peligro. Procuré imitar su cautela. Caminamos así unos ciento cincuenta metros, avanzando centímetro a centímetro. Oí solamente la brisa ocasional de la primavera.

Se volvió para mirarme, con un gesto de triunfo enfermizo, una mueca de disgusto y también de satisfacción. Se tocó la nariz y entonces yo también lo capté: un olor que venía de delante y de abajo, con un dejo de amoníaco y cierto aroma de decadencia. Y del otro lado de la garganta, en el bosque, pero no muy lejos, oí a Dientes Largos.

Un ladrido, pero no fuerte. Salido de la garganta, como si hablara.

Harp retuvo un gruñido de respuesta. Se movió hasta señalar una boca negra de caverna en el lado opuesto. La brisa soplaba el hedor hacia nosotros. Susurró:

—Ves, tiene como un sendero. Salta hasta esa roca lisa, después a la caverna. Lo veremos en un minuto.

Sí, había sonidos en la maleza.

—Quédate atrás.

Su mano izquierda acarició el costado del cargador del fusil. Tan concentrado estaba él en la apertura donde Dientes Largos debía aparecer, que yo puedo haber sido el primero en verlo cuando surgió en la boca de la caverna y nos miró con sus ojos animales. Dientes Largos había llamado de nuevo, con un sonido más bien amable. La mujer envuelta en cueros sucios pudo haber sido convocada por ese llamado o por el ruido de nuestra proximidad.

Entonces, Harp la vio.

La reconoció. A pesar del pelo desarreglado, de la cara rayada, de la mugre, de la piel informe de ciervo con que se envolvía para protegerse del frío, estoy seguro de que él la reconoció. No creo que ella lo reconociera a él, ni a mí. Una ceguera interna, una mirada de bestia totalmente concentrada en sus propias necesidades. Creo que los recuerdos humanos se habían esfumado. Ella sabía que Dientes Largos venía. Creo que ella quería su calor y su protección, pero no hubo palabras en el gemido que dejó salir cuando la bala de Harp le dio entre los ojos.

Dientes Largos apareció entre los matorrales. Soltó el conejo que llevaba y saltó hacia la roca lisa, gruñendo, mirando de soslayo a la mujer muerta. Si es que comprendía el hecho de la muerte, no tenía tiempo para él. Vi el desarrollo extremo de los músculos en las piernas y en los muslos, sus movimientos saltarines de preparación. La distancia entre la roca lisa y el sitio donde estaba Harp debía de ser de unos cinco metros. Un rayo de luz solar dio en su sombra verde azulada, tocó en su gruesa pelambre roja y en su cara de miedo.

Harp pudo haberle disparado. Tuvo veinte segundos para hacerlo, quizá más. Pero puso el rifle a un lado y sacó su cuchillo de caza, su propio diente largo, y lo tenía preparado cuando el rival saltó. Así que también pude haberle tirado yo. Nadie necesita decirme que debí haberlo hecho.

Dientes Largos se abalanzó, con sus garras fuera, sus colmillos a la vista. Sentí el encuentro como si el impacto hubiera golpeado mi propia carne. Se derrumbaron rugiendo dentro de la garganta, y yo estaba frío, distante, como un instrumento para contemplar.

Terminó rápidamente. Los terribles dientes oscuros se clavaron en la base del cuello de Harp. Este no hizo ningún otro movimiento excepto la puñalada que lanzó su cuchillo contra

el costado izquierdo de Dientes Largos. Después estuvieron quietos en ese abrazo, quietos los tres. Escuché al agua que rumoreaba por debajo del hielo.

Recuerdo un rugido en mis oídos, y me estaba moviendo con lento cuidado, un paso difícil tras el otro, a lo largo de la garganta y a través de tremendos corredores de blanco y verde. Con mi solaz difícilmente obtenido supuse que ésta podría ser la región donde yo había seguido a Harp recientemente, hasta un sitio u otro, pero no —pensé— uno de los sitios de los que hablábamos cuando éramos muchachos. Sentí como una banda de hierro en la frente, y respirar era una empresa que requería mucho esfuerzo y cautela, para no empeorar el dolor que surgió cuando otra banda se estrechó en mi diafragma. Me recosté contra un árbol durante treinta segundos o treinta minutos, no sé. Supe que no debía soltar la mochila a pesar del dolor, porque llevaba provisiones para tres días. Alguna vez me dije: «Ben, estás perdido».

Tenía mi carabina, una varita mágica, y recuerdo la astucia de maniobra que me permitió lanzar tres tiros al aire. Dos veces.

Parece ser que yo no quería morir, y que me mantuve al borde del precipicio de la muerte con una loca tozudez. Me dicen que no puede haber sido al segundo día que disparé la segunda salva, la que fue escuchada y contestada, porque, dicen, un hombre no puede sufrir la clase de ataque que yo aguantaba y sobrevivir toda una noche a la intemperie. Dicen que cuando una partida de búsqueda me llegó desde la aldea Wyndham, a treinta kilómetros de Darkfield, hice un discurso confuso y luego caí de bruces.

Me desperté inmovilizado, sin capacidad de palabra ni de movimiento excepto por un poco de vida en mi mano izquierda, y durante mucho tiempo mi memoria sólo fue una mezcla de cosas irrelevantes. Cuando eso se aclaró, todavía no pude hablar durante otro largo período. Recuerdo que alguien dijo, con admirada exasperación, que con una hemorragia cerebral y un ataque al corazón yo ya no tenía derecho a estar vivo; éste fue el primer sonido que me dio algún placer. Recuerdo haber reconocido a Adelaide y no haber podido agradecerle su presencia. Nada de esto importa para el relato, excepto por el hecho de que durante meses no tuve puente de comunicación con el mundo. Y sin embargo yo amaba el mundo y no quería dejarlo.

Uno siempre puede preguntarse: ¿Y ahora qué va a pasar?

En algún momento de lo que me dicen que era junio, mi memoria estaba —creo— clara. Hice algunos garabatos, mientras la enfermera sostenía la parte muerta de mi brazo. Pero en respuesta a lo que yo escribí, el doctor, las enfermeras, el *sheriff* Robart, hasta Adelaide Simmons y Bill Hastings, parecían... simpáticos.

No me creyeron. No soy creído ahora, en la parte más importante de lo que quiero decir: que hay cosas en nuestro mundo que no comprendemos, y que esta ignorancia debería generar humildad. La gente encuentra que esto es obvio, soporífero —oh, siempre lo ha encontrado así—, y por lo tanto no escucha, conservando intacto el orgullo de su ignorancia.

Los restos de los tres cuerpos fueron encontrados a finales de agosto, y no por mis esfuerzos, porque yo no tenía idea de qué dirección de la brújula tomamos después del bosque aserrado, y había tantos bosques aserrados que no podía indicarles dónde mirar. Algunos merodeadores del bosque, incluyendo un grupo de perros, habían sido los primeros en hallar los cuerpos. El agua los había movido, porque la parte final de la gran nevada se derritió de pronto, y por un par de días, cuando menos, debió de correr un pequeño río por aquella garganta. La cabeza de lo que llamaban un «lunático» había rodado corriente abajo, se había golpeado contra las piedras y se había hundido parcialmente en el barro. Los perros habían mordisqueado y repartido lo que ellos denominaban «abrigo de pieles del hombre».

Quedará como un lunático con abrigo de pieles, porque no quieren admitirlo de otra manera. Por lo que yo sé, ningún hombre de ciencia miró alguna vez esos despojos, a menos que uno glorifique con ese título a un funcionario judicial. Creo que éste era un buen veterano antes de conseguir ese empleo. Cuando recuperé más o menos el habla, traté de decir algo sobre el asunto. Una declaración mía fue leída en la investigación, antes de que yo pudiera hablar ni dejar el hospital. En esa ceremonia la sociedad decidió oficialmente que Harper Harrison Ryder, de esa población, baleó y mató a su esposa Leda y a un individuo de sexo masculino, de identidad desconocida, mientras él mismo sufría un ataque de locura, y que murió por herida de cuchillo, recibida en una pelea con dicho individuo, etcétera.

No hablo del asunto porque eso sólo provoca que la gente me tenga compasión: «Pensar que una mente humana pueda fallar así», y «Él todavía no llegó a los sesenta años», etc.

Ni siquiera puedo preguntarles: «¿Qué es la verdad?». Sólo pondrían un aire más triste, y supongo que irritado, y quizá hallarían razones para no venir de nuevo a verme.

Son amables. Harían cualquier cosa por mí, excepto pensar en el asunto.

FIN

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>